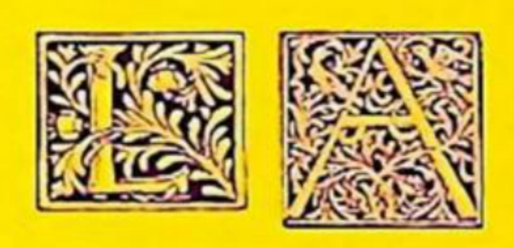
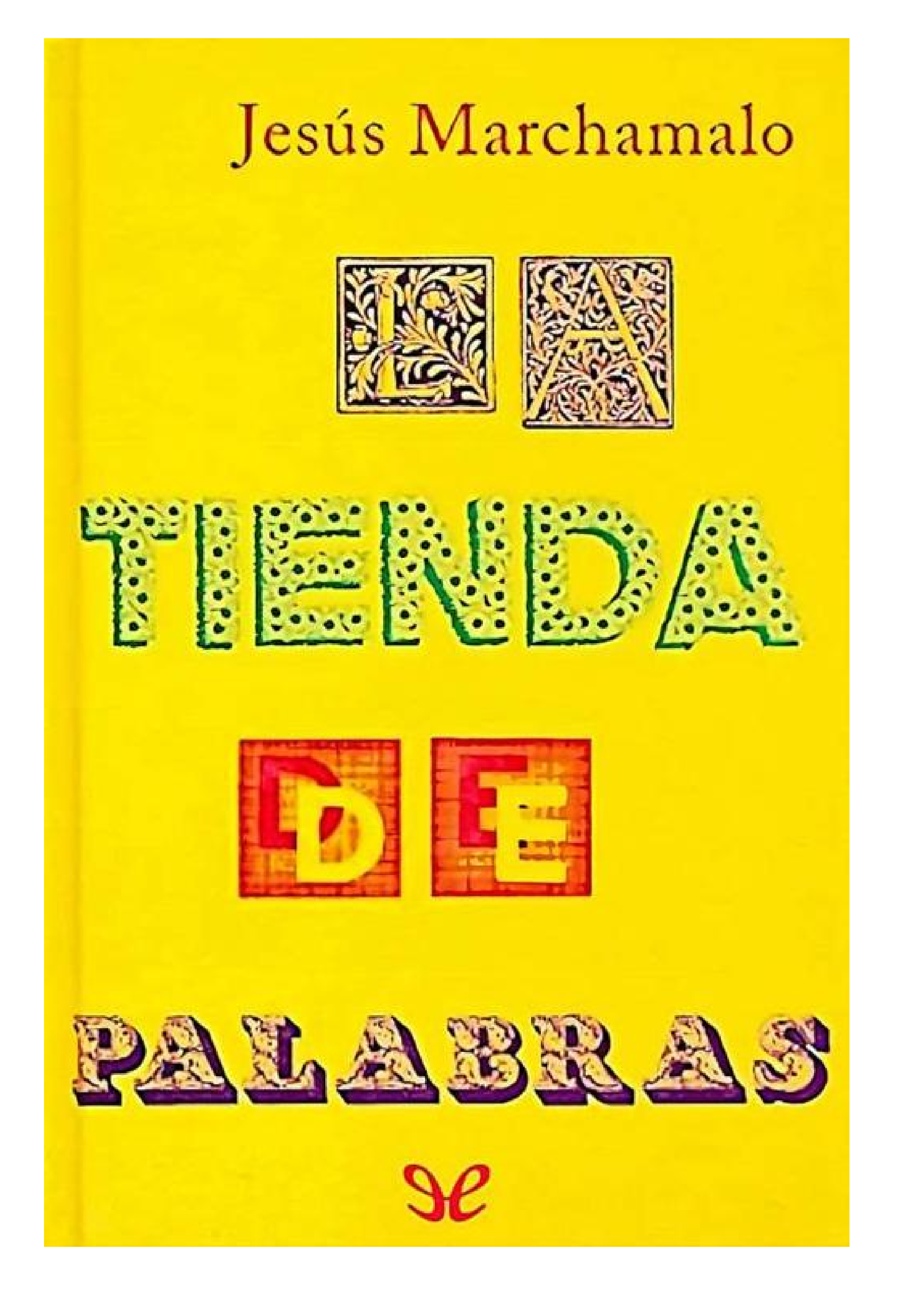
Jesús Marchamalo











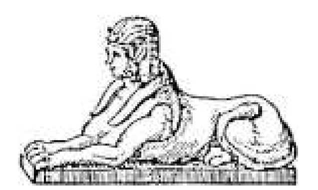
A quienes les gusta leer o jugar con las palabras, o bien sorprenderse con ellas, y a quienes quizá alguna vez se asustaron con términos

como palíndromo, jitanjáfora, hipérbaton, acróstico, anagrama, perífrasis o eufemismo, se les brinda ahora la oportunidad, con *La tienda de palabras*, de entender sus significados para que queden de una vez para siempre aclarados. Por medio de juegos con letras y palabras, de citas de autores conocidos, y de una trama llena de suspense, el protagonista de esta novela se verá envuelto en una conspiración encaminada a hacer desaparecer las palabras más apreciadas e insustituibles, que llevará al lector a un mundo lleno de sorpresas donde las palabras se convierten en piezas de un juego interminable.

Jesús Marchamalo

La tienda de palabras

(1999)



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:

SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,

CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA

Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.

¿QUÉ COSA ES?

Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

216.000 palabras al día.

ELIAS CANETTI

A Julio, y a Manés

uno

Todo comenzó un par de meses atrás, cuando la ceremonia de la primavera no era más que una promesa lejana e infundada. Comenzó el día en que apareció en el buzón un papel — marrón, de tacto un poco basto — doblado en dos, con unas letras recortadas, como en las películas de espías, donde se leía: M U R G I F L A R

Y debajo, escrito a mano, con letra picuda y cuidadosa, de estudiante aplicado, algo que perfectamente podría haber sido una definición:

DÍCESE DEL SONIDO GUTURAL QUE PRODUCE EL

MONSTRUO RANTAS CUANDO SE ENFRENTA A ALGUNA

SITUACIÓN DE PELIGRO.

Huelga decir que no había oído la palabra en mi vida, y que en el diccionario tampoco aparecía. En el papel figuraba también una dirección, en el reverso, estampillada con un tampón de color azul. Y, más abajo, escrito también a mano, un reclamo:

RECIBIRÁ UN OBSEQUIO CON LA PRESENTACIÓN

DE ESTE FOLLETO.

Así que me pudo la curiosidad.

La tienda estaba casi en la esquina de la plaza, no muy lejos de casa. Justo entre la floristería y un bar con fluorescentes blancos que empapaba la calle con un olor acre y viscoso: tortilla, cerveza de barril y calamares. Uno de esos olores penetrantes que despiertan a medias los jugos gástricos, a medias una incómoda sensación de vómito.

Debía de haber pasado por delante al menos una o dos veces por semana en los últimos cinco o seis años de mi vida porque me pillaba de paso, camino del metro. Y, sin embargo, nunca había reparado en ella.

Tenía la fachada bastante vieja — de hecho parecía sacada de uno de esos grabados de principios de siglo, moteados de manchas de humedad —, una luna opaca por el polvo y las salpicaduras de los coches, y un rótulo desvaído pintado en letras amarillas.

COMPRA-VENTA

PALABRAS USADAS,

ANTIGUAS, CURIOSAS

¿Una tienda de palabras? Eso era lo que ponía. Me paré un momento frente al escaparate intentando ver disimuladamente el interior. La puerta estaba pintada en un color marrón sucio, con descascarillados que semejaban continentes en un mapa —

golfos y cordilleras, cabos y acantilados cortados a golpe de cortafrío — por los que asomaban las vetas y los nudos de la madera. Había también un cartel, colgado en el interior del cristal con una ventosa, al que le faltaba la O final.

ABIERT

Empujé con suavidad. Para mi sorpresa, la puerta accionaba una campanilla que pendía del marco con un muelle parecido al de la cuerda de un reloj. Emitía un sonido aflautado, penetrante, que con el tiempo me acabaría siendo familiar:

¡TLING!

Lo primero que recuerdo fue una sensación de penumbra, de polvo en suspensión.

Ocurre en las casas cerradas, y en las iglesias también: el tiempo detenido, el incierto presente. Y después, a bocajarro, los ojos grises y amables de un hombre mayor, que asomaban inquisitivos por encima de sus gafas de concha. Tiempo más tarde me dijo que la palabra exacta era escrutar. Tenía una mirada escrutadora (significa curiosa, más o menos) y un tono de voz dulce y servicial.

—Buenos días, ¿qué desea?

Estaba subido en una pequeña escalera de madera de tres peldaños, ante una estantería que cubría toda la pared, atestada de cajas, carpetas, viejos archivadores, papeles, legajos y libros que parecían guardar un equilibrio inestable. Daba la impresión de que todo ocupaba un sitio elegido al azar. Un orden casual.

—Disculpe —insistió—, ¿puedo ayudarle en algo?

—¿De verdad vende palabras?

Era, desde luego, una pregunta bastante estúpida. Pero, dadas las circunstancias, fue lo mejor que se me ocurrió.

—Oh sí, claro —respondió bajando con parsimonia los dos escalones que le separaban del suelo —. ¿Buscaba alguna en particular?

A medida que el hombre se acercaba al mostrador me sorprendió su estatura.

Resultaba llamativo pero subido en la escalera, junto a los estantes, se le veía de alguna manera empequeñecido, un tanto enjuto y encorvado. Se trataba de una percepción engañosa. Era prácticamente tan alto como yo, y poseía la agilidad felina de quien está

acostumbrado a caminar entre montañas de papeles apenas rozándolos. Tenía un rostro previsible. He estado buscando la palabra apropiada y ésa es la mejor manera de expresarlo que se me ocurre: unas facciones que armonizaban a la perfección con su voz, sus movimientos precisos, sus modales ceremoniosos. Nariz prominente, huesuda, cejas pobladas, una calva generosa y el pelo blanco, y un poco arrebolado. Tenía unas manos que parecían sacadas de una ilustración de un libro de anatomía: dedos largos, apenas cubiertos por un pellejo holgado que casi transparentaba las falanges, las articulaciones, las venas… Su aspecto me recordó a los científicos locos de las películas.

Uno de esos sabios despistados de Hollywood rodeados de fórmulas inaprensibles y una aureola de polvo de tiza. Vestía una chaqueta amplia de punto, de rombos verdes y marrones, con coderas de cuero, y unos pantalones de tergal de color beis un poco pasados de moda. Las gafas de concha le pendían del cuello sujetas por un cordón, y tenía una mirada profunda como una piscina olímpica.

—En realidad, no —respondí—; me gustaría ver un poco lo que tiene…

—Por supuesto.

Utilizó un tono cortés que no ocultaba cierta suficiencia. Un tono que me recordó el de los *maîtres* de los restaurantes cuando les dices que si pueden esperar un segundo más a que te decidas entre la coliflor gratinada con berros o la ensalada de *foie* de pato, mientras calculas mentalmente las licencias gastronómicas que te puedes permitir. No llegaba a sentirme incómodo, definitivamente no, pero sí un tanto azorado, patoso como un cabo de gastadores en la recepción del emperador.

Seguí con la mirada el amplio gesto con el que movió su mano describiendo un arco de medio punto exagerado y decimonónico que abarcó la tienda en su conjunto.

—Mire cuanto guste…

Por las paredes y el suelo había decenas de cuadros con grabados antiguos. Pruebas caligráficas, letras y abecedarios bordados a punto de cruz y, mezcladas, algunas frases enmarcadas, distribuidas arbitrariamente, como todo lo demás. Me fijé en un cuadro a mi derecha. Era una lámina amarillenta del tamaño de un diploma escolar, y también adornada con orlas y entorchados.

PERSEVERA,

PER SEVERA, PER SE VERA

—¿Le gusta?

—Es… —tuve que buscar una palabra —, es curioso…

—Curioso, sí. Es latín, un juego de palabras encantador e inocente; significa algo así como: «Persevera en las dificultades por grandes que de verdad sean». O lo que es lo mismo: persevera, persevera, persevera… Era la divisa heráldica de un buen amigo mío, Aurelio, al que hace tiempo que no veo… Partió hacia América…

Por un momento no supe exactamente a qué se refería. Utilizó un tono que me hizo dudar si ese viaje a América era en realidad un viaje o su manera de explicar una ausencia definitiva. A veces ocurre eso con las palabras, que ocultan significados un tanto simbólicos, estrafalarios: el otro barrio, se fue, le llamaron… Así que, por un elemental sentido de la prudencia, preferí no decir nada. Al lado había otra lámina, también enmarcada, en la que se leía lo siguiente:

NI TABLERO

NI RETABLO

LABERINTO

El hombre de ojos grises continuó hablando desde el mostrador. Parecía un guía de museo. De los que se paran con reverencia frente a un jarrón de bronce de la dinastía Tang mientras alaban con voz profunda su exquisita y esmerada factura. No era del todo así, pero me gusta buscarles comparaciones divertidas a las cosas.

—Eso son variaciones con las mismas letras…

—¿Variaciones? —dije, volviéndome apenas un segundo para mirarle.

—Sí. Como NOTE ABRIL, BATÍ EL RON o NOBLE RITA. Todas ellas contienen exactamente las mismas letras: la L, la A, la B, la E, la R, la I, la N, la T y la O, LABERINTO. Es un juego que llamo «primos lejanos». Se elige una palabra cualquiera, y vemos qué podemos hacer con sus letras. Por ejemplo, si la palabra ADARME se nos cayera al suelo, y se rompiera en mil pedazos, al intentar reconstruirla podríamos formar MADERA.

A la derecha, clavado un poco más abajo, de forma que me obligó a agacharme, había un tercer cuadro, enmarcado de manera un tanto rococó, churrigueresca: curvas orondas, flores de lis, dorados… No conseguí entender el significado.

SOCORRAM-ME,

SUBI NO ONIBUS EM MARROCOS

—Es portugués —dijo el hombre de ojos grises sin esperar mi pregunta —, otra curiosidad. Ésta perteneció a un diplomático que tuvo que abandonar alguna de sus pertenencias cuando le destinaron a otro país.

—¿Qué significa?

—Eso es lo de menos.

El hombre rodeó el mostrador, se acercó hasta donde me encontraba y descolgó el cuadro de la pared. Cuando sopló, del marco salió una considerable cantidad de polvo que estuvo a punto de hacerme estornudar. Hasta entonces, más allá de la primera impresión, no había reparado en el aire que se respiraba en la tienda. Era una suma caótica de olores untuosos y acogedores, casi nutritivos. Aromas de madera vieja, carcoma, papel, pergamino, tinta rancia y loción barata de afeitar. Me recordó el olor indefinible del desván de casa de mis abuelos, en el pueblo, en aquellas incursiones secretas a media tarde, mientras el abuelo se echaba la siesta y la abuela cosía a la puerta, separada del sol homicida por una endeble cortina de tiras multicolores de plástico.

—Obsérvela con atención —continuó el hombre, sacándome vertiginosamente de mis recuerdos.

—«Ayúdenme, subí al ómnibus en Marruecos» — traduje improvisadamente —, eso es lo que pone, ¿no?

—Es sólo lo que significa; ya le he dicho que no es importante.

—No le entiendo.

—Estaremos de acuerdo, supongo, en que las palabras sirven para expresar conceptos, sentimientos, sensaciones… Sirven para definir objetos o lugares, ¿no? —

asentí sin saber muy bien todavía adónde intentaba llegar —.

Decimos *lejos, cerca, campo, silla*… Déjeme ver…

Buscó con los ojos en rededor y fue señalando los objetos que nombraba.

—Decimos *cuadro, lámpara, estantería* — pasó el dedo por el mostrador —, *polvo*…

Las palabras evocan imágenes: sillas, escaleras, cuadros… Tal vez no los mismos cuadros de los que yo estoy hablando, pero serán cuadros, desde luego…

—Desde luego —apostillé.

—Bien, cierre los ojos —me resistí —. En serio, ciérrelos…

El hombre tapó los suyos. Y yo, tras encogerme de hombros, le imité, con la firme determinación de abrirlos de nuevo inmediatamente. Aquello era extraño, sin duda, pero no dejaba de inspirarme curiosidad.

—Piense en la palabra «Paz»; ¿qué le sugiere?

—Eh… ¿una paloma?

—Bien. ¿Qué piensa de «Libertad»?

—Cadenas.

—¿Y «Amor»? Complicado esta vez… Tal vez imagine un corazón grabado en un árbol, o un querubín alado con un arco y flechas, o quizás la palabra le traiga a la cabeza el rostro de alguien en particular. Ahí lo tiene, son palabras que definen conceptos intangibles, abstractos. Aun así las entendemos, e incluso son capaces de sugerirnos imágenes. Imagine ahora un RESTREJO, un BOCANTE, un LÍMORO… Será incapaz de hacerlo porque son sólo palabras, no significan nada…

Abrí los ojos y me encontré con los suyos, grises, mirándome con una franqueza parsimoniosa por encima de las gafas de concha que había vuelto a ponerse. Buscaba tal vez mi asentimiento, o esperaba mis dudas. No dije nada. De nuevo me mostró el cuadro.

—Lea ahora con atención, y fíjese sólo en las palabras — su dedo me indicaba las sílabas mientras iba deletreando en voz alta — *Socorram-me, subi no onibus em Marrocos*.

Y ahora intentémoslo al revés… — su dedo se posó en la última palabra y fue avanzando hacia el principio de la frase, mientras leía de nuevo —: *socorraM me, subi no onibus em-marrocoS*… ¿Ve? Es una frase capicúa, puede leerse igual en un sentido que en otro. El significado en este caso es meramente accidental. Las palabras se ordenan sólo para que puedan leerse en ambos sentidos. Si le interesa se la puedo dejar barata…

Todavía no alcanzaba a entender cómo podían venderse palabras o, dicho de otro modo, cómo podría haber gente que las comprara. Me parecía admirable que alguien pudiera pagar por ellas. Sin embargo, su oferta me hizo regresar apresuradamente a la realidad. Por un momento sentí que asistía a una inexplicable ceremonia, a algún ritual de iniciación o de hipnosis, pero de repente hablar del precio de una frase me hizo sentir extrañamente tranquilo. Se trataba de una transacción y eso situaba las cosas en un contexto mucho más doméstico, en el que podía moverme con comodidad.

—¿Tiene alguna más? —pregunté con suficiencia.

—Déjeme un momento… estaban… Uno de estos días tendré que ordenar todo esto.

Pero nunca encuentro tiempo. Las tenía por algún sitio… A ver, a ver… Son más comunes de lo que se cree, ¿sabe? — dijo mientras se movía con cuidado por la tienda, sorteando montañas de libros y papeles —. Uno se tropieza con palabras capicúa a cada paso. ¿Ha visto? Ja, ja… Tropezar con palabras, espero que no suceda. Le decía que son muy comunes, de hecho hay incluso letras traviesas que pueden leerse igual en uno u otro sentido:

ELE, ENE, EME, EÑE, ERRE

»¿Divertido, no? Y hay centenares de palabras, claro, déjeme recordar alguna: SOSOS, ORO, EJE — alargaba las últimas letras mientras hacía memoria —, ARRA…

AMA… RADAR… Hay infinidad. Palabras capicúa, por supuesto.

Mientras hablaba buscaba afanosamente entre las carpetas, los sobres y las cajas llenas de cuartillas. Hubo un par de momentos en que desapareció unos segundos de mi vista, en algún lugar de la tienda, pero continuó hablando.

—Ah, disculpe —de pronto pareció reparar de nuevo en mi presencia —; siéntese si quiere, o busque mientras tanto sobre el mostrador, por

si encuentra algo interesante.

Hay también otra palabra capicúa muy divertida: ANILINA. A veces es la ciencia la que inocentemente hace también de las suyas… Aquí están…

Se acercó cargando una caja alargada de color gris oscuro, sujeta con un ancho elástico de goma negra del que pendía una etiqueta de cartón que no tuve ocasión de leer.

—Debo tener más por ahí, pero éstas le servirán para hacerse una idea — depositó la caja abierta sobre el mostrador e hizo un hueco entre las carpetas —. Mire sin compromiso y, si le gusta alguna, dígamelo. Puede estar seguro de que llegaremos a un acuerdo en el precio.

El hombre se agachó, ocultándose tras el mostrador, y aparentó seguir buscando en un inestable montón de legajos apilados. Me acerqué a la caja y hojeé una serie de papeles de distintos tamaños, protegidos por un celofán transparente. Algunos eran hojas de papel cuadriculado arrancadas de cuadernos de espiral; otros, cuartillas dobladas al tamaño exacto de un sobre; otros eran páginas de libros en las que se había subrayado una frase o un párrafo. Había facturas de restaurantes escritas apresuradamente por detrás, programas de teatro y billetes de autobús anotados en los márgenes.

—¿Y todas son capicúa? —entonces me di cuenta de que llevaba un rato largo callado. Mi voz me sonó extraña, y tuve que carraspear —. Me refiero a las frases de la caja…

—Todas —alzó la voz desde el fondo de la tienda.

Cogí la primera. Estaba escrita en una cuartilla de papel sobado y quebradizo, con membrete.

José Ramón Iturbe Lamíquiz

Notario

E inmediatamente debajo se leía, en mayúsculas, escrito con letra de imprenta: **ANITA LAVA LA TINA**

Era una frase bastante decepcionante para haber pertenecido a un notario. El hecho de que Anita lavara la tina no parecía motivo suficiente para que un prohombre acabara anotando un hecho tan trivial (al menos en apariencia) en una hoja con membrete. Pero el significado, había dicho aquel hombre, era lo de menos. Había que

fijarse en las palabras, desvestirlas de sentido, vaciarlas.

Probé a leer la frase al revés y definitivamente funcionaba. Era una frase capicúa. La aparté con idea de comprarla. Pensé que tal vez le gustara a Ana. También es verdad que había estado a punto de tirarse a la yugular del último que la llamó Anita, así que decidí pensármelo mejor.

Más abajo había otra. Escrita con letra menuda, un tanto tortuosa, probablemente a pluma, con tinta azul algo desvaída por el tiempo, como un poema romántico. Decía así:

Adán no cede con Eva

y Yavé no cede con nada

—Ésa es muy interesante —di un respingo porque me sorprendió que se encontrara tan cerca. Traía una carpeta más, de plástico transparente, llena también de papeles —; un enunciado bastante tajante, como habrá observado, y, por supuesto, capicúa.

Lo comprobé y, efectivamente, lo era. Era la primera vez en mi vida que me encontraba con frases así, y debo reconocer que estaba extrañamente fascinado.

—Permítame que le busque otra bastante encantadora… Déjeme ver, por aquí debe andar… Ésta…

Me enseñó lo que parecía ser una servilleta de papel. Estaba escrita con bolígrafo y el autor debía de haber apretado bastante al escribir, a juzgar por los profundos surcos que había dejado marcados. Había dos frases tachadas e ilegibles, y una tercera escrita con letras mayúsculas:

ONÍS ES ASESINO

—Una curiosa acusación, ¿no es cierto? Es de Augusto Monterroso, ¿le conoce?

—No, creo que no…

—Es un escritor guatemalteco que adora los artificios del lenguaje.

—De todos modos, son bastante absurdas, me refiero a que no parecen tener mucho sentido. Ésta, por ejemplo — sostuve ante él un pedazo de papel —: SÉ VERLE DEL

REVÉS, o esta otra: SI VIVO NO VIVÍS… Y mire ésta: SE ES O NO SE ES…

—Sin embargo, ha elegido una de mis favoritas: SÉ VERLE DEL REVÉS; paradójico,

¿no? Pero tiene razón — de nuevo se quitó las gafas, que dejó caer sobre su pecho —, lo cierto es que las frases capicúa no son demasiado prácticas. Pertenecen, por supuesto, al patrimonio de lo inútil, lo casual; lo prescindible, podríamos decir. Quizás ahí resida, precisamente, su encanto. Ya le he comentado que no es importante lo que significan, sino el hecho de que sean capicúa. Por ejemplo — eligió una frase de la carpeta que había traído, mientras se ponía de nuevo las gafas, sujetándolas en el precipicio que se abría al borde mismo de su nariz —, AMAD AL ALBA, HABLA LA DAMA no quiere decir lo que significa, algo bastante tonto, por cierto. Es sólo un juego. Una manera de trastear con las palabras.

—El patrimonio de lo inútil…

—Sí, de alguna manera así es… Como los fuegos artificiales: castillos, chispas de luz, bolas de fuego… Vistosos, es indudable, pero inútiles. Un trabajo de ilusionistas o tahúres… Las palabras dejan de ser lo que son y se convierten en piezas de un juego imaginario… Vea estos versos, los tenía aquí para enmarcarlos: **Don diego no tiene don.**

Don.

Don dondiego

de nieve y de fuego;

don, din, don,

que no tenéis don.

»¿Entiende lo que quería decirle? Es una especie de juego de trileros: conseguir que las palabras salten unas sobre otras, se monten a hombros, empujen el trozo de ladrillo, a la pata coja, por la rayuela…

Hablaba con el entusiasmo de los charlatanes de feria. Buscaba cada palabra y la pronunciaba con aplomo, con la precisión de un orfebre engastando rubíes.

SONREÍ, BOGART NO CEDE

CONTRA GOBIERNOS

—¿Ve? —prosiguió—, la frase es divertida no por lo que significa. Es divertida porque es capicúa. Eso la hace diferente, especial. ¿Quiere intentarlo?

—¿Hacer frases capicúa?

—Naturalmente. Con unas sencillas indicaciones y la cantidad adecuada de palabras reflejadas podrá fabricarlas usted mismo sin dificultad. Caray, lo he vendido como un curso de bricolaje, no me haga mucho caso…

Se dirigió a uno de los estantes y cogió un frasco de cristal cerrado a presión con una tapa de latón que abrió girándola con fuerza. Retiró la caja de cartón del mostrador, y en el hueco que acababa de dejar vació el contenido del bote: un montoncito de papeles donde había escritas decenas de palabras.

—Bien, ayúdeme a emparejarlas… Aquí está LAVA. Busque aval… aval… aval… —

decía mientras movía con los dedos los pedacitos de papel —: AVAL, aquí está…

Dispuso ambas palabras sobre el mostrador, una al lado de la otra: LAVA AVAL

—¿Se da cuenta? Es como si hubiera un espejo entre ellas. Cada una es el reflejo exacto de la otra. La misma palabra leída al revés. Y ambas tienen su propio significado, a veces diametralmente opuesto. Mire, si no, estas dos:

ATACA ACATA

»¿Qué le parece? Son como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Ayúdeme a buscar más…

Al cabo de un momento había sobre el mostrador una columna de palabras reflejadas. A un lado una palabra. Al otro exactamente su reflejo, que, a su vez, era otra palabra:

ARROZ ZORRA

AMOR ROMA

RARO ORAR

ANTE ETNA

EDUCA ACUDE

ATAR RATA

—Pues bien, ya tiene el primer paso para su frase capicúa. También existen palabras comodín que, sin ser exactamente capicúas, se vuelven cuando están juntas. Por ejemplo, en YO SOY la S baila de palabra en palabra, y el YO se convierte en SOY y el SOY en YO. Una especie de transmutación, de proceso alquímico… Ocurre lo mismo con DAMAS y AMAD, ¿lo ve?:

DAMAS AMAD

»Eligiendo cualquiera de estas palabras reflejadas conseguirá una frase capicúa —

cogió un par de papeles del bote y seleccionó dos palabras, una de cada columna, y las colocó sobre la mesa con cierta ceremonia —. Probablemente le haga falta algún artículo… Aquí está. No es la mejor que he leído en mi vida, pero algo es algo: ATAR A LA RATA

Sonreí con incredulidad. No hacía ni media hora que había entrado en la tienda, y me encontraba rodeado de letras traviesas, palabras reflejadas y frases capicúa. Moví la cabeza, sonriendo como hacen los niños cuando el mago saca el conejo de la chistera.

—Cójala, se la regalo —dijo el hombre de las gafas de concha, y los ojos grises y escrutadores, como supe tiempo después —. No ha hecho más que empezar, claro. Es como si en un juego de arquitectura acabara de poner sus dos primeras columnas y el friso. Déjeme que le muestre algo — buscó en la caja que había apartado en el mostrador,

y fue pasando frases hasta que se paró en una —. No es la que buscaba, pero ésta también es muy interesante.

Puso sobre el mostrador un telegrama: una estrecha tira de papel impresa, pegada sobre otro fino papel de color azul:

A MAN A PLAN A CANAL PANAMA

—Como ve, en todas partes cuecen habas. Es inglés, naturalmente. Una especie de consigna política: un hombre, un plan, un canal… Y sólo utiliza aes, ¿se da cuenta? La conseguí en una subasta. Es de las pocas frases de las que tengo noticia que se conservan escritas en un telegrama. No sé por qué, pero casi nadie envía capicúas de esa manera — se encogió de hombros —. Mire, aquí está la que andaba buscando, ¿qué le parece?:

ARMO UN RAMO PARA TI

DESDE ROMA CON AMOR, OMAR

—Me parece tan extraña como el resto.

—No, fíjese bien.

Volví a leerla con atención. Y, de repente, descubrí a qué se refería.

—¡No es una frase capicúa!

—Exacto, parece capicúa, pero no lo es: Roma, Omar, Amor, Armo. Tienden a crear la ficción, pero es una frase normal. Disfrazada, eso sí, de capicúa. Pruebe con esta otra: AMAD A LA DAMA, A LA MALA DAMA

Esta vez decidí no caer en una trampa tan fácil, y leí con cuidado en ambos sentidos.

—Es curioso, lo que sucede es que cambia el significado de la frase, unas palabras se convierten en otras…

—Ya ha visto, en un sentido dice una cosa, mientras que en el otro dice otra: AMAD A LA MALA, AMAD A LA DAMA

»El mismo número de letras, idéntico número de palabras, pero el significado cambia. En la primera frase se repite DAMA, y en la segunda se repite AMAD. No sé quién dijo que el lenguaje es un drama, y que las palabras son los actores. Y hay veces, de cuando en cuando, que deciden improvisar. Las palabras son tremendas… Quería enseñarle otra cosa, está aquí en el fondo de la caja.

Me tendió otro papel que leí con atención, sin descubrir de qué se trataba exactamente.

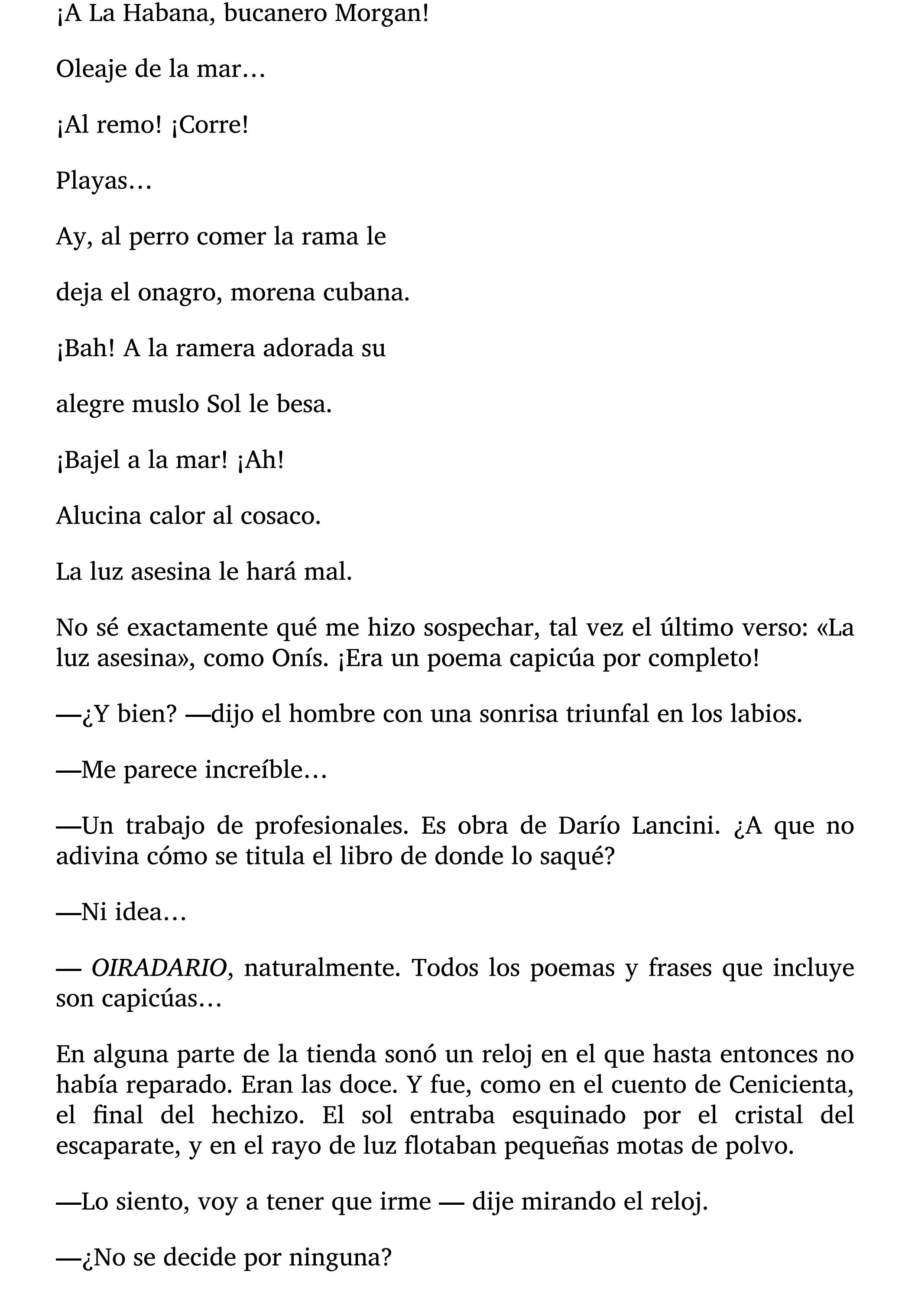
LA MAR

¡Ah! El anís es azul al ocaso.

Claro, la canícula hará mal.

Alejábase bello sol.

¡Sumerge la usada roda!



A remar.

¡A La Habana, bucanero Morgan!

Oleaje de la mar…

¡Al remo! ¡Corre!

Playas…

Ay, al perro comer la rama le

deja el onagro, morena cubana.

¡Bah! A la ramera adorada su

alegre muslo Sol le besa.

¡Bajel a la mar! ¡Ah!

Alucina calor al cosaco.

La luz asesina le hará mal.

No sé exactamente qué me hizo sospechar, tal vez el último verso: «La luz asesina», como Onís. ¡Era un poema capicúa por completo!

—¿Y bien? —dijo el hombre con una sonrisa triunfal en los labios.

—Me parece increíble…

—Un trabajo de profesionales. Es obra de Darío Lancini. ¿A que no adivina cómo se titula el libro de donde lo saqué?

—Ni idea…

— *OIRADARIO*, naturalmente. Todos los poemas y frases que incluye son capicúas…

En alguna parte de la tienda sonó un reloj en el que hasta entonces no había reparado. Eran las doce. Y fue, como en el cuento de Cenicienta, el final del hechizo. El sol entraba esquinado por el cristal del escaparate, y en el rayo de luz flotaban pequeñas motas de polvo.

—Lo siento, voy a tener que irme — dije mirando el reloj.

—¿No se decide por ninguna?

—Tal vez otro día; estoy demasiado… abrumado.

—Antes de marcharse quiero que vea una cosa más. No le llevará más que un minuto…

Me enseñó un texto de seis folios, escrito a máquina, que sacó de un enorme cartapacio sujeto con unas cintas rojas. El papel, bastante manoseado, parecía haber sobrevivido a un naufragio. Estaba manchado, tal vez de café, tenía los bordes doblados, algunos rotos, y un tacto suave y grimoso, parecido al de los billetes usados de banco.

— *Trace l'inegal palindrome*… — comencé a leer, y no entendí nada —. ¿Qué es, francés?

—Léalo…

—Es que no hablo francés…

—Es lo mismo. Recuerde que, en ocasiones, lo importante son sólo las palabras, no lo que significan…

Trace l'inegal palindrome. Neige. Bagatelle, dira Hercule. Le brut repentir, cet écrit ne Perec. L'arc lu pese trop, lis a vice-versa Perte. Cerise d'une verite banale, le Malstrom, Alep, morto edulcore, crepe porte de ce desir brise d'un iota…

Me quedé mirándole esperando una explicación, al menos una pista, como dicen en los concursos de la televisión. Cuando por fin se decidió a hablar, no ocultó una sonrisa de complacencia.

—Es otro texto capicúa, tendrá que buscar el final…

—¿Un texto capicúa de seis folios?

—Exactamente 1.270 palabras, más de 7.600 caracteres, sin incluir ni comas ni espacios.

—¿Es suyo? —pregunté con mal disimulada admiración.

—No, por favor, es de Perec. Georges Perec. Hablaremos de él otro día… — hizo una pausa premeditada —; si es que decide volver, claro.

No supe interpretar si era una invitación, o un deseo torpemente expresado. Avancé por los folios hasta el final y busqué las últimas líneas, que, leídas al revés, eran las del comienzo:

… A toi, un desir brise, decede, trope perce, roc lu. Detrompe la.

Morts: l’ame, l’Elan abeti, revenu. Desire ce trepas reve: Ci va! S’il porte, sepulcral, ce repentir, ce ecrit ne perturbe le lucre: Haridelle, ta gabegie ne mord ni la plage ni l’ecart.

Salí a la calle, al rato, como si acabara de despertar de un sueño. Uno de esos sueños extraños que se difuminan en la mente con las primeras luces del alba y el regusto dulce

— cucharada y media — del primer café. Miré alrededor fijándome en los pequeños detalles de una calle que comenzaba a recuperar el pulso. La señal de prohibido, en el bordillo de la acera. La señora con el perro. El cine, una manzana más abajo. Crucé la calle sin mirar, y el conductor de una furgoneta de reparto tocó la bocina un par de veces para llamar mi atención. Di un respingo involuntario. Después, desde la otra acera, me volví para mirar la tienda. Seguía allí, con su fachada vieja y destartalada. Me encogí de hombros y pensé que tal vez seguiría allí la semana siguiente. El sobre naranja que llevaba en la mano contenía un surtido de palabras reflejadas, la frase de Ana y, envuelta en celofán, una capicúa:

■

AMIGO NO GIMA

Me encaminé calle arriba hasta la plaza, con paso firme y decidido. Todavía tenía que comprar el pan.

—¿Te has fijado en que tienes un nombre capicúa?

—¿Es un piropo?

—No, no es un piropo —dije un poco escamado.

Ocurre siempre en los libros que los personajes son gente excepcional: aventureros, papas, detectives privados, espadachines, soldados… Héroes o villanos. Ocurre que viven en lugares exóticos como Nueva York, Estambul o las islas Fidji; ocurre que conducen llamativos coches, que visten ropa cara y joyas de valor incalculable. Y ocurre que dos asesinos a sueldo — cachas y malencarados, uno siempre se llama Rocco —

los persiguen en motora por los laberínticos canales venecianos. Y así

es fácil, claro. Lo complicado es hablar de la gente normal, eso sí que es realmente difícil.

Y Ana es una chica normal: lee libros, escucha música, le gusta el cine (más Matt Damon que DiCaprio), se muerde las uñas, aunque ahora lleva un par de semanas intentando dejarlo, y estudia francés los martes y jueves de seis y media a ocho de la tarde, después de salir de trabajar.

Trabaja en un banco, en una oficina blindada hasta los cimientos en la que te sientes un delincuente apenas entras y te despojan de todos los objetos metálicos: llaves, monedas, bolígrafos… En realidad, es socióloga (o casi socióloga, porque le faltan dos o tres asignaturas, no sé si de cuarto o de quinto), pero dejó la carrera hace tiempo. Un día, hará un par de años o tres, una amiga le comentó que había visto un anuncio en un periódico. Se presentó y la seleccionaron. No es un trabajo que le entusiasme, pero el sueldo está bien, y el horario le deja todas las tardes libres. Rellena impresos, regala caramelos a los niños, y programa el ordenador para que libere billetes que parece que acabara de fabricar.

Supongo que se podría decir que es atractiva sin que se sintiera incómoda. Tiene unos ojos bonitos, almendrados, con largas pestañas, una boca bien dibujada, y una cara ovalada de pómulos altos y aristocráticos. Pero es cierto que nada de eso llama especialmente la atención. Tal vez si hubiera que buscar un rasgo que la definiera, sería el pelo — largo, castaño, rizado —. Su larga y desordenada melena cayéndole sobre la espalda como una cascada de agua espumosa. Siento ser tan previsible con la metáfora, pero en realidad es así.

Le encanta jugar con sus rizos. Los acaricia, los desenreda con la mano, les imprime torsiones imposibles, los muerde con los labios. Se los recoge en la nuca con un lápiz que es más una espoleta que un seguro.

Su bolso, una sima abisal, es un muestrario multicolor de pequeñas horquillas, peines, peinetas, gomas, coleteros, pinzas, cintas, pasadores, pañuelos… Ahora mira la frase que acabo de regalarle, con curiosidad, después de hacerme contar con todo lujo de detalles la visita a la tienda.

ANITA LAVA LA TINA

—Oye, ¿y el viejo?, ¿qué raro, no?

—Raro en qué sentido…

—No sé, lo de la tienda de palabras y todo eso, es un tanto misterioso…

—Si tú lo dices…

—Hombre, tú porque estás acostumbrado a estas cosas, pero reconocerás por lo menos que tampoco es un trabajo muy normal.

Se refería Ana, supongo, a que me gusta buscar cosas raras, curiosas. Bucear en las estanterías de las librerías, en las almonedas y en las tiendas de viejo. Íbamos andando camino del metro, y la calle olía a tierra mojada. Era de noche. En otoño, a las ocho y cuarto, siempre es de noche. Es divertido caminar a su lado y acoplarse a su paso firme, marcial como el de un soldado victorioso en un desfile. Para no morderse las uñas se las había pintado con esmalte de color perla —creo —, y masticaba chicle de fresa.

Me cuesta decir que somos novios, es una palabra que en mi boca siempre suena ajena y desbocada, como un traje heredado del abuelo. Pero las alternativas tampoco son mejores: mi chica, mi compañera… Hay veces que las palabras son incapaces de

definir con precisión las cosas, situaciones en que es ocioso siquiera intentarlo. Es como medir dos metros, y querer vestir de *prêt-à-porter*. Resulta que al final no compensan los arreglos.

—Una vez —dijo Ana— leí un cuento de unos monjes que se dedicaban a escribir palabras y a guardarlas en un enorme archivo junto a la biblioteca. Realmente no tiene nada que ver con la tienda pero, no sé por qué, me lo ha recordado…

—¿Y cómo era la historia?

—No me acuerdo muy bien, lo leí hace tiempo. Era un monasterio donde se guardaban todas las palabras que existían, y al final hay un incendio, creo, o algo así…

Voy a ver si esta noche te lo busco por casa…

—¿Y para qué guardaban las palabras?

—No sé, supongo que para protegerlas, o para poseerlas… ¿Para qué otras cosas se pueden guardar las palabras?

—Para venderlas…

—¿Y son caras?

—No, muy caras, no…

—La verdad es que nunca habría imaginado que alguien se dedicara a vender palabras. Me parece un negocio ruinoso…

En ese momento empezó a chispear. Ana apretó el paso por debajo de las cornisas, y yo la seguí. Nos refugiamos en un portal.

—¿Y no tiene un gato?

—¿En la tienda?

—Sí, uno de esos enormes gatos atigrados, grises y blancos, de ojos amarillos, como el de la droguería. Saltaría sobre el mostrador y desordenaría todas las palabras. Un gato que se llamara…, déjame pensar…, que se llamara Cervantes.

—¿Cervantes? —dije con cierta sorpresa —. ¿Dónde se ha visto un gato que se llame Cervantes?

—Pues entonces Sagasta…

Rompió a llover en serio y tuvimos que correr hasta el metro. Ahí lo dejamos.

dos

Mi casa limita al norte con un ventanal orientado a mediodía: un cuchillo de sol que entra a media mañana y que corta en dos el suelo, desde la mesa, separando con la precisión de un escalpelo el territorio de las sombras del torrente de luz. Más al norte, siguiendo el pasillo, están la cocina y el cuarto de baño. Mi casa limita al sur con una estantería donde lo que más llama la atención es el acuario — un remanso de paz, a la izquierda — y el equipo de música: las luces parpadeantes del ecualizador, y la música de Eric Clapton sonando en los altavoces al otro extremo.

Al oeste queda la habitación, ocupada por una cama que parece haber

sido allí plantada de pequeña y haber crecido desmesuradamente. Y enfrente, el cuarto de estar: el armario y una mesa camilla encajonada contra la ventana por dos sillas.

Es un sexto piso, el último, con ascensor, que da a un patio de luces, blanco, de aristas vivas como una caja de zapatos. Un vacío de caída libre surcado por cuerdas de la ropa y salpicado de flores de geranio en todas las ventanas. En el centro geográfico de este mapa que acabo de trazar está Ana, justo al lado del sofá. Es sábado y acaba de llegar, con su bolso lleno de horquillas, y una barra de pan, según lo convenido.

—Se titula «Memoria del silencio» — hizo un globo de chicle que le explotó en la cara, un segundo antes de tirarlo a la basura —, anoche lo estuve releyendo…

Me tendía un libro pequeño, de tapas blandas y bastante sobado. Uno de esos libros que viajan con nosotros en el metro y los autobuses y que acaban por fagocitarse a sí mismos. De sus páginas sobresalía un señalador que marcaba uno de los cuentos. Era de Umberto Eco. Lo hojeé mientras Ana seguía hablando.

—Cuenta la historia de un monasterio, en plena Edad Media. Una isla de paz en un lugar azotado por la guerra y los conflictos armados entre los señores feudales. En él viven poco más de una docena de monjes: largas túnicas marrones, tonsuras, barbas ralas y una especie de bonete, también marrón, en la cabeza.

Ana siguió hablando, deteniéndose en la descripción minuciosa del lugar: un paisaje abrupto, montañoso, casi en la cima de una colina rocosa surcada de caminos serpenteantes, casi siempre desiertos. El monasterio no es más que un pequeño conjunto de edificios de paredes encaladas, con estrechos corredores y escaleras de madera, tejados de pizarra negra, y una ermita minúscula, adornada con frescos, y su campanario coronado por una oxidada cruz de metal.

Los monjes trabajan en un pequeño huerto. No hablan entre sí sino por señas, porque todos han hecho voto de silencio. Las horas de comida, oración, meditación y trabajo están rigurosamente regidas por el sol. Después de un frugal almuerzo, a media mañana, los monjes se dirigen ordenadamente al *scriptorium*: una sala rectangular, fresca y bien iluminada, en el segundo piso, rodeada de altos armarios de madera abarrotados de libros. Los monjes, siempre en silencio, escriben palabras en pedazos de pergamino, iluminándolas de manera cuidada y exquisita. Llevan siglos haciéndolo.

Generaciones y generaciones de monjes silenciosos entregados a guardar y proteger las palabras. Todas las palabras que, después, ordenan amorosamente en pequeños archivadores de madera. Allí se resume la memoria de todo lo nombrado: lo visible y lo invisible, lo material y lo espiritual. Y ése es su único objetivo: guardar las palabras, preservarlas del olvido, la desmemoria, la amnesia colectiva. Porque, afirman, en las palabras se encuentra la certidumbre. Los objetos, los sentimientos comienzan sólo a ser conocidos en el momento en que somos capaces de nombrarlos. Sin palabras no hay nada, sólo un territorio inexplorado y hostil. Nombrar las cosas permite poseerlas… Y

eso inquietaba a los poderosos, que veían en los monjes a unos extraños hechiceros dotados del poder, de la magia de las palabras.

Un día acude al monasterio un grupo de forasteros. Buscan asilo. Les persigue una partida de soldados renegados que al día siguiente llega a la abadía. Desde el huerto, uno de los monjes les ve acercarse por el camino. Van envueltos en una espesa nube de polvo. Son diez, quince hombres a caballo, armados con yelmos y cotas de malla.

Desmontan y se acercan a la puerta abierta de par en par. El abad, un viejo enjuto de pelo cano llamado Marcelo Zagro, los recibe en silencio. Son mercenarios, hombres rudos acostumbrados a la retórica de la guerra. Le apartan de un violento empujón. El que parece el jefe lleva la espada desenvainada, hay también ballesteros y hombres armados con lanzas y garrotes: gritan, blasfeman, toman al asalto los corredores, registran las celdas rompiendo a patadas todo aquello que se les interpone, acuchillan los jergones de paja y destrozan a hachazos los bancos de madera. Los campesinos, que no han podido escapar, son obligados a salir a empellones. Uno de los hombres armados se para delante del abad, y le abofetea. Otro prende una tea y la arroja por una de las ventanas del piso inferior. Otros siguen su ejemplo y porfían respecto a su puntería: algunas teas se estrellan contra los muros, pero otras destrozan cristales, vidrieras… A los pocos minutos, de las ventanas comienzan a salir unas rojas lenguas de fuego que despiden un humo negro y compacto. Los soldados se marchan con los campesinos, atados por las manos, trastabillando detrás de los caballos que, al trote, los envuelven en una espesa nube de polvo.

—Y el cuento —concluyó Ana tras una pausa — acaba con el abad y los monjes, tiznados de ceniza los rostros, las manos y las túnicas, viendo desde el huerto,

impotentes, cómo el monasterio entero arde pasto de las llamas. Y el abad Zagro rompe entonces a llorar. Y las lágrimas le surcan en el rostro el negro del humo. Llora porque Europa entera está en guerra, y el sonido de los cascos de los caballos retumba por todo el valle como una maldición. Llora por los campesinos, condenados a una muerte segura, y llora, sobre todo, porque el fuego está destruyendo las palabras, las comunes y las olvidadas. Y porque ellos han hecho un voto de silencio que les impide pronunciarlas.

Nos quedamos callados unos segundos. Sonaba *Tears in Heaven* en una versión de guitarra. Una canción que a mí siempre me ha puesto melancólico, y que dio a la historia un tono irremediable.

—¡Qué fuerte! —balbucí.

—¿Te ha gustado?

No he contado que Ana ha trabajado en dos o tres grupos de teatro aficionado, y tiene dotes para la interpretación: el tono, las inflexiones de la voz, el control de las pausas, del tempo narrativo. La historia me había causado una profunda impresión.

Durante mucho tiempo guardaría vívidas aquellas terribles imágenes: los soldados, los monjes, las teas, el abad llorando por la pérdida de las palabras…

—Uf… «Memoria del silencio»… — dije con el libro en la mano, sopesándolo —; déjamelo para leerlo.

Vi que Ana se llevaba un dedo a la boca, mientras se apartaba el pelo de la cara.

Volvía a morderse las uñas, y no tuve fuerzas para reprenderla.

Aquélla fue una semana lluviosa. Llovió tanto que era como si el diluvio bíblico se hubiera desatado sobre nuestras cabezas. En el cuarto de estar, la gotera que anunciaba

el final del otoño se convirtió en una mancha que parecía un nimbo. Nunca me aclaro con estas cosas. Tal vez fuera un cúmulo. O un estrato. Pero era como una nube de tormenta: una premonición. El aviso de un invierno inminente de tendencia homicida.

Llamé al casero, don José, para que volvieran a arreglar el tejado, un poco harto de que, cada año, volviera a repetirse la misma función: el canalón se taponaba, y con las primeras lluvias desbordaba toda el agua sobre la fachada, desde donde se filtraba a través de la escayola del falso techo.

A lo largo de la semana pasé un par de veces por delante de la tienda. Con lluvia, nublado, parecía aún más sombría y misteriosa. Una de las veces me acerqué al escaparate, intentando ver el interior, pero resultó imposible. Por fin el miércoles por la mañana me decidí a repetir la visita.

Llovía y la entrada estaba generosamente cubierta con serrín. Debía de ser el primer visitante del día, porque no había ninguna huella de pisadas. Me llamó la atención haberme fijado en ese detalle. Yo que, en general, milito en la legión de los despistados irredentos (e irreductibles).

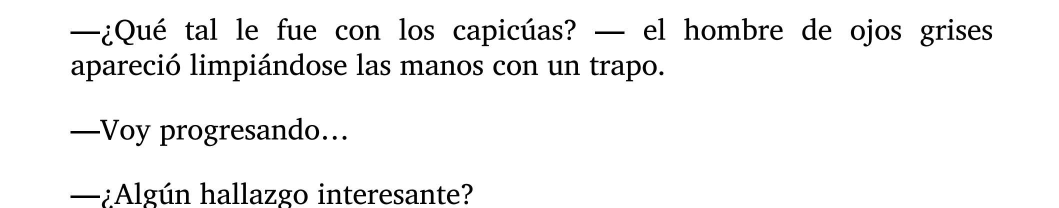
¡TLING!

La campanilla me sorprendió de nuevo, casi tanto como la primera vez. Cerré la puerta y busqué un sitio para dejar el paraguas, que goteaba. Pero no lo encontré.

—Un segundo, salgo enseguida — sonó desde algún lugar de la trastienda —. Ah, es usted — el hombre de ojos grises se asomó por una esquina del fondo —; ¿me disculpa un momento? Estoy ordenando un envío…

—No se preocupe…

La tienda me pareció más pequeña que la otra vez. Estaba llena a rebosar de papeles, que ocupaban hasta el último centímetro cuadrado. Ascendían hasta casi el techo, en columnas, como estalagmitas, y se esparcían por el suelo, sobre el mostrador, por las estanterías, como una marea negra. Incluso la única silla que se veía aparecía por entero cubierta de papeles. Todo respiraba un color marrón, manso, grisáceo. Tras el mostrador, al fondo de la tienda, descubrí una pequeña mesa de madera, iluminada tenuemente por un flexo.



—¿Qué tal le fue con los capicúas? — el hombre de ojos grises apareció limpiándose las manos con un trapo.

—Voy progresando…

—¿Algún hallazgo interesante?

Negué con la cabeza:

—Me temo que no…

—Deje el paraguas ahí mismo, no se preocupe.

Reparé en el pequeño charco que se había formado bajo el paraguas, y que el suelo de madera absorbía como una magdalena empapa el café. El hombre se quedó un momento mirándome.

—Todavía le tengo reservados los seis folios capicúa de Perec. Algo me dijo que volvería. Y además he encontrado algunas curiosidades para usted, las tengo aquí abajo

— buscó bajo el mostrador y sacó una carpeta usada de color azul, con gomas, de la que extrajo un papel —. ¿Qué le parece?

¿USTED NO NADA NADA?

ES QUE NO TRAJE TRAJE

—Suena a juego infantil…

—Lo es, una broma inocente. Son palabras con doble personalidad, unas veces significan una cosa, y otras veces otra. Hay centenares: CURA, por ejemplo, es una manera de recuperar la salud, pero también un sacerdote; CASTA significa linaje, y mujer que se abstiene de la sexualidad; PURO es un tipo de cigarro, y algo sin mezclar; GUÍA puede ser un libro, pero también un líder; por CAPITAL se entiende patrimonio, pero al tiempo es la cabeza administrativa de una región; CABO es un grado militar, y un accidente geográfico; hay FUENTES ornamentales y FUENTES de problemas.

Algunas palabras tienen tantos sentidos, escribió un poeta, que vale la pena haber vivido sólo para conocerlos — hizo una pausa, valorativa, y prosiguió —. Imagine un cuchillo: sobre la mesa es un mero instrumento de cocina; en una panoplia, una pieza de museo, pero clavado en el cuerpo del delito se convierte en el arma homicida… Ocurre lo mismo con las palabras, cambian de significado en virtud de dónde estén colocadas, de su contexto. De alguna manera contienen en sí mismas el germen del juego.

Utilizadas con ingenio sirven para construir frases realmente vistosas. Y muy económicas, claro, la misma palabra sirve para todo. Se amortiza enseguida.

EL CABO PRENDIÓ UN CABO EN EL CABO

—Divertida…

—Mire aquel poema —me señaló un lugar de la pared, al que me dirigí —. No, justo el de al lado, el del marco rojo, ése…

Tuve que acercarme para poder leerlo, porque el papel estaba arrugado y algunas palabras se leían con dificultad.

Y MI VOZ QUE MADURA

Y MI BOSQUE MADURA

Y MI VOZ QUEMADURA

Y MI VOZ QUEMA, DURA

—No tiene mucho sentido…

—Se trata sólo de un juego. Utiliza palabras que, como ve, suenan igual pero significan cosas diferentes. Es como repetir un único verso cuatro veces: un auténtico ejercicio de declamación.

Allí estaba yo, con el dobladillo del pantalón empapado, la gabardina y las botas.

Por un momento imaginé que alguien entraba en la tienda y me encontraba, de tal guisa, frente a un mostrador repleto de palabras con doble personalidad. Todo aquello tenía un cierto encanto transgresor, de travesura infantil.

—Pues bien —prosiguió—, los malabaristas de palabras reparan en estas casualidades y las explotan como una mina de diamantes. Muchos chistes, bromas y charadas se basan, exclusivamente, en los equívocos que provocan las palabras.

Observe estas dos frases:

EL DULCE LAMENTAR DE DOS PASTORES

EL DULCE LAMEN TARDE DOS PASTORES

»Divertidas, ¿eh? —comentó sonriendo —; las mismas letras, el mismo orden, y dos significados radicalmente distintos.

Fue como si hubiera conseguido demostrar un teorema. O plantearlo, no sé. Cogió las gafas por una de las patillas, y se las arrancó de la cara con un gesto maquinal.

Todavía se detuvo unos segundos jugueteando con ellas, antes de dejarlas caer sobre el pecho.

—Me estoy acordando ahora de un chiste que me contaron hace tiempo. Es una bobada, pero tiene su gracia. Un señor entra en una zapatería y le pregunta al dueño:

«Disculpe, ¿tiene sandalias del 36?». A lo que el dependiente responde: «Lo siento, señor, pero de la guerra ya no nos queda nada». Ja, ja… Es una bobada, ya se lo dije.

»En los juegos de palabras se persigue lo mismo: lo paradójico, lo sorprendente, los dobles sentidos: DIAMANTES QUE FUERON ANTES DE AMANTES DE MI MUJER.

¿Se la sabía? Hay también otra muy conocida: CON DADOS GANAN CONDADOS; o aquélla tan divertida: ES CONDE QUIEN SE ESCONDE. Tengo otra pero es un poco más cara. Al fin y al cabo alguna diferencia tiene que haber entre una frase de condes y otra de reyes. Nobleza obliga…

SI EL REY NO MUERE

EL REINO MUERE

Se quedó un momento callado, mirándome fijamente a los ojos. Estaba claro que había llegado al final de un acto, como en el teatro. Volvió a ponerse las gafas y, de repente, pareció reparar en mí. Con el tiempo me acostumbraría a ser una suerte de interlocutor imaginario, un tanto fantasmagórico, que, indistintamente, cobraba entidad como un ectoplasma o se desvanecía.

—Discúlpeme. Lleva desde que ha entrado ahí de pie, como un pasmarote, y no le he dicho nada. Siéntese, por favor…

Miré la silla que me indicaba, cubierta por entero de papeles.

—No se preocupe, tengo que irme enseguida…

—No es molestia, por favor, siéntese — salió de detrás del mostrador y comenzó a retirar papeles de la silla —. Vamos a apartar de aquí todo esto… Mire dónde estaba —

señaló una carpeta que abrió mientras hablaba —; el otro día estuve buscándola y no hubo manera de dar con ella — me mostró una O —. Es para el cartel de la puerta, no sé si se habrá fijado… Bueno, quítese la gabardina y póngase cómodo.

—En serio, no se preocupe.

—Por favor… —me quité la gabardina. La dejé cuidadosamente doblada en el respaldo, y me senté —. Cuando se trata de palabras me entusiasmo, ya habrá visto…

Me pongo a hablar y es imposible pararme. Me sucede como a madame Langranni, no sé si habrá oído alguna vez hablar de ella.

—No.

—Viajó por toda Europa antes de la Gran Guerra, llenando teatros y auditorios. Se dedicaba a comentar palabras…

—¿Comentar palabras?

—Bueno, algo así. Se sentaba, en medio del escenario, acomodando una enorme falda que le llegaba hasta los tobillos, e iluminada por un foco. Buscaba en un pequeño librito negro, de tapas blandas, una libreta en realidad, que siempre llevaba consigo, y seleccionaba una palabra al azar. Decía, por ejemplo: «Hoy, si les parece, vamos a hablar del término BARCO». Y comenzaba a improvisar. Decía si a su juicio se trataba de una palabra gorda o delgada, alta o baja, campechana o estirada en sus modales. Y

pasaba a contar la historia de la primera vez que la pronunció; el tiempo que hacía ese día, dónde se encontraba. Hablaba de quiénes estaban presentes en ese momento, y de lo que había ocurrido con ellos. Hablaba durante horas ante un público fascinado por las historias que contaba… Su espectáculo era siempre diferente. Al día siguiente elegía otra palabra del libro y hacía lo mismo.

»Madame Langranni… desapareció tras la guerra y no se volvió a hablar de ella; parece ser que el barco en el que viajaba se hundió al chocar con una mina. En fin… Le ofrecería un café pero temo que no conseguiría encender el infiernillo. Ayer se me rompió el enchufe y no he tenido tiempo de arreglarlo.

—No importa.

—Bueno, ¿dónde nos habíamos quedado?

Consideré lo del infiernillo una fatalidad del destino. La historia de madame Langranni había creado un ambiente propicio para las confidencias, y hubiéramos podido hablar acerca de él: de cómo había acabado dedicándose a vender palabras, y de si alguna vez había tenido un gato que se llamara Cervantes, o Sagasta. De todos modos su pregunta había quedado en el aire, y decidí dejar para otro momento el capítulo de las intimidades.

—Hablábamos de los malabaristas del lenguaje.

—Eso no es una pista, amigo. Casi siempre hablo de lo mismo… ¡Ah, sí! Ya recuerdo, estábamos con las palabras con doble personalidad. Hay otro truco que consiste en transmutar una palabra en otra, ¿no jugaba de pequeño a decir MONJA muchas veces a toda velocidad?

—Sí, ahora lo recuerdo: monja, monja, monja, monja, monja… siempre se acaba diciendo JAMÓN…

—Pues es lo mismo. Pruebe con SOPA, CASA, PATO, ¿qué decimos en realidad?

¿PASO?, ¿SACA?, ¿TOPA? Pensamos que el lenguaje se sustenta en unos firmes cimientos, cuando se asienta sobre arenas movedizas: HATAJO y ATAJO, BACA y VACA, CON SENTIDO y CONSENTIDO. Ninguna diferencia fonética, y dos significados totalmente distintos:

ENTREVER DESAIRES

ENTRE VERDES AIRES

»Espere un momento —el hombre de ojos grises se acercó hasta la mesa del fondo, y de un cajón sacó una pequeña caja de cartón, sin tapa. E hizo que sobre el mostrador se desparramara un aluvión de pequeñas letras de colores, todas diferentes, pegadas en unas finas láminas de cartón. Recordaba haber jugado a un juego parecido de pequeño —. Observe, es un truco sencillo.

Eligió tres letras que ordenó sobre el mostrador:

COL

—Planta hortense de la familia de las crucíferas, con hojas radicales, muy anchas por lo común y de pencas gruesas. Añadamos una letra.

A lo largo de mis visitas nunca conseguí saber si conocía todas las palabras, todos los significados, o si se trataba de un discurso preparado, memorizado y repetido. Pero todo aparentaba ser un tanto casual, improvisado.

COLA

—Extremidad posterior del cuerpo, y de la columna vertebral de algunos animales.

¿Qué tal ahora con una erre?

COLAR

»Dícese del acto de pasar un líquido por manga, cedazo o paño. Cada letra abre un universo nuevo de significados, cambia por completo el sentido de la palabra: CIMA y SIMA, ¿hay algo más alejado? CABALLO y CABELLO, SUERTE y MUERTE, HIEL y MIEL; sólo las separa una letra, y vea el abismo que existe entre ellas. Si se añade una S

a ALUD se convierte en SALUD; si a DIVISIÓN le quitamos DI resultará

VISIÓN. Y vea lo que pasa con VERSO: con el prefijo PER se transmuta en PERVERSO, y con RE en REVERSO… Trabajar con las palabras es como domar tigres de Bengala: saltarán, harán piruetas, pasarán por el aro humeante al lejano son de un redoble de tambor — se quedó un momento callado, se veía que estaba divirtiéndose —. Discúlpeme, creo que he conseguido entusiasmarme. En fin, probemos, si quiere, con la siguiente pirámide…

SOL

SOLA

SOLAZ

»De SOL, soleado. De SOLA, solitaria. De SOLAZ, solazarse… Es como ir abriendo una muñeca rusa. Dentro hay siempre una aún más pequeña, una nueva sorpresa. Y, de nuevo, salta la chispa como por arte de magia. Volvemos a ser ingeniosos.

SOLA SE SOLAZABA AL SOL

Mi cabeza se llenó de letras. Era un baile. Un baile de gala en un salón lleno de espejos y lámparas de araña. La D sacaba a bailar a la O y la pareja acometía un minué.

La R — con un antifaz — proponía baile a la E, y ambas saltaban por el entarimado al ritmo de un frenético chachachá. Una nueva pareja, la M y la I, se hacía hueco en el centro de la pista, justo cuando comenzaba a sonar el vals… Y, de repente, la orquesta arremetía con la polca… Y todas las letras, emparejadas, hacían pasillo y comenzaban a desfilar de la mano, luciendo sus trajes de gala, los tafetanes, las botas lustradas, y los

plisados: DO, RE, MI, FA, MI, RE… El hombre colocó una nueva frase sobre el mostrador, y me di cuenta de que había perdido el hilo.

EL LABRADOR TENÍA

UN CERDO Y LA MADRE DEL

LABRADOR ERA TAMBIÉN

EL PADRE DEL CERDO

—De todos modos no entiendo adónde intenta llegar.

—¿Con los juegos, se refiere?

—Exacto.

—A ninguna parte. No hay destino final esta vez. Estamos sencillamente jugando, y en los juegos no hay necesariamente una meta. A veces gana el que marca más tantos, pero también el que pierde se divierte. Aunque se divierta, tal vez, un poco menos. Ja, ja… No busque más explicaciones, porque no las hay — nos quedamos un momento callados. De fondo sonaba el lejano tictac del reloj de pared —. Le proponía —

continuó — un juego. Vea la frase con atención:

EL LABRADOR TENÍA

UN CERDO Y LA MADRE

DEL LABRADOR ERA TAMBIÉN

EL PADRE DEL CERDO

Le dediqué unos segundos sin encontrarle ni pies ni cabeza.

—Es un auténtico galimatías…

—Le falta un punto… Si consigue colocarlo en el lugar adecuado, cobrará sentido.

—¿Un punto?

—Exactamente. Por supuesto, es una frase tramposa. Tenga cuidado y no se deje llevar por las apariencias.

—Un punto. Detrás del primer «cerdo» no funciona, evidentemente. El significado sigue siendo el mismo. Y más tarde no puede ser porque no tendría sentido…

—Dedíquele unos segundos más…

—Lo siento —dije al cabo de un momento —, no consigo encontrar la solución…

—Se rinde enseguida, amigo. Pruebe detrás de «madre»: *El labrador tenía un cerdo y la madre. Del labrador era también el padre del cerdo*. Un solo labrador, y tres cerdos; es fácil cuando se conoce el significado…

—Es trampa.

—Le dije que tuviera cuidado. Las palabras y los significados también se prestan a multitud de juegos. Los malabaristas siempre se han sentido atraídos por ellos. Veamos algo sencillo…

Letra a letra, aprovechando las que había sacado del bote, fue construyendo una frase.

EL PERRO BEB *E* AGUA

—¿Inofensiva, verdad? ¿Qué cree que quiere decir?

—Parece obvio, dice que el perro bebe agua.

—No es tan simple. Yo lo llamo el juego de tirar de la madeja.

Póngase cómodo, puede llevarnos un rato.

Se acercó a la estantería y, sin dejar de hablar ni un momento, volvió con un enorme libro muy usado, con tapas negras, de piel, y hojas tan finas que amenazaban quebrarse cada vez que las movía.

—Bien, estábamos en EL PERRO BEBE AGUA; comencemos a tirar del hilo…

Buscó la palabra en el diccionario, recorriendo con el dedo las columnas de significados.

—Perrezno, perrillo, perrito — musitó —. Aquí está:

perro. (De or. inc.) m. Mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas…

»Podríamos continuar, pero de momento esto será suficiente.

Después hizo lo mismo con las otras palabras: «bebe» y «agua», mientras escribía afanosamente en un papel. El resultado que me mostró fue el siguiente: El mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos según las razas, ingiere un líquido formado por la combinación de un volumen de hidrógeno y dos de oxígeno.

—Ingenioso, desde luego —aventuré.

—Pues es sólo el principio. Ahora volvemos a empezar. Se trata de buscar las definiciones de mamífero, doméstico, familia… Un buen lío, ¿no?

El juego parecía avanzar por buen camino a juzgar por el entusiasmo que mostraba el hombre de ojos grises. Yo, debo reconocerlo, estaba ya un poco mareado. Ante mis ojos desfilaban ejércitos de letras: mayúsculas, minúsculas, cursivas, negritas, abreviaturas…

—Hemos armado una buena; vea el resultado…

El animal vertebrado de temperatura constante, cuyas hembras alimentan a sus cachorros con leche de sus mamas, que pertenece o es relativo a la casa u hogar, o bien al grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas; que es un digitígrado, de uñas no retráctiles, con cinco dedos en las patas anteriores y cuatro en las posteriores…

»Y sólo hemos llegado hasta “cánido”. Podría llevarnos el resto de la

mañana completar la frase. De hecho, podríamos dedicar el resto de nuestra vida a llenar las centenares, las miles de páginas necesarias para definir con precisión algo tan intrascendente como EL PERRO BEBE AGUA.

»Las palabras… esconden un punto de perversidad: ¡Carguen, apunten, fuego!…

Sólo palabras, ¿ve? Y habrá un nuevo muerto por su causa. Si no tenemos cuidado podemos acabar perdiéndonos en ellas, en su tupido bosque de sinónimos, antónimos y oraciones explicativas. Recorreríamos caminos tortuosos, intrincadas veredas, sendas escarpadas que nos conducirían exactamente al mismo lugar: EL PERRO BEBE AGUA.

Sólo los poetas se aventuran por esas rutas alternativas, por los senderos sin señalizar del lenguaje. No sé si lo recordaré completo. Es un poema de Virgilio Piñera, un experimento, un ejercicio de funambulismo creativo:

Si muero en la carretera no me pongan flores.

Si en la carretera muero no me pongan flores.

En la carretera no me pongan flores si muero.

No me pongan si muero flores en la carretera.

No me pongan en la carretera flores si muero.

No flores en la carretera me pongan si muero.

Si muero no flores en la carretera me pongan.

Si flores muero en la carretera no me pongan.

Flores si muero no en la carretera me pongan.

Si flores muero pongan en me la no carretera.

Muero si pongan flores la en me no carretera.

Había llegado hasta allí sin trastabillar, sin equivocarse ni dudar una sola vez. Pero se quedó callado de repente, golpeándose la frente con una de las manos. Intentando forzar la memoria. Dudó, hizo ademán de continuar, pero finalmente desistió.

—Lo siento, continúa unos versos más, pero no soy capaz de recordarlos, si le interesa puedo buscárselo… Le decía que los poetas tienen auténtica obsesión por las palabras, las sopesan, las apaloman en las manos, las tocan a ciegas buscando al tacto el término preciso, veraz, insustituible. ¿Será burro, pollino, jumento, asno, garañón?, se preguntan… No, no se ría…

No pude evitarlo. Había elegido, desde luego, un ejemplo divertido. Por un momento pensé en Ana. Me veía formulándole esa misma pregunta: ¿burro?,

¿jumento?, ¿asno?…

—A veces es muy importante encontrar la palabra justa, la adecuada. La que define con precisión aquello de lo que se habla. ¿Sabe cuántas palabras tienen los esquimales para decir nieve? — me encogí de hombros —: trece. Juguemos, por ejemplo, a ver de qué color son mis ojos, ¿qué le parece?

Se me quedó mirando fijamente. Se trataba de una mirada inquietante.

—¿Grises?

—Ése podría ser el nombre, pero falta el apellido… ¿Ha leído *Cyrano*?

—¿ *Cyrano de Bergerac*? Sí, claro.

—Un joven le dice a Cyrano que tiene la nariz grande. ¿Recuerda el pasaje? Cyrano se le enfrenta y dice:

Eso es muy corto, joven: yo os abono

que podríais variar bastante el tono.

Por ejemplo: Agresivo: «Si en mi cara

tuviese tal nariz, me la amputara».

Amistoso: «¿Se baña en vuestro vaso

al beber, o un embudo usáis al caso?».

Descriptivo: «¿Es un cabo? ¿Una escollera?

Mas ¿qué digo? ¡Si es una cordillera!».

Curioso: «¿De qué os sirve ese accesorio?

¿De alacena, de caja o de escritorio?».

Burlón: «¿Tanto a los pájaros amáis

que en el rostro una alcándara les dais?».

Brutal: «¿Podéis fumar sin que el vecino

“fuego en la chimenea” grite?».

Fino: «Para colgar las capas y sombreros

esa percha muy útil ha de seros».

No era tan bueno como Ana interpretando. Tenía más voluntad que dotes. Pero aun así debo reconocer que tuve que reprimir las ganas de aplaudir.

—Cuenta tan sólo que tiene la nariz grande, ¿entendéis? — bromeó —. No basta decir «grises». Son grises como grises son las mañanas de invierno, no sé. Tal vez grises como el acero, como el filo cortante de una espada con gavilanes. Grises como las postales antiguas, del color exacto de una noche de tango, vestida de humo, en el bullicio sordo de un bandoneón — se hizo un silencio denso, pesado, confidencial —.

Me gustaría que viera otro poema: sugiere sólo definiciones, matices del gris. Se trata de adivinar de lo que habla — buscó un papel y me lo tendió.

En la redonda

encrucijada

seis doncellas

bailan.

Tres de carne,

tres de plata.

Los sueños de ayer las buscan,

pero las tiene abrazadas

un polifemo de oro.

»Palabras, ¿ve?, apellidos. Es de Lorca, ¿adivina de lo que habla?

—Nunca he sido muy bueno con los acertijos.

—Tres de plata, tres de carne…

Había empezado a recoger las letras en su caja. Le interrumpió el timbre de un teléfono que provenía del fondo de la tienda.

—Disculpe… —dijo alejándose hacia el lugar del que procedía el sonido —. La guitarra…

—¿Perdón?

—El acertijo. Es la guitarra — y sin cambiar de tono, como si siguiera hablando conmigo, continuó —. Dígame…

La llamada de teléfono resultaba fuera de lugar. En la tienda, en la que el tiempo parecía haberse detenido, las cosas más cotidianas, como un teléfono sonando, no dejaban de sorprender. Miré al reloj de pared, y comparé la hora con el mío. Era la una y veinte. Me pregunté si sonarían los cuartos. La verdad es que llevaba allí un buen rato, y no había oído el carillón. Tendría que haber sonado hacía un momento, pero tampoco era imposible que lo hubiera hecho y no me hubiera dado cuenta.

Me levanté, vagué distraídamente por la tienda, casi sin moverme, intentando memorizar la disposición de las estanterías, la forma en que los cuadros estaban colocados, el perfil que mostraban los montones de papeles sobre el mostrador. Me fijaba en un fragmento, formaba con él una postal antigua, de bordes aserrados y color sepia, y después cerraba los ojos. Pero era imposible. Siempre había algo que escapaba a mi mirada, que la burlaba. El hombre seguía hablando por teléfono, como un continuo de contrabajo. Observé entonces una de las carpetas que había encontrado sobre la silla, y que había dejado en el suelo. La hojeé y encontré lo siguiente: ESTA FRASE TIENE SEIS PALABRAS

ESTA OTRA NO TIENE SEIS PALABRAS

Conté las palabras por curiosidad, sabiendo de antemano que el resultado me depararía una nueva sorpresa. Efectivamente la primera frase no tenía seis palabras, como afirmaba, mientras que la segunda sí, aunque contara lo contrario. Nunca había sido consciente de los

misterios que esconden las palabras.

—Tenga cuidado con eso, son frases mentirosas…

No me di cuenta de que había colgado, y estaba, de nuevo, frente a mí. Más tarde aquella llamada se convertiría en una especie de prueba de cargo, pero en aquel momento no me pareció nervioso, ni siquiera azorado.

—Lo siento —dije, depositando la frase sobre la carpeta de donde la había sacado como si hubiera sido pillado en un renuncio —; estaba hurgando en esta carpeta…

—Oh, no me malinterprete, puede hacerlo tranquilamente. No es ése el problema.

Decía que tuviera cuidado porque las frases mentirosas son más peligrosas de lo que parecen.

—¿También las vende?

—¿Las frases?

—Sí.

—Por supuesto, y permítame…, no es que quiera disuadirle de llevarse la que había elegido, pero vea antes esta otra…

Me enseñó un cartón del tamaño de una tarjeta de visita, y de parecida consistencia.

Era de color hueso y tenía una orla dorada recuadrándolo. Estaba escrito por ambas caras. En una de ellas se leía:

LA FRASE DEL OTRO

LADO ES FALSA

Y dando la vuelta al papel estaba escrito lo siguiente:

LA FRASE DEL OTRO

LADO ES VERDADERA

—¿Entiende ahora lo que le contaba de las frases mentirosas? Piense un poco. Hay una frase que dice que la del otro lado es verdadera. Si hacemos caso descubriremos que la del otro lado afirma que la

primera es falsa. Si es falsa, la del otro lado es verdadera. Pero dice que la primera es falsa — según hablaba iba dando vueltas a la tarjeta —, con lo cual la segunda es mentira… No sé, esto es un lío. Así tendríamos que con cada vuelta que damos a la tarjeta todo cambia radicalmente de punto de vista.

¿Cuál es la verdadera en realidad, cuál es la falsa?

—No lo sé. ¿Cuál?

—Ahí está el problema. No tiene solución. Las frases mentirosas hay que manejarlas con mucho tiento. ¿Le interesan?

—No sé, tendría que pensarlo.

—Tendrá que darse prisa esta vez — dijo mirando el reloj —, lo siento pero voy a tener que cerrar. La llamada, ¿sabe? Me ha surgido algo urgente…

—Ah sí, claro…

—Cualquier otro día estaré encantado de atenderle…

Ahora sí había en su voz un cierto apremio. El hombre de ojos grises acabó de recoger las letras del mostrador, se fue hasta el fondo de la tienda y apagó las luces.

Sólo quedó el candil de luz de la calle que se filtraba a través del escaparate.

—Claro —recogí mi gabardina y el paraguas, todavía húmedo —. ¿A qué hora cierra por las noches?

—Tarde, siempre cierro demasiado tarde…

—Entonces ya me acercaré cualquiera de estas tardes…

—Está empezando a contagiarse, ja, ja.

—¿A contagiarme?

—Los juegos de palabras…

■



—No le entiendo.

—«¿Cierra tarde? Vendré cualquiera de estas tardes». No creo que le diera mucho por él pero por algo se empieza…

Salió inmediatamente detrás de mí. Mientras cerraba la puerta con un enorme candado dijo que todavía teníamos una conversación pendiente respecto al juego de tirar del hilo. Me incomodó la idea de verme obligado a compartir el paseo con él.

Temía que se pusiera a caminar a mi lado en la misma dirección y que tuviéramos que sacar algún tema de conversación ajeno a las palabras: hablar, por ejemplo, de fútbol, del tiempo, o de algún programa de televisión; lugares comunes, la tierra de nadie. Pero no, se despidió, y caminó apresuradamente calle abajo.

—Hasta otro día, y disculpe las prisas… — no había dado todavía dos pasos cuando me llamó —. Por cierto, me llamo Matías, Matías Orgaz…

—Carlos —dije yo, estrechándole la mano.

—Creo que ya iba siendo hora de que nos presentáramos.

Y se despidió, sonriente, haciendo un gesto peculiar con la mano, como si la alzara hasta el ala de un sombrero imaginario. Lloviznaba. Así que abrí el paraguas y comencé a caminar hacia casa. En un sobre pequeño, fileteado de plecas doradas, llevaba mi frase mentirosa. Subí en dirección a la plaza dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. Me negaba a que una simple frase pudiera dar tantos problemas. Pero era un enorme lío:

¿verdadera?, ¿falsa? Un lío enorme.

—¿Y en serio cerró la tienda?

—Sí, ya te lo he dicho…

—La verdad es que resulta un poco chocante, ¿no? Nadie cierra la tienda porque le llamen por teléfono, a no ser que se trate de un asunto muy grave…

—No lo sé Ana, no seas suspicaz. Dijo que le había surgido algo urgente, o algo así… — dije mientras sacudía la cuchara de madera en

el borde del bol.

El secreto reside en el aceite. Es el único misterio. También hay que picar finitos la lechuga, los berros y la escarola. Media lata de anchoas cortadas en trozos, fuet picado en tiras, y un poco de mostaza en grano. Pero el secreto es el aceite, en el que tienen que haber macerado ajos y hierbas aromáticas. Me gusta poner nombres originales a las ensaladas. Ésta, por ejemplo, recibe el nombre de «Ensalada de Ajuste fino», porque un poco más de aceite del preciso la echa a perder.

—No dejo de darle vueltas a lo del hombre de los ojos grises.

—Se llama Matías.

—Matías, como mi abuelo.

—No tenía ni idea de que tu abuelo se llamara Matías. Esto está en un minuto — me refería a la ensalada.

—Pues a mí me sigue pareciendo todo un poco raro, un tanto misterioso… Oye —

se le iluminaron los ojos —: ¿y si fuera un ladrón de palabras?

—¿Estás de broma?

Eché la cuchara de madera a la pila, con un chorro de jabón, y salí con la ensalada, mientras apagaba la luz de la cocina con el codo. Un movimiento casi reflejo, que me exigía una ligera flexión. Son divertidas estas cosas, el ballet de las cocinas: el golpe de cadera con que cerramos el frigorífico, el pie que entorna la puerta…

—Imagina que se dedicara a robar todas las palabras bonitas del mundo. Palabras especiales, de esas que te dejan un regusto en la boca cuando las dices: embrujo…

fascinación… sosiego… arrobo… — pronunciaba cada palabra con un mimo exquisito, como si comiera pasteles —. Y «retal».

—¿«Retal»?

—Bueno, a veces debe robar palabras más normales — Ana cogió un poco de ensalada con el tenedor —. Lo hace para despistar a la policía de las palabras… Está muy buena — dijo con la boca llena, y continuó hablando —. De día es un tranquilo y apacible vendedor. Pero por las

noches — cambió el tono de voz pretendiendo imprimir a lo que decía un cierto dramatismo — se viste de negro, se pone un antifaz y

entra en las casas por las ventanas para robar palabras… ¿Tú no has echado ninguna en falta?

—No. No he echado ninguna en falta.

Era un juego, por supuesto. Ana tenía una facilidad especial para inventar historias.

Sucedía con frecuencia que caminando por la calle, comprando en una tienda, haciendo cola en el cine o sentados en un bar elegía una persona que le llamaba la atención por algún detalle, y le creaba toda una trama. «Mira, ese hombre», decía, «acaba de asesinar a su jefe, y lleva la cabeza en esa bolsa, ¿ves cómo esconde las manos? Lo hace porque cree que aún tiene restos de sangre bajo las uñas y teme que le delaten». Y era inútil resistirse, continuaba con el juego (indicios, pruebas fehacientes, sospechas más que fundadas) hasta que la historia llegaba a su fin. A una resolución inesperada y brillante.

Esta vez decidí no ponérselo fácil.

—¿Y qué hace luego con ellas? — pregunté.

—¿Con las palabras? No tengo ni idea — dejó el tenedor en la mesa, y comenzó a enrollarse un mechón de pelo entre dos dedos —. A lo mejor se las vende a un excéntrico millonario que ha decidido quedarse con todas las palabras…

—¿Y para qué?

—No sé, para coleccionarlas, como trofeos… O para guardarlas en una caja, ensartadas en alfileres, como si fueran mariposas, y enseñárselas a sus amigos mientras se fuman un habano en la biblioteca. Los millonarios excéntricos es lo que tienen. Son imprevisibles.

—Reconoce que no es de tus mejores historias.

—Pues a mí tampoco me parece tan descabellada.

—¿Que no te parece tan descabellada, en serio?

—Bueno, déjame pensarlo…

Y la conversación quedó ahí. En ese «déjame pensarlo» que, en principio, no presagiaba lo que vendría después.

tres

Después de mi última visita a la tienda, anduve un par de días trasteando con las palabras. Y digo trasteando, porque fue exactamente así: nada premeditado, sino más bien casual. No una cita sino un encuentro, no una carta sino una nota, no un ramo sino una flor (noto que últimamente me pierdo en los apellidos). En concreto conseguí unos resultados bastante decepcionantes tirando de la madeja con la frase: **LA CASA ES GRANDE**

Procuré algo sencillo para comenzar, y el truco funcionó sólo relativamente. El desenlace no fue todo lo espectacular que cabría esperar, ni mucho menos, aunque tal vez se debiera a mi falta de pericia.

La obra construida para habitación o usos análogos supera en importancia, tamaño, dotes e intensidad a lo común y lo regular.

Sin embargo, sí encontré alguna palabra capicúa realmente buena: RECONOCER, SOMETEMOS, AZUZA… E incluso una frase completa después de emborronar, eso sí, casi dos folios completos por ambas caras:

ATEO POETA

Más tarde evolucionó incluso un poco más, hasta contar seis palabras. Cierto es que tuve que utilizar alguna de las palabras comodín que había comprado, pero estaba realmente orgulloso. La frase quedaba lejos, desde luego, de los seis folios de Perec, pero era, y perdón por la inmodestia, bastante ingeniosa:

YO SOY ATEO POETA YO SOY

Es entretenido jugar con las palabras. También hay quien hace catedrales con palillos, construye barcos en el interior de una botella, o fabrica decorativos cuadros con garbanzos. No sé.

Estaba hablando por teléfono. No he contado, por cierto, que doy clases de Historia en un colegio. Tengo un contrato de media jornada («media cornada», como dice un compañero): ocho horas lectivas a la semana, de segundo y tercero de ESO, más las

reuniones de departamento, claustros y exámenes… Y completo el sueldo — un tanto magro — con cuatro o cinco clases particulares con algunos chicos del barrio. Tengo puesto un anuncio en la panadería con mi número de teléfono, y estaba hablando en ese momento con una madre que quería que repasara con su hijo, un par de días a la semana, algunas materias en las que andaba un poco flojo.

Sabía, cuando sonó el timbre, que era Ana porque la estaba esperando. Así que fui a abrir la puerta mientras acordábamos los días y las horas de clase. Entró como una exhalación — tuve que hacerle una seña con la mano pidiéndole silencio — y se dirigió al sofá. Por el camino fue dejando, como Pulgarcito, un rastro de guantes, bufandas, gorros de lana, abrigos, y finalmente el bolso. Por el rabillo del ojo la vi morderse las uñas con una fruición digna de sus mejores días. No había terminado de colgar, y ya se había puesto de pie, como accionada por un resorte.

—Imagina que la tienda fuera tan sólo una tapadera — abrió desmesuradamente los ojos, y se apartó con decisión el pelo de la cara. Se la veía excitada —. ¿Recuerdas la historia del ladrón de palabras?

—Sí, claro que la recuerdo… Pero cuando uno llega a una casa saluda, dice hola, cómo te va… Esas cosas.

—No me líes —se zafó de una caricia que ni siquiera había pasado de ser un proyecto —. Tenías razón, no es creíble.

—Bien.

—Él solo no podría hacerlo. En realidad, el hombre de los ojos grises, ¿Matías dijiste que se llamaba, no?…

—Matías, sí…

—Bien, pues Matías forma parte de una conspiración encaminada a hacer desaparecer palabras, y utiliza la tienda como pantalla.

—Ana, por favor.

—Imagina que un grupo de millonarios decidieran quedarse con todas las palabras, ir retirándolas de la circulación sutilmente — hizo un aparte —; saqué la idea del cuento de los monjes: imagina metros y metros de estanterías repletas hasta arriba de palabras… ¿Cuánto hace que no oyes «ensoñación»? ¿O «embeleso»? Supón que las

hayan robado. Quien posee las palabras posee la esencia de las cosas, ¿recuerdas a Umberto Eco? Si nos quedamos sin palabras nos quedaremos sin nada.

—Interesante historia, pero no le pega.

—Y eso no es todo.

—¿Ah, no? —dije divertido.

—Le han descubierto.

Paseaba nerviosamente por el salón de casa, como un animal enjaulado. De pequeño, puede que tuviera seis o siete años, recuerdo que me llevaban a un lugar que se llamaba la Casa de Fieras. Allí había una enorme osa polar encerrada en una jaula semicircular, como un iglú. Iba a verla casi todos los fines de semana. Del techo de barrotes pendía una alcachofa que dejaba caer un chorro de agua sobre el centro de la jaula. Y la osa se movía de un lado a otro (parecía medir con sus enormes patazas el exiguo terreno que constituía su territorio) mientras el agua le chorreaba por la espalda.

Cuando llegaba al límite que le imponían los barrotes, levantaba la cabeza, un tanto maquinalmente, y resoplaba. Tenía unos colmillos enormes, anchos y romos. Supongo que sería el óxido de la ducha,

pero el caso es que tenía una mancha continua, marrón oscura, que le teñía el blanco pelaje. Comenzaba en el cuello, y seguía por la espalda hasta el rabo. Es curioso cómo los recuerdos afloran.

Ana se había parado delante de mí, en jarras, y por un momento pensé que iba a echarme de clase.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho, pero te decía que no le pega nada. Es un hombre extremadamente cordial.

—Claro, debe de llevar años representando ese papel. Pero han cometido un error, y la coartada de la tienda se ha visto comprometida. La llamada de teléfono, tú mismo dijiste que había sido extraña…

—No, lo que dije es que era extraño que sonara el teléfono en un lugar como aquél…

—Es lo mismo. Se trataba de un aviso…, y su huida apresurada, ¿te parece normal que saliera corriendo? Tu amigo Matías está metido en un buen lío.

—No es verosímil.

—¿Por qué?

Ana se cruzó de brazos y me miró desafiante. No me fijé pero habría jurado incluso que taconeaba rítmicamente con un pie.

—Porque echó folletos anunciado su tienda en los buzones, ¿recuerdas el papel?

—¿Y cómo sabes que echó folletos en todos los buzones? Se trata de un folleto hecho a mano, tal vez sólo lo echara en el tuyo — se paró en seco —. Claro… ahí está la clave.

En el papel del buzón… ¿Cómo era la palabra?

—«Murgiflar»… —utilicé un tono cansino, disuasorio, pero no funcionó.

—Exacto, una palabra que no existe, que no está en el diccionario. Un código, evidentemente.

—¿Y por qué eligió mi buzón?

—Carlos, pareces tonto, porque se confundió. Veamos — se sentó a mi lado en el sofá —: el hombre se sabe vigilado — se apartó el pelo de la cara de un manotazo — y lo único que hace es cumplir el protocolo previsto en estos casos: se pone en contacto con la organización por medio de un mensaje cifrado; el papel de color marrón con las letras recortadas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se llama dar hilo a la cometa. Soltar sedal. Un truco clásico en el que Ana tiene una facilidad innata para caer. Consiste en dejarla hablar hasta que la sorprendes en un renuncio indiscutible.

—Pero con las prisas y el nerviosismo se equivoca de buzón. Y el mensaje te llega a ti, que no tienes ni idea de lo que significa. Así que cuando tú llegaste a la tienda, y le entregaste el papel, pensó que eras su contacto.

—Está muy bien tu teoría —me preparaba para el golpe final.

—¿Ves? —sonrió celebrando su momentánea victoria —. ¿Es una buena historia o no?

—Pero no puede ser. No le he enseñado el papel.

—¿Ah, no? ¿No le has enseñado el papel?

—No, la verdad es que se me olvidó.

—¡Espera! —volvía a caminar por la habitación —. Entonces tal vez piense que acudes a la tienda para vigilarle, ¡claro! Por eso sigue manteniendo contigo la ficción de la tienda de palabras. ¡No puedes volver!

—¿No piensas darte por vencida?

—Desde luego te estarán sometiendo a vigilancia. ¿No has notado algún movimiento extraño, que alguien te seguía? — continuó hablando sin esperar mi respuesta —. No, por supuesto. Se trata de gente especializada y tú, con lo despistado que eres además, no te darías cuenta ni aunque hubieran puesto una vaca a seguirte…

Propuse una tregua. Un cese provisional de hostilidades. Pedí tiempo muerto haciendo una T con las manos, y me acerqué a la cocina a preparar un té. No veía a Ana tan entusiasmada con una historia desde hacía tiempo. Todo aquello que contaba era un disparate,

naturalmente. Pero me encantaba ver cómo hacía encajar las piezas del puzle, los detalles más nimios, a su conveniencia.

—Y hay otro asunto —continuó a mi espalda, en el salón —. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Si al echar el mensaje para su contacto se equivocó de buzón, eso quiere decir que uno de tus vecinos forma parte de la conspiración — se tapó la boca con cierto dramatismo.

—Ana, por favor —no pude contener una sonrisa —, un vecino traficante de palabras. Esta vez te estás superando.

—Puede ser cualquiera, por supuesto. Probablemente quien menos te imagines, tal vez te estés cruzando con él a diario en el ascensor sin sospechar nada…

—Ana…

—Claro que… pudo también ocurrir que se equivocara de portal; en ese caso nos será algo más complicado dar con él. No importa, ya se nos ocurrirá algo. Rápido,

¿dónde tienes el papel?

—¡Ana!



—¿Qué?

Acababa de poner agua a calentar, y llevaba en la mano dos vasos con sendas bolsitas de té. Había subido la voz, es verdad. Pero Ana, lejos de arredrarse, se mostraba retadora. Bajé de nuevo el tono intentando ser razonable.

—Por favor, déjalo ya… Es una tienda normal. El dueño es un señor normal, un viejo encantador y charlatán al que le entusiasman las palabras y hablar de ellas. No hay nada extraño.

—¡Ya está! Tengo la prueba definitiva — parecía no escucharme, o estar conectada en otra frecuencia —. El cartel de la puerta…, dijiste que le faltaba una O…

ABIERT

»Es una señal, ¿no te das cuenta? Avisa a sus compinches de que el lugar está vigilado. Vigilado por ti.

—En serio, Ana.

—No te acerques a la tienda hasta que yo te diga, ¿de acuerdo? — empezó a recoger sus cosas como si hubiera sonado una alarma de incendios —. Tengo que pensar detenidamente en todo esto. Y dame el papel.

—Espera, ¿no te tomas el té?

Le entregué el papel a regañadientes. Y tomamos el té mientras Ana hilaba datos y descubría nuevas pruebas irrefutables que yo negaba cada vez con menos insistencia, más por cansancio que por convencimiento.

Un par de días después volvía andando a casa, desde el metro.

Venía de dar clase sorteando un vientecillo revoltoso y húmedo que corría por la calle a sus anchas. Al pasar por la puerta de la tienda miré de reojo. El cartel estaba

arreglado, pero no supe si era buena o mala señal para la pintoresca teoría de los conspiradores.

ABIERTO

No me había alejado más de tres o cuatro pasos cuando a mi espalda sonó una voz:

—Oiga, oiga…

—Ah, hola…

—¿Dispone de un momento?

Era Matías. Le había prometido a Ana que no entraría en la tienda, pero de repente me pareció ridículo. Pese a eso intenté resistirme, pero sin demasiada convicción.

—Iba para casa.

—Sólo quería enseñarle unas cosas.

¡TLING!

Un minuto más tarde estaba en la tienda que, como contraste al día desapacible y a pesar de las sospechas, me pareció un lugar acogedor y en cierto modo familiar. Había una estufa eléctrica de filamento incandescente encendida en un rincón, y olía a café.

—Disculpe lo del otro día, tuvimos una despedida un tanto abrupta; ¿cómo le va?

—Bueno, voy haciendo algún progreso.

—Estupendo —dijo sin escuchar mi respuesta, algo a lo que empezaba a acostumbrarme, mientras buscaba en los cajones de la mesa —. Cuando le dejé, fui a recoger un envío y conseguí algunas curiosidades de las que no se encuentran fácilmente.

Abrió un pequeño paquete envuelto en papel cebolla, y colocó sobre la mesa, con un mimo que me pareció excesivo, dos palabras que parecían bastante antiguas.

BOROGOBIO

VÁPARAS

Comprobé si eran capicúas, aunque a simple vista no lo parecieran (en

efecto, no lo eran). Después pasé revista de memoria al resto de los trucos que me había enseñado.

No eran reflejadas. Ni traviesas. Ni aparentemente mentirosas. ¿Serían palabras en clave? La verdad es que estaba bastante confundido. Aquellas palabras, sobre la mesa, no me decían nada.

—Lo siento —dije—, no consigo encontrar nada excepcional.

—Y sin embargo lo son. Son originales.

—¿Palabras curiosas?

—No exactamente. Se trata, ya digo, de originales; palabras inventadas. Resulta difícil distinguirlas de las reales, ¿verdad?

—Sí, resultan aparentemente normales.

—Pues no las encontrará en ningún diccionario. Pertenecen a un poema de Lewis Carroll, «El Galimatazo» — y tras carraspear tres o cuatro veces, con grandes aspavientos, se puso a recitar:

Brillaba, brumeando negro, el sol;

agiliscosos giroscaban los limazones

banerrando por las váparas lejanas;

mimosos se fruncían los borogobios

mientras el momio rantas murgiflaba.

Ahí estaba: murgiflar. En aquel momento no supe si se trataba de una casualidad, o de algún mensaje oculto que Matías intentaba transmitirme. Me imaginé un segundo a Ana, en su casa, con lo que ella creía que se trataba de una clave. El viejo continuó hablando, y mis sospechas se disiparon casi de inmediato.

—¿Ha visto? —preguntó—, una creación casi perfecta. Y llena de matices y significados: los agiliscosos limazones, los fruncidos borogobios — acompañaba las palabras con gestos que pretendían dotarlas de sentido, de significado —. Los creadores de palabras juegan precisamente a eso. Se trata de falsificaciones que intentan imitar el sonido, la construcción, la esencia misma de las palabras. Vea, aquí tiene otra notable invención; ésta es de Cabrera Infante, ¿sabe quién es?

—Sí, claro. He leído un libro suyo, sobre cine.

—Pues sabrá que le encantan los juegos:

Maniluvios con ocena fosforecen en repiso.

Catacresis repentinas aderezan debeladas.

Maromillas en que aprietan el orujo y la regona,

y esquizardas de milí rebotinan el amomo.

¿No hay amugro en la cantoña para especiar el gliconio?

»A veces, ya lo comentamos el otro día, es difícil encontrar las palabras adecuadas, las justas, las precisas. E inventarlas es, por supuesto, una alternativa. Como ve, las falsificaciones llegan a ser notables. Yo mismo me precio, sin falsa modestia, de ser un buen aficionado. Mire estas palabras, son un encargo.

Me tendió un papel en el que se leía:

piedrestal. m. Cuerpo sólido, de piedra, generalmente rectangular, que sostiene una columna o estatua.

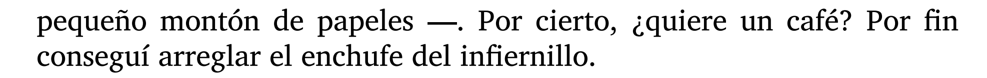
piedrescual. m. Pie o peana para estatuas de personajes públicos de rango menor.

Me pareció ocurrente, simpático. Le devolví el papel, al que se quedó mirando unos segundos.

—Inventar palabras es otra manera de pervertir el lenguaje. De crear nuevos sonidos. O de nombrar cosas, sentimientos o sensaciones indefinibles. Tengo un texto que le ayudará a entenderlo. Es de Julio Cortázar — me señaló un retrato en la pared —; aquel hombre de allí, el de la barba asilvestrada y las gafas de maestro de escuela.

Por supuesto que sabía quién era Cortázar: *Último round, La vuelta al día en ochenta mundos, Historias de Cronopios y de Famas, Queremos tanto a Glenda*… Tiene, creo que es en este último libro, un cuento de gatos: «Osiris su luz azul, Alana su rayo verde»… Pero no dije nada.

—Cortázar consigue fingir un nuevo idioma trastocando el orden natural de las palabras y expresiones — se dirigió a la mesa, al fondo de la tienda, y buscó en un



pequeño montón de papeles —. Por cierto, ¿quiere un café? Por fin conseguí arreglar el enchufe del infiernillo.

—¿Café? —miré el reloj—. Por mí no se moleste.

—No es molestia en absoluto. Está hecho, y además me servirá de excusa para tomar uno yo también. No hay muchas ocasiones para charlar tranquilamente tomando un café. La gente tiene siempre demasiada prisa.

Abandonó la búsqueda del texto y desde el fondo hizo un gesto con el que me invitaba a sentarme en la silla. A pesar de que las sospechas de Ana se habían diluido por completo, a mí también me picaba la curiosidad.

—¿Y da para vivir esto de las palabras?

—Bueno, hay temporadas mejores y temporadas peores, pero en general no me puedo quejar…

—¿Lleva mucho con el negocio?

—¿Perdón?

Tuve que elevar la voz. Estaba de espaldas, junto a la mesa, sirviendo el café de una especie de termo.

—Con la tienda, que si lleva mucho tiempo.

—Es una tradición de generaciones. Debo de llevar casi… ¿treinta años? Caramba, cómo pasa el tiempo.

Se acercó con un par de vasos de cristal en la mano, llenos de un café oscuro y humeante hasta la mitad.

—Tenga cuidado, puede estar caliente; ¿azúcar?

—Sí, por favor, una cucharada y media.

—La tienda la abrió mi abuelo. Creaba palabras — volvió a la mesa y trajo un tarro de cristal con azúcar y un par de cucharillas —. Tenía el don de encontrar palabras precisas que describían las cosas. Palabras nunca antes escuchadas, nunca antes dichas.

Palabras que sonaban con la rotundidad del trueno, o con el cálido susurro de una

caricia. Palabras que no sólo definían las cosas, sino su esencia misma: su color, el tamaño, el olor y la forma, o la intensidad de las sensaciones que producían: el amor, el desasosiego—

Durante unos segundos sus palabras sonaron acompañadas del frágil tintineo de las cucharillas en el cristal. Dio un trago a su café, y se acodó en el mostrador, sosteniendo el vaso con ambas manos, como si se las estuviera calentando.

—Mi padre me contó cómo el abuelo se sentaba delante de sus clientes, y conversaba largamente con ellos. Confesaban sus problemas, sus tribulaciones. Y él intentaba explicar lo que les ocurría, inventando para ellos la palabra apropiada. Y para la gente ser capaz de verbalizar sus emociones y angustias resultaba tranquilizador. Conocer los nombres hacía que comenzara a ser más fácil superar el miedo.

»Terminó creándose una cierta fama, y venía gente a verle no sólo del barrio sino de lugares alejados de la ciudad, e incluso de fuera. Guardo todavía un pequeño archivador suyo, como una reliquia, con los papeles de arroz que entregaba a sus clientes, en los que escribía palabras preciosas y sugestivas: VOLEÁN, LEGUARIO, COLIME, RUMA, MIQUERA, GRÁMIL…

Percibí en su voz una cierta nostalgia que quizás resultara demasiado impostada.

Blanda y ajena. Nunca nada de lo que me contó Matías dejó de estar exento de esa especie de magia subversiva. Ese estado onírico y brumoso que respiraban todas sus historias. Tal vez fuera verdad lo que contaba, o tal vez se tratara de una invención. Una ilusión, encantadora y adorable que, en cualquier caso, no me correspondía juzgar. Me gustaba, eso sí, su voz sosegada, tranquila, modulada igual que un diapasón. Nunca le oí comentar nada precipitada o atropelladamente. Era como si las palabras vinieran a su boca ya ordenadas, y se arrojaran en paracaídas como un batallón de soldados entrenados. Tomé un sorbo de café. Estaba cargado y amargo, pero no me atreví a interrumpirle.

—A la muerte de mi abuelo — siguió después de una pausa —, mi padre continuó con el negocio, pero nunca tuvo el don. Abrió, en la trastienda, un pequeño taller en el que, sobre todo, restauraba las palabras del abuelo. Todos pensaban que, por medio de su mano, de su fina y cuidada caligrafía, se transmitiría el remedio, el hechizo. Era muy bueno, un auténtico artesano. Adoraba tallar las palabras,

desbastarlas, lijarlas y darles al final una buena capa de barniz, si me permite el símil.

»Ahora el negocio ya no da para mantener el taller abierto. Hay también gente a quien le sigue gustando usar sus propias palabras, como camisas a medida con las

iniciales bordadas en el bolsillo. No poseo la percepción de mi abuelo, ni la habilidad de mi padre con las palabras, así que subsisto comerciando con ellas.

Dio otro trago largo al café, y pareció quedarse pensativo, mirando al interior del vaso. Hubo un momento de silencio un tanto embarazoso.

—Una preciosa historia.

—Bueno, quizá se la haya presentado de una manera algo romántica, pero no dista mucho de la realidad.

—Es curioso, yo vivo aquí al lado, un poco más arriba de la plaza, pero hasta el otro día no había reparado en la tienda…

—Le ocurre a mucha gente —si la conversación había tenido hasta ese momento un tono intimista, ahora se estaba desacralizando, relajando —. La verdad es que tendría que adecentar un poco el escaparate. Hacerlo más atractivo. Pero nunca encuentro tiempo. De todas maneras, no me imagino la tienda llena a rebosar. Digamos que éste es un negocio un tanto peculiar…

—¿Y qué es lo que más vende?

—Oh, cosas de todo tipo. Hay quien colecciona capicúas, o juegos… Hace años que cerré el taller de reparaciones, porque los encargos eran cada vez más escasos, pero de vez en cuando todavía viene alguien a traerme una palabra para que se la restaure.

Normalmente viejos clientes. Y hay quien viene expresamente a encargarme palabras.

Me cuentan exactamente lo que sienten, lo que les ocurre, lo que les preocupa, y yo les fabrico una palabra a medida. No están a la altura de las del abuelo, pero son palabras que se confundirían perfectamente con palabras reales. ¿Acepta un juego?

—Por qué no.

—Bien. Mire aquella lista — me señaló un cuadro en la pared, a pocos metros de donde nos encontrábamos —. Es un viejo muestrario. Cuatro de las palabras son verdaderas, y otras dos intrusas, inventadas. ¿Adivinaría cuáles son las impostoras?

Me acerqué hasta la pared con el café en la mano. Y leí las palabras atentamente.

Todas eran extrañas. Tan extrañas que perfectamente podrían ser reales.

Cacaraña. Cada uno de los hoyos o señales que hay en el rostro de una persona.

Onomancia. Arte que pretende adivinar por el nombre de una persona la dicha o desgracia que le ha de suceder.

Jaguarzo. Arbusto de la familia de la cistáceas, de unos dos metros de altura.

Zamoña. Saya interior de la vestimenta femenina canaria.

Rumiajo. Corazón de las peras o manzanas que queda después de haberlas comido.

Cábana. Artesa de madera o piedra donde antiguamente se amasaba el pan.

—No es fácil… Lo cierto es que no me suena ninguna…

—Arriésguese.

—Yo apostaría a que son falsas, déjeme ver, la primera… tal vez la segunda, y la cuarta.

—Bueno, eso son tres palabras. Juega con un poco más de ventaja. Aun así sólo ha acertado una, la cuarta: zamoña.

—Me parecía muy rebuscado lo de la vestimenta canaria…

—Pues es una definición infalible, casi siempre consigo colarla. La otra es «cábana».

No existe. El resto son palabras auténticas.

No ocultó una sonrisa de orgullo profesional. Era el artesano exponiendo su obra en el salón del ayuntamiento, el monedero falso

cuyos billetes pasan perfectamente por buenos. Continuó:

—Le hablaba hace un rato de Cortázar. Él va un poco más lejos e inventa un lenguaje nuevo. Una forma de hablar. Es un artificio que consiste en alterar el orden natural de las palabras. Crear un auténtico desbarajuste. ¿Dónde lo puse? — volvió al montón de papeles de la mesa —. Aquí está, se titula «Por escrito gallina una», ¿ve? Ya en el título se sugiere el resto del texto. Tenga, léalo con atención.

POR ESCRITO GALLINA UNA

Con lo que pasa es nosotras exultantes. Rápidamente del posesionadas mundo estamos burra. Era un inofensivo aparentemente cohete lanzado Cañaveral americano Cabo por los desde. Razones se desconocidas por órbita de la desvió, y probablemente algo al rozar invisible la tierra devolvió a. Cresta nos cayó en la paf, y mutación golpe entramos de. Rápidamente la multiplicar aprendiendo de tabla estamos,

dotadas muy literatura para la somos de historia, química menos un poco, desastre ahora hasta deportes, no importa pero: de será gallinas cosmos el, carajo qué.

—Es un disparate…

—En efecto. Consigue convertir un texto normal en un disparate sólo alterando el orden natural de las palabras. Pero lo más curioso es que sigue conservando su significado… Entendemos que ha habido un accidente con un cohete, y que las gallinas han sufrido una mutación; estudian, hablan, escriben…

—Muy ingenioso.

—Lo es, sin duda. Mire, aquí tiene otro ejemplo:

Ahora que los ladros perran,

ahora que los cantos gallan,

ahora que, albando la toca,

las altas suenas campanan,

y que los rebuznos burran,

y que los gorjeos pájaran,

y que los silbos serenan,

y que los gruños marranan,

y que la aurorada rosa,

los extensos doros campa…

—De todos modos sigo sin entenderlo.

—Ah, amigo. Es usted un racionalista, ja, ja. No hay motivo ninguno, sólo ganas de jugar, de hacer experimentos, ¿nunca tuvo un juego de química?

—Sí, por supuesto, el juego de química.

—Pues jugar con las palabras es igualmente apasionante, y no hay peligro además de dejar manchada la mesa con permanganato potásico. ¿Recuerda que hablamos de Perec cuando nos referimos a las frases capicúa?

—¿Quién podría olvidar sus seis folios?

—Le dije que volvería a aparecer en nuestra conversación. Es un tahúr de las palabras, uno de los mejores. Escribió un libro que se titula *El secuestro*. Tenga, ábralo por donde le apetezca y lea un párrafo cualquiera.

Puso sobre el mostrador un libro bastante usado que abrí por una página al azar, como me había indicado. Comencé a leer desde la mitad, aproximadamente.

—Me temo que mi contribución no resulte menos inútil que lo que hemos oído — intervino Odile después de un buen momentó en el que un incómodo nerviosismo no permitió que ni dios emitiese ni un solo sonido —.

Todo es sospechoso puesto que por lo menos en vuestros dossiers leímos recortes de periódico o versos con menciones de un punto conocido, de un punto común: el negro…

Me encogí de hombros.

—Y bien, ¿qué le parece? —preguntó Matías.

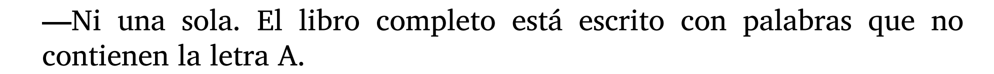
—Un texto normal, sacado al azar de un libro.

—¿No nota nada extraño?

—No.

—No hay aes.

—¿Cómo que no hay aes?



—Ni una sola. El libro completo está escrito con palabras que no contienen la letra A.

—¿En serio?

Hojeé el libro, leyendo algunos cortos pasajes. Definitivamente, no había una sola A en todo el texto.

—El libro cuenta precisamente cómo la letra A ha sido secuestrada, de ahí el título.

—Es increíble.

—Lo es. Se llama literatura incómoda, aunque también podría llamarse literatura puñetera. No se trata sólo de escribir una historia, sino de hacerlo observando ciertas reglas; por ejemplo, no utilizar la A, o la E, o la I…

El tono de su voz había cambiado de pronto. Se había convertido en rutinario, pero no sonaba en absoluto cansino. Era ahora el profesor de Filosofía que se ve obligado a repetir, año tras año, el primer día de curso, las grandes verdades. Las obviedades indiscutidas que, pese a todo, es preciso establecer.

—Pero no crea que es una idea original. En el siglo XVII, dispénseme la pedantería, un ilustre escritor, Alonso de Alcalá, publicó cinco novelas ejemplares sin utilizar, en

cada una de ellas, una de las cinco vocales. *Los dos soles de Toledo*, sin la A; *La carroza sin las damas*, sin la E; *La perla de Portugal*, sin la I; *La peregrina ermitaña*, sin la O; y *La serrana de Sintra*, sin la U.

—Debe de ser muy complicado.

—Por supuesto, ¿quiere intentarlo? Probemos con una frase sencilla, por ejemplo: **ME ACERQUÉ A LA TIENDA,**

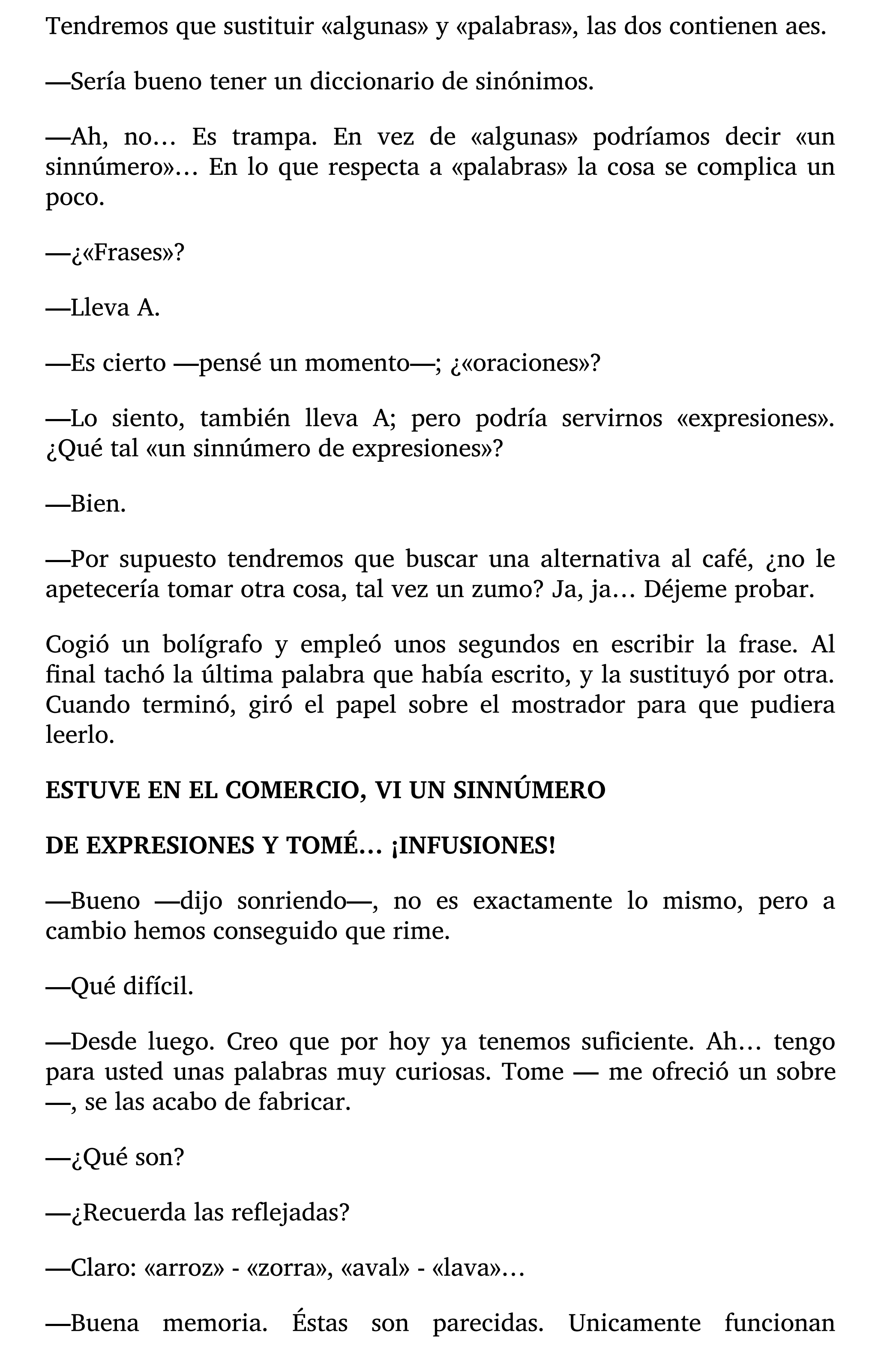
VI ALGUNAS PALABRAS, Y TOMÉ CAFÉ

»Probemos sin la A: no vale “tienda”, y tampoco “establecimiento”, por ejemplo, o

“bazar”.

—Se me ocurre «negocio»…

—O «comercio», tal vez… Y ahora continúan los problemas.



Tendremos que sustituir «algunas» y «palabras», las dos contienen aes.

—Sería bueno tener un diccionario de sinónimos.

—Ah, no… Es trampa. En vez de «algunas» podríamos decir «un sinnúmero»… En lo que respecta a «palabras» la cosa se complica un poco.

—¿«Frases»?

—Lleva A.

—Es cierto —pensé un momento—; ¿«oraciones»?

—Lo siento, también lleva A; pero podría servirnos «expresiones». ¿Qué tal «un sinnúmero de expresiones»?

—Bien.

—Por supuesto tendremos que buscar una alternativa al café, ¿no le apetecería tomar otra cosa, tal vez un zumo? Ja, ja… Déjeme probar.

Cogió un bolígrafo y empleó unos segundos en escribir la frase. Al final tachó la última palabra que había escrito, y la sustituyó por otra. Cuando terminó, giró el papel sobre el mostrador para que pudiera leerlo.

ESTUVE EN EL COMERCIO, VI UN SINNÚMERO

DE EXPRESIONES Y TOMÉ… ¡INFUSIONES!

—Bueno —dijo sonriendo—, no es exactamente lo mismo, pero a cambio hemos conseguido que rime.

—Qué difícil.

—Desde luego. Creo que por hoy ya tenemos suficiente. Ah… tengo para usted unas palabras muy curiosas. Tome — me ofreció un sobre —, se las acabo de fabricar.

—¿Qué son?

—¿Recuerda las reflejadas?

—Claro: «arroz» - «zorra», «aval» - «lava»…

—Buena memoria. Éstas son parecidas. Unicamente funcionan

acercándolas a un espejo.

Abrí el sobre y me encontré con una serie de flamantes palabras, recién construidas que, en principio, no conseguí entender:

DIÓXIDO CODO BEODO

DEDO IDO DICE

—¿Dónde está el truco esta vez?

—Cuando llegue a casa colóquese delante de un espejo, y observe el resultado.

Tendrá un reflejo de usted mismo pero invertido. Al levantar su mano derecha, verá cómo su imagen levanta la misma mano que, en el reflejo, será la mano izquierda. Con las palabras ocurre lo mismo, se invierten. Pero éstas le sorprenderán.

■

Llegué a casa, y lo primero que hice fue ordenar las palabras, como me había indicado Matías, y las coloqué delante de un espejo.

DIÓXIDO CODO BEODO

DEDO IDO DICE

Para mi sorpresa, las palabras se leían igual. Eran reversibles, supongo. O por el estilo.

Pasé el resto del día encerrado en casa. Me habían llamado diciendo que a lo largo de la tarde intentarían venir a arreglar la gotera. Es desesperante esa especie de encierro forzado, según las horas pasan y no pasa nada. Comí, vi el telediario, preparé mis clases del día siguiente, y me quedé dormido encima del sofá.

Cuando sonó el teléfono me desperté sobresaltado. Estaba arrebujado entre papeles, muerto de frío, y me costó volver a la realidad. Era Ana.

—¿De verdad has estado en la tienda? Te dije que no lo hicieras.

—Ya te he dicho que fue él quien me llamó.

—Podrías haberle dicho que tenías prisa.

—Es un hombre inofensivo… Me invitó a tomar café y estuvimos charlando un rato.

Fue su abuelo quien abrió la tienda, después su padre, y ahora él. Una especie de tradición familiar de vendedores de palabras.

—Claro, les inventan un pasado completo, ¿no lo has visto en las películas? Les inventan datos de sus supuestos padres, fotos falsas de cumpleaños, documentos, carnés.

—Creo que te estás pasando, en serio.

—He buscado en la guía de teléfonos.

Ana se quedó callada. Al otro lado de la línea la escuchaba respirar.

—¿Y? —pregunté.

—¿Recuerdas la llamada a la tienda? Se me ocurrió que si Matías tenía teléfono figuraría en la guía, así que busqué la dirección de la tienda y encontré un nombre que me llamó la atención: Orgaz, ¿no te dice nada?

—Sí, es el nombre del viejo, me dijo que se apellidaba Orgaz, como el cuadro de El Greco.

—No me lo habías contado.

—Tampoco pensé que fuera importante.

Tengo un teléfono de esos inalámbricos que me permite pasear por toda la casa mientras hablo. Es una manía, pero me enfrento a la inmovilidad como un rebelde a las huestes del cacique. A Ana le enferman estas conversaciones peripatéticas. El baile de San Vito, lo llama. Ahora estoy parado frente a la estantería: libros, bolígrafos, carpetas, lápices, tres o cuatro soldaditos de plomo, un violín descordado, un viejo reloj despertador, cajas antiguas de hojalata, un pequeño velero… Y discos. Centenares de discos. Tenía puesto

Madredeus en el equipo. Sonaba lo suficientemente lánguido como para hacer juego con la tarde: gris y lluviosa.

—¿Recuerdas el nombre del abad del cuento de los monjes?

—¿El nombre del abad? —debo reconocer que me sorprendió la pregunta.

—Se llamaba Zagro, Marcello Zagro. Y el viejo de la tienda se apellida Orgaz, el mismo nombre pero al revés. Reconocerás que tiene un cierto simbolismo, ¿no?

Palabras espejadas: una palabra y exactamente su contraria. El abad guardaba las palabras, y Matías las hurta.

—¿Y no podría tratarse de una casualidad?

—¿Una casualidad?, ¿en serio te parece que puede ser una casualidad?

Comenzaba a sentir una especie de desazón un tanto injustificada. Me senté en el sofá, y cogí un papel de la mesa. De forma maquinal, escribí el nombre del abad y, al lado, el apellido del viejo. Y me quedé un segundo comprobando el resultado.

ZAGRO ORGAZ

Dudé si contarle a Ana lo de «murgiflar»; el poema de Lewis Carroll, pero pensé que no serviría más que para dar pie a nuevas pistas, pruebas y sospechas que comenzaban a ser un tanto perturbadoras. En el papel, debajo de los nombres, escribí casi al dictado lo que Ana acababa de decirme:

GUARDIÁN DE PALABRAS LADRÓN DE PALABRAS

—Ha arreglado el cartel —dije.

—¿Qué cartel?

—El cartel de ABIERTO. ¿Recuerdas que dijiste que era una especie de señal para alejar a sus compinches? Bueno, pues está arreglado… Le ha puesto una O nueva.

—No sé. Pensaré en lo que me cuentas… De todas formas, ¿cuántos vecinos sois en tu casa?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Está bien. Lleguemos a un acuerdo. Déjame que intente una cosa más, y si no funciona lo dejamos, ¿vale? — me quedé un segundo callado —. Por favor — dijo Ana, con el mismo tono que un niño que quiere un pastel.

—¿Qué tipo de cosa?

—No te lo puedo explicar ahora por teléfono; confía en mí.

—¿No me meterás en ningún lío, no?

—Seguro.

—Está bien, pero el acuerdo es que si no funciona lo que se te haya ocurrido, dejamos este asunto.

—¿Cuántos vecinos sois?

—No lo sé…, como veintitantos, o así.

—A ver —dijo Ana—, tampoco puede ser tan complicado… ¿Cuántas puertas hay por piso?

—Cuatro.

—Cuatro puertas, por seis pisos — calculaba mentalmente —, veinticuatro… Más las tiendas, digamos que con treinta valdrá.

—¿Qué es lo que quieres hacer? — comenzaba a inquietarme tanto misterio.

—Mañana te lo cuento. Y, por favor, no vuelvas a la tienda hasta que hablemos, ¿me lo prometes?

—Vale.

—Bueno, hasta mañana… Oye, ¿han ido por fin los de la gotera?

—No, todavía no…

—No desesperes.

—Tampoco creo que sirviera para mucho.

—Bueno, te dejo que tengo cosas que hacer.

—Hasta mañana.

Colgué y me detuve un momento mirando el papel en el que acababa de escribir. Lo cierto es que parecía difícil que todo fuera una casualidad. En ese momento sonó el portero automático. Eran los de la gotera. Me hizo gracia porque el hombre que subió a casa: treinta y pocos años, un poco más bajo que yo, vestido con un mono blanco y visera, hablaba igual que el protagonista de una serie de televisión. El mismo deje, la misma manera de arrancar las eses a cuajo, el lápiz en la oreja, el palillo en la comisura de los labios… Nunca se sabe si es la ficción la que copia a la realidad, o al contrario. Me dijo que no se podían mover las tejas hasta que dejara de llover. Exactamente lo mismo que el año anterior.

Esa noche, solo en casa, decidí evadirme jugando un rato con las palabras. Me llevó casi una hora terminar un texto completo sin la letra E. Pero al final acabé tremendamente orgulloso de mi hazaña. O proeza; ¿es lo mismo?

Ocurría cada día, a la misma hora. La niña dormía y, al rato, la llamaba llorando. Contaba, llorosa, cómo había notado la cama mojada, y con pulpos. ¡Con pulpos, contaba!

La acunaba con tranquilidad, y dormía a su lado sólo un minuto. Cuando abandonaba la habitación suspiraba hondo, un poco angustiada.

Tampoco podía soportar las camas con pulpos.

cuatro

¡Una tregua en mitad de la batalla! Después de dos semanas de lluvias y vientos polares, cortantes como cuchillos afilados, una tregua: el sol, tímido y convaleciente como una bandera hecha jirones en lo alto de un castillo. Pero sol al fin y al cabo.

Escribir es divertido. Releo en voz alta lo que acabo de poner, y sonrío con cierta complacencia. Escribir permite seleccionar palabras distintas y cambiar el significado mismo de los hechos, de la realidad. Se dice que *jarrea* cuando llueve mucho; *llovizna* cuando la lluvia no es muy fuerte pero sí constante; *chispea* la que apenas moja. Es fascinante la precisión de estas cosas. En el norte se dice *orbayo* o *sirimiri*. Es una lluvia con nombre propio, escasa y transparente, intangible casi. En casa siempre la llamamos *calabobos*, y recuerdo que me hacía mucha gracia

«Hazaña» y «proeza», me preguntaba, ¿son lo mismo? «Hazaña» plantea, creo yo, un cierto componente heroico: el capitán tomando al asalto la casamata; timbales y tambores. «Proeza» es más doméstico, más personal. Suena a coronación del Everest, o a récord de navegante solitario. No sé.

Llevaba un par de días sin ver a Ana. A veces, las más sin proponérnoslo, nos sometemos a una cura de desintoxicación, de ausencia; *me gusta cuando callas, porque estás como ausente*… El jueves Ana había ido a francés, mientras yo daba mi primera clase particular al nuevo alumno, José Luis de Lucas, sobre el que mantendré un discreto secreto profesional. El viernes tuve una reunión de luto riguroso en el colegio.

Un fiasco que bajo el pomposo nombre de «reunión de coordinación académica» nos mantuvo casi tres horas aparentemente ocupados dando vueltas a los mismos temas de siempre, como los apaches alrededor de las caravanas.

Decía que era sábado, y hacía sol. Había bajado a la calle a hacer la compra: un solomillo de cerdo para asar con naranja y vino blanco.

Después estuve un rato sentado en un banco de la plaza, abrigado pero feliz. Me había llevado la radio de cascos, y estuve escuchando música, inerte como un parásito. Alguna vez me ha tentado la idea de escribir un diario, pero siempre me disuade la fatal contingencia de lo cotidiano: el pan, las clases, la compra, la comida. Días y días semejantes, clonados en su esencia misma. En sus cuarenta y seis cromosomas diurnos y nocturnos. Uno tras otro idénticos, hasta que resulta difícil diferenciarlos. Nos quedamos, sí, con pequeños detalles distintivos — boyas en la bahía —, determinantes como la descripción de un

asesino: fue el martes porque llovió, fue el día que comimos lentejas, o aquel que llamaron para lo de la gotera… No tiene mucho que ver con lo que cuento, pero me estoy acordando de la canción de las ovejas clónicas:

Tengo, tengo, tengo.

Tú no tienes nada.

Tengo tres ovejas

en una majada…

Una me da leche,

otra me da leche,

y otra me da leche.

Subí a casa, encendí el horno y esperé, leyendo el periódico, a que Ana llegara.

—Toma, tu mensaje en clave y… ¡Tachán!, otros treinta más…

Arrojó sobre la mesa un montón de papeles marrones, un poco bastos, doblados en dos. Me costaba dar crédito a lo que estaba viendo: en todos ellos estaba escrita la palabra MURGIFLAR formada por letras recortadas de periódicos y revistas.

—Estoy agotada… —se dejó caer en el sofá un tanto desmadejada.

—¿De dónde los has sacado?

—Los estuve terminando anoche. Me he acostado a las tres y cuarto…

—

bostezó —, a las tres y cuarto de la mañana.

Cogí cuatro o cinco de aquellos papeles. Debía de haberle llevado tiempo: recortar el papel, las letras, pegarlas… Todos eran distintos, mostraban esa encantadora distinción de lo artesanal.

—¿Que los has hecho tú?, y ¿para qué?

—Tengo un plan —se incorporó mientras se recogía el pelo tras la cabeza, en una especie de moño endeble que sujetó con una horquilla —. Quedamos, ¿recuerdas?, en que tal vez hubieras recibido el mensaje por error, que en realidad no fueras tú el destinatario, ¿no?

—Bueno, tanto como decir que quedamos en eso…

—Verás —continuó—, echaremos en los buzones de tu casa estas treinta octavillas.

Será la única manera de asegurarnos de que el contacto reciba su mensaje. Una idea brillante, ¿eh?

—No puedes estar hablando en serio.

Había entrado en un extraño estado de alucinación. Todo aquello me parecía un despropósito, una idea absurda y descabellada. Pese a todo mostraba una sorprendente docilidad, parecía enfrentado a lo inevitable con la resignación de un creyente. Ponía objeciones, es cierto, pero sonaban a excusas infantiles, faltas de fuerza y convicción.

—Y luego sólo tendremos que esperar.

—¿Esperar a qué?

—A ver qué pasa… No he conseguido que fueran idénticos al original porque ha sido imposible encontrar letras iguales. Espero que nuestro hombre, o nuestra mujer, no repare en ese pequeño detalle.

—Ana, con tus historias vas a acabar metiéndome en un lío.

—No se darán cuenta. Para tus vecinos será un folleto publicitario más. Un tanto extraño, pero al fin y al cabo un folleto publicitario. Pero para el contacto, si es que existe, será un mensaje en clave que le pondrá sobre aviso.

—No funcionará.

—¿Por qué?

—Porque cualquier vecino podría sentir curiosidad, como me pasó a mí, y acudir a la tienda. Lo tomaríamos por el contacto y en realidad no lo sería. Supón que toda la casa, en bloque, decide pasar por la tienda de palabras. Podría ocurrir.

—He previsto ese detalle.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Se puso en pie, y comenzó a pasear por el salón. Más tarde me di cuenta de que todo el tiempo había estado especialmente conciliadora. Pensé, ingenuamente, que era para convencerme de la necesidad de echar las octavillas en los buzones. Pero no. Todavía no había acabado de extenderse en la precisa magnitud de aquel embrollo.

—Efectivamente, tienes razón. Sería imposible seguir a todos los vecinos y, por supuesto, no podemos vigilar la tienda todo el día. He tenido que darle muchas vueltas al asunto, no te creas, pero he dado con la solución: cambiar el lugar de contacto.

—Me estás dejando realmente impresionado — intenté que sonara vagamente irónico —, ya veo que has pensado en todo.

—Mira con atención las octavillas.

Cogí uno de los papeles y lo observé cuidadosamente. Todo parecía igual al original: la palabra, la definición, la promesa del obsequio. Todo salvo que, en lugar de la dirección de la tienda, lo que figuraba era…

—¡Mi número de teléfono! ¡Has puesto mi número de teléfono!

—Exacto…

—Pero estás loca…

—De esa manera no tendremos que seguir al contacto, será él quien nos llame a nosotros.

—Perdona, bonita —había en mi voz una sincera irritación —. El contacto, o quien sea, me llamará a mí, a mi teléfono, a mi casa… ¿Por qué no has puesto el tuyo?

—Porque no tengo contestador. Carlos, no tendrás que hacer nada. Sólo escuchar la cinta, y esperar algún mensaje sospechoso.

—Ana, de verdad me niego a que me metas en este lío.

—Es una trampa perfecta, reconócelo.

—¿Y si alguno de los vecinos se da cuenta de que es mi teléfono?

—Lo pensé. Pero ¿a cuántos de tus vecinos les has dado tu número?

—¿Y si lo buscan en la guía?

—Reconoce que es bastante improbable. En cualquier caso, ¿qué mirarían?, ¿toda la ciudad?, ¿todo el barrio?, ¿toda la calle?, ¿por qué iban a buscar precisamente en esta casa?

Estaba al borde mismo de la rendición incondicional. Me había quedado sin argumentos y me enfrentaba al problema desde una actitud resignada e irremediable.

Hice, no obstante, un último intento.

—Ana, me da igual, no vas a echar esas octavillas en los buzones.

—Por favor… —hizo un mohín irresistible.

—Estoy hablando en serio. Todo esto está yendo demasiado lejos. Una cosa es que te inventes una historia de ladrones de palabras. Y otra es que eches unos papeles con mi número de teléfono en los buzones de mis vecinos.

—He trabajado mucho y ahora no pienso echarlo todo por la borda porque te dé una perreta. Dijiste que me ayudarías, y que si no funcionaba lo dejaríamos.

—Tú también dijiste que no me meterías en ningún lío. ¿Y si nos pillan?

Era verdad que ningún vecino tenía mi teléfono. Y seguía pensando que la historia de los ladrones de palabras no existía más que en la imaginación de Ana. Pensaba que lo de Orgaz era una mera coincidencia y que lo del cuento de los monjes era exactamente eso, un cuento. Pasaría que los vecinos recogerían el papel, y probablemente lo tirarían sin mirarlo a la basura. Y, en el fondo, muy en el fondo, debo reconocer que también me sentía intrigado.

Aprovechamos un momento tranquilo, la hora de comer, para tender la trampa (empezaba a contagiarme). Fue ella quien se encargó de echar las octavillas en los buzones, mientras yo vigilaba el portal. No debimos emplear más de uno o dos minutos, que se me hicieron interminables, pero no pasó nada. Ningún sobresalto.

Ningún vecino. Nada. Luego, en casa, me enfrenté al asunto con una especie de apagada resignación. Al fin y al cabo estaba hecho y no tenía remedio. Era como cuando echamos al correo una carta de amor el mismo día en que nos enteramos de que la chica está comprometida con un jugador de críquet. ¿Qué se le va a hacer?

—Ahora sólo hay que esperar. Y deberías volver a la tienda.



—Aclárate; dijiste que no fuera.

—Y ya ves el caso que me hiciste.

El asado había quedado perfecto. Tierno, jugoso (pelín sabroso, tal vez) y apetecible.

Ana dio un bocado de pitiminí. Masticó un par de veces, y continuó hablando mientras cortaba con la mano, directamente de la barra, un pedazo de pan.

—Conviene mantener la ficción de que no sospechamos nada. Si el viejo de la tienda intuye que pasa algo extraño contigo, probablemente huirá. Y entonces no nos enteraremos de lo que está pasando.

—En serio, Ana, ¿sigues pensando que hay una conspiración para robar palabras?

—Pronto lo sabremos. Después sólo nos queda por descubrir cómo las están robando, y dónde las guardan.

La interrumpió el timbre del teléfono. Los dos nos quedamos petrificados: el contacto… Dejamos que siguiera sonando, en silencio, hasta que finalmente tras la cuarta llamada saltó el contestador. Viviría esa misma desazón los días siguientes, cada vez que llegaba a casa y veía que tenía mensajes grabados. Esta vez, sin embargo, se trataba de una falsa alarma. Era mi madre, tan inofensiva como siempre, que se interesaba por mi vida.

La siguiente visita a la tienda, el lunes, me deparó una nueva sorpresa: el escaparate estaba ordenado y la luna limpia. Era como si alguien hubiera retirado un velo, una de esas redes de camuflaje que aparecen en las películas de japoneses. Ahora se veían algunos libros antiguos, palabras recortadas, y un par de cuadros y fotos enmarcadas (entre ellas la de Cortázar), que daban a la tienda un aspecto ordenado y limpio. Pero era un espejismo. Un escenario de ficción tras el que se escondía la utilería habitual. El interior seguía conservando ese aire de desván abandonado. Olor a café. Y un color ocre y manso.

¡TLING!

—Hola, ¿cómo está? —Matías levantó los ojos por encima de sus gafas de concha y me recibió, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo, con una amplia sonrisa —. Me pilla dando los últimos retoques a una nueva palabra.

Sobre el mostrador, en una isla en medio de las habituales montañas de carpetas, había una barra de pegamento, unas tijeras, revistas atrasadas, y una cartulina en la que estaba pegando las últimas letras. Aquello de los papeles recortados empezaba a convertirse en una constante en mi vida. Cuando terminó, se limpió las manos con un trapo, echó un vistazo complacido al resultado, y me lo enseñó.

CRÍSTILO

—«Crístilo» —leí—; ¿qué significa?

—Significa día soleado, con frío. Cuando no hay colegio o, mejor, cuando hemos hecho novillos. Y nos sentamos un rato en un banco, sabiendo que el resto del mundo está trabajando. Y cerramos los ojos, y respiramos hondo un aire tibio y oloroso… ¿Le gusta?

Acababa de definir con precisión mi sensación del sábado, en la plaza. ¿Era posible que de verdad me estuvieran siguiendo? Las sospechas de Ana y las excentricidades de Matías estaban colocándome al borde mismo de la paranoia.

—Es bonita.

—Un momento de inspiración. También es importante para los fabricantes de palabras. Hay veces que estás dándole vueltas a algo durante semanas sin conseguir ningún resultado, y otras que la palabra se te viene encima sin pensar, inconscientemente.

—Debe de ser divertido, supongo, inventar palabras.

—Sí, la verdad es que sí. Hay tantas cosas, tantas sensaciones indefinibles que inventar palabras tiene, a veces, la intensidad de los grandes descubrimientos: el Polo, la selva virgen, las ruinas mayas… Exagero, naturalmente, pero si no hubiera surgido CRÍSTILO el de hoy sería simplemente un día soleado, o agradable, o fresquito… Ahora tiene su nombre propio. Por cierto, ¿ha visto el escaparate?

—Naturalmente, ¿cómo podría no haberme fijado?

—El viernes llegó un hombre con una escalera, y me hizo una oferta que no pude rechazar… Ja, ja… Dejó la luna limpia como una patena, y decidí que era hora de ordenar todo un poco. Y, ¿sabe?, encontré cosas que no recordaba ni que existían…

Algunas interesantes, no se crea, que he decidido saldar… una especie de rebajas por fin de temporada. Hay que estar con los tiempos. Mire en aquellas cajas por si encuentra algo que le interese.

Al lado del mostrador había dos grandes cajas de cartón, rescatadas casi con seguridad de la cercana tienda de frutos secos, llenas hasta arriba de palabras y trucos.

—Dedique el tiempo que necesite. Mientras, voy a preparar café, ¿le apetece?

—¿Lo tiene hecho?

—Lo preparo en un momento, ya sabe que es mi coartada, podríamos decir.

Matías se dirigió hacia el fondo de la tienda, y trajinó con una de esas cafeteras de aluminio grises y sólidas como las planchas de blindaje del acorazado Potemkin.

—¿Qué le parecieron las palabras que se llevó el otro día?

—¿Las reversibles?

—Sí, imagino que podrían llamarse así.

—Muy divertidas.

—Me alegro de que le gustaran.

Había comenzado a mirar, un tanto distraídamente, el contenido de

las cajas: letras, pruebas caligráficas, palabras y frases curiosas de todo tipo. Algunos de los juegos resultaban un tanto pueriles, inocentes:

ATRACA EL BANCO

EL BARCO ATRACA

Mientras que otros planteaban curiosidades más sutiles:

CIMA

ENCIMA

Encontré también lo que parecía la página de un viejo libro. No estaba arrancada, en realidad era más bien como si se hubiera caído — el otoño de la literatura, la alopecia bibliográfica —. Era lo que parecía un monólogo en el que un personaje decía lo siguiente:

¿Me quieren decir por qué

en tamaño y en esencia

hay esa gran diferencia

entre un buque y un buqué?

¿Por el acento? Pues yo,

por esa insignificancia,

no concibo la distancia

de presidio a presidió,

ni de tomas a Tomás,

ni del topo al que topó,

de un paleto a un paletó,

ni de colas a Colás.

—Bueno —dijo Matías acercándose —, el café estará enseguida. Es interesante eso que ha encontrado — señaló el papel que tenía en las manos —. Se trata, como ve, de una protesta en toda regla. Hay muchas más palabras a las que el acento cambia el significado: PERDIDA y PÉRDIDA; REVOLVER y REVÓLVER, LIBRO y LIBRÓ… Y

otra que a mí me encanta: LASTIMA y LÁSTIMA. Ocurre lo mismo que vimos con las letras. Como ve, un simple acento — esa insignificancia — puede cambiar por completo el sentido de una palabra, de una frase. A veces es una coma, un punto. Por eso es importante que existan normas. Podríamos decir que la ortografía es el código civil de las palabras: las tablas de la ley — lo dijo exagerando el tono con las manos —.

Se cuenta que cuando Eva Perón visitó España, a finales de los años cuarenta, recibió el siguiente telegrama:

EVITA BESOS Y ABRAZOS

»¿Qué significaba en realidad? ¿Era un simple y cariñoso saludo? ¿O quería advertirle del contagio de la gripe? Nunca lo sabremos. Cuando se violan las normas, el resultado es imprevisible.

Se quedó un momento pensativo, valorando tal vez lo que acababa de decir. Cambió de tema inmediatamente. Solía ocurrir que saltaba de una cuestión a otra sin transición, sin preámbulos ni avisos previos. Había que seguirle de cerca, como un detective privado pegado a la sombra del supuesto marido infiel.

—Por cierto, ¿recuerda el libro de Perec al que le habían desaparecido todas las aes?

—Sí, claro.

—Pues he encontrado algunas de ellas…, creo que lo coloqué en la otra caja…

Se puso en cuclillas, y comenzó a revolver en la caja de cartón hasta que dio con un papel de buena calidad, rugoso al tacto y bastante duro, que aun así había pegado en una cartulina para darle mayor consistencia. Me lo enseñó tras limpiarlo un poco de polvo con la palma de la mano.

NADA HARÁ

LA GRAN DAMA

ALLÁ TRAS

LA CASA CLARA

N *A* D *A* HARÁ

A LA LARGA

PARA ALZAR

LA PALABRA

—Literatura puñetera.

—Exacto. Una buena colección de aes, ¿verdad? Unos las evitan y otros se fuerzan a utilizarlas. ¿Le interesa?

—Lo pensaré.

—Hablando de aes, no sé si conoce la historia de Heinrich Wolf, un soldado alemán que aprendió castellano con un diccionario…

—No…

—Ocurrió durante la guerra. Un día, según cuenta él mismo, su destacamento llegó a una vieja casona abandonada que estaba en lo alto de una colina. Sólo se conservaban en pie unos pocos muros de piedra, y algunas vigas renegridas en lo que había sido el techo. El resto había quedado reducido a cenizas y escombros. De entre los cascotes, el soldado extrajo algunos objetos sin valor (resultaba evidente que otros habían llegado antes que él): una cuchara, una taza de loza desportillada, y el diccionario.

—¿Y consiguió aprender castellano sólo leyendo palabras en un diccionario?

—Sí; por las noches, sentado al lado de una pequeña fogata, leía diez o doce palabras en alemán y memorizaba su equivalente en castellano. Leía Behaupten, afirmar; leía Beneiden, envidiar; leía Berg, monte… Empleó el resto de la guerra en memorizarlas todas. Bueno, en realidad todas no (aquí es donde aparecen las aes que me lo han recordado), porque al diccionario le faltaba una de las tapas, y casi toda la letra A se había consumido en el incendio, ya sabe lo caprichoso que puede ser el fuego.

Y así nunca supo cómo se decía cena, Abendessen; ni desempolvar, Abstauben; ni restar, Abziehen, o cómo se decía dieciocho, Achtzehn. Le faltaban todas las palabras que, en alemán, empiezan por A.

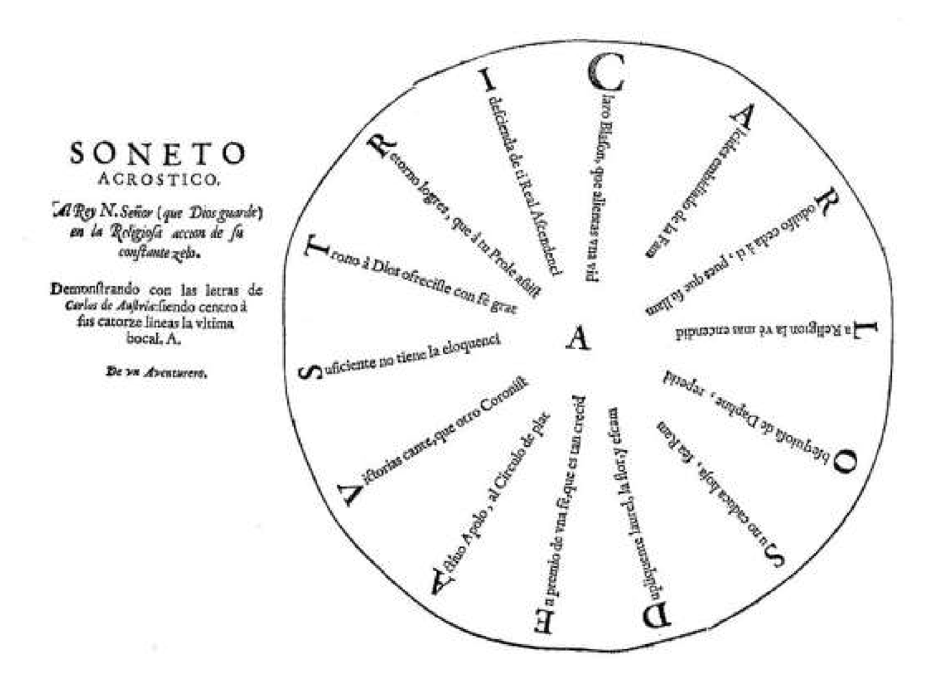
—Increíble…

—Ahora que lo pienso, puede que el señor Wolf todavía viva y que tal

vez continúen faltándole palabras — desde el fondo de la tienda se oía desde hacía un momento el sonido hosco y burbujeante de la cafetera —. Voy a por el café — Matías se alejó hacia la mesa y, desde allí, me preguntó alzando un poco la voz —. ¿Lo suyo era una cucharada de azúcar, no?

—Una y media, por favor.

Volvió con dos vasos de café cargado, negro y humeante, como siempre. Después, al probarlo, lo encontraría amargo. Y, como siempre, me lo tomaría así. Matías siguió hablando, mientras yo continuaba revolviendo en las cajas.



—Es curioso el mundo de las palabras… Nunca conseguimos tenerlas todas, es como si se nos escaparan entre los dedos, como la arena de playa. Llegamos a rozarlas, las encontramos, nos las presentan, las buscamos, parecemos poseerlas, pero se acaban marchando.

—¿Y esto? —le mostré un extraño poema circular.

—Un acróstico —respondió—. Si se fija en las iniciales de cada verso leerá CARLOS

DE AUSTRIA. Y observe que todos los versos terminan en A. Es muy

decorativo. Y

tiene un precio sin competencia. Hablando de versos circulares creo que tengo algo que puede interesarle… A ver dónde lo puse… — se alejó hasta el mostrador y buscó en una carpeta —. Aquí está. Lo titulo «Hable dos horas y media de lo que quiera». Y sólo ocupa un folio. Es una especie de discurso completo que se puede llevar en la cartera.

—Qué práctico, ¿no? —dije con cierta sorna.

—Sí, una especie de argumentación de bolsillo. Son palabras circulares…

—¿Palabras circulares?

—Eso es; ¿recuerda el día que vimos las palabras traviesas? Las que tenían dobles significados, ¿recuerda? — asentí —. Éstas, sin embargo, no significan nada, son palabras que no llevan a ninguna parte, que dan vueltas sobre sí mismas, regodeándose… Permiten hablar del tema que se quiera durante horas.

—¿En serio?

—Por supuesto. Escuche —y, echando rápidas ojeadas al papel que tenía en la mano, continuó diciendo:

»Es obvio señalar que… la aplicación de una metodología de gestión… cumple con el proceso de racionalización… de la incidencia real sobre la problemática de…

Cambió de tono. Pareció que le hubiera abandonado la inspiración, y que buscara ayuda en la concha del apuntador.

—¿De qué quiere que hablemos? — preguntó bajando la voz —: ¿literatura?,

¿política territorial?, ¿cine?…

—No sé, lo que prefiera…

—Me inclino por las infraestructuras, un tema indudablemente aburrido…, así que prosigamos:

»… Hablábamos de la incidencia real sobre la problemática de las infraestructuras. Es obvio señalar que la dinámica de complementariedad, de apoyo, dependencias y colaboración obliga a

la búsqueda, el desarrollo, la expectación y el reajuste de las políticas y recursos que difícilmente llegarán hasta las mencionadas infraestructuras.

Estuve a punto de romper en una sonora ovación (parecía que el ambiente creado lo requería); también Matías debió de darse cuenta porque hizo ademán de saludar a un imaginario auditorio inclinándose con ceremonia un par de veces.

—¡Fantástico!

—Ya se lo dije… Vea el truco — me tendió el papel —: basta con mantener el orden A-B-C-D, incluso alterando el orden de las filas, para conseguir un discurso coherente, aunque absolutamente vacío de contenido, eso sí.

A

B

C

D

Durante la pasada la incidencia de la forma Define, decide y optimiza década y aún en especial y determinante de la

De la propuesta organizativa

la plataforma

nuestros dias

coyuntura social

Garantiza la participación De aquellos ámbitos que así En este punto

El proyecto integral

en la gestión social

lo requieran

De forma que evite el

La herramienta interdisciplinar Optimiza los recursos y enorme despilfarro

que

En consecuencia

e interprofesional

los resultados de conjunto supone la descoordinación

entre las áreas

Exige un sistema de De la concepción integral

Ello implica que

la intervención en el territorio programación

por que es preciso desarrollar

objetivos

teórica y prácticamente

Como parecen indicar

De la oferta y recursos que

Asegura

el

trabajo

diferentes

corrientes El análisis previo de la realidad

difícilmente resolverán el

institucional

científicas

problema

Permite

defender

la

En las consideraciones El diseño técnico avanzado y

De

la

denominada

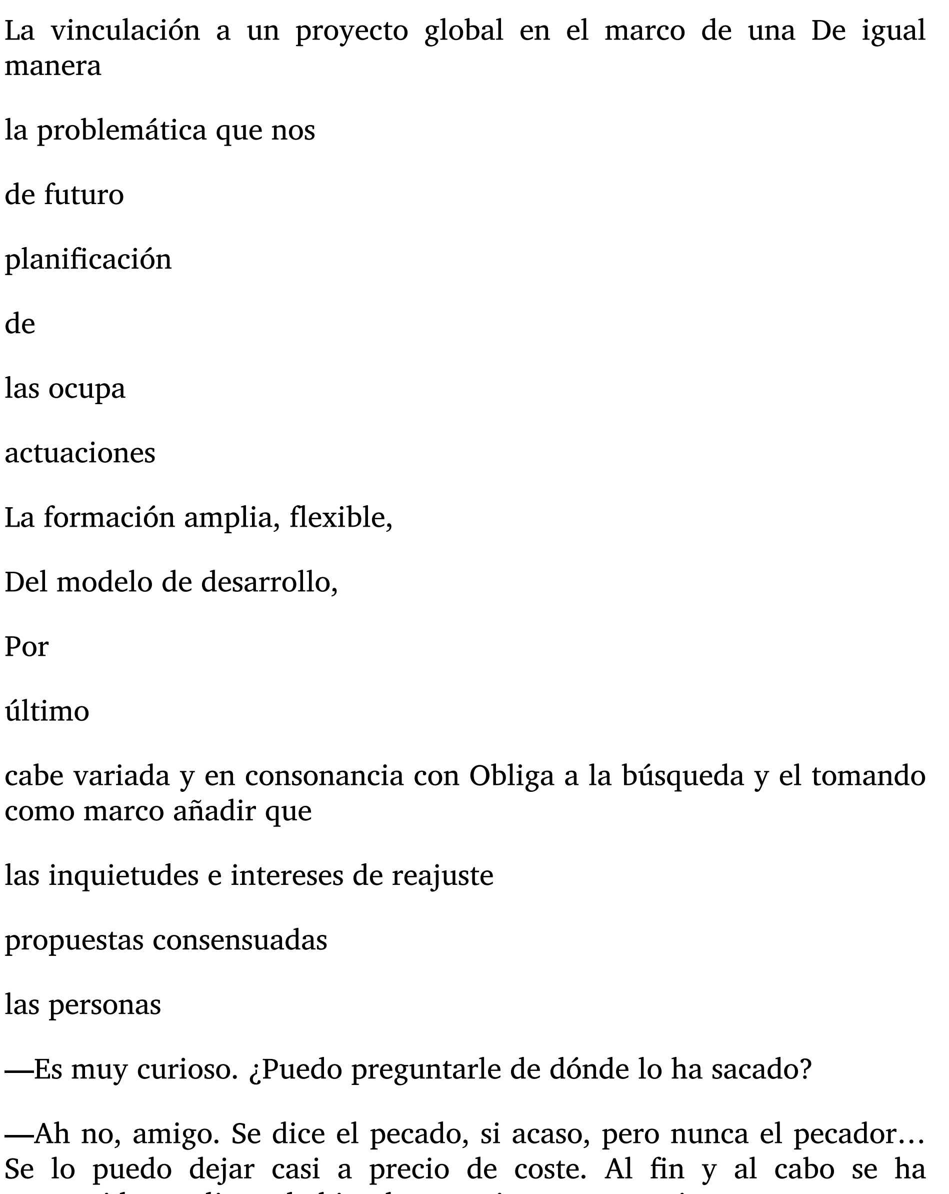
necesidad de evaluación

señaladas hasta aquí evaluable

subpolitica de acción

sistemática y compleja

Deriva de una estrategia Y de la incidencia real sobre



La vinculación a un proyecto global en el marco de una De igual manera

la problemática que nos

de futuro

planificación

de

las ocupa

actuaciones

La formación amplia, flexible,

Del modelo de desarrollo,

Por

último

cabe variada y en consonancia con Obliga a la búsqueda y el tomando como marco añadir que

las inquietudes e intereses de reajuste

propuestas consensuadas

las personas

—Es muy curioso. ¿Puedo preguntarle de dónde lo ha sacado?

—Ah no, amigo. Se dice el pecado, si acaso, pero nunca el pecador… Se lo puedo dejar casi a precio de coste. Al fin y al cabo se ha convertido en cliente habitual, y eso tiene sus ventajas…

Efectivamente, me había convertido en cliente habitual. Y eso, ya se sabe, permite el privilegio de llamar al dueño por su nombre, y decir que quieres lo de siempre. Lo cierto es que en la tienda me encontraba cómodo. Y cómodo, a pesar de todo (las sospechas de Ana, la conspiración, los mensajes cifrados), en compañía de aquel hombre que ahora daba un enorme trago al café.

—Vaya, se ha quedado un poco frío.

Se acodó sobre el mostrador, cogiendo el vaso de café con las dos manos, como acostumbraba hacer. Era un nuevo entreacto: los espectadores estirando las piernas en el salón de columnas, esperando que sonara de nuevo el timbre. De pronto, me miró escrutadoramente, con sus ojos grises, y preguntó:

—¿Y usted a qué se dedica, si no es indiscreción?

—No es indiscreción en absoluto, doy clases de Historia en un colegio…

—Es profesor.

—Sí, algo así. Digamos que soy a medias profesor y a medias domador de tigres.

—Una curiosa manera de describirlo.

—Y tremendamente ajustada a la realidad, no crea.

—¿Y su interés por las palabras?

—No sabría decirle, me gustan las cosas originales.

—Las cosas originales… En ese caso, le encantaría el libro más largo del mundo,

¿hemos hablado alguna vez de Queneau?

—No recuerdo.

—Podría haber dicho: «No, creo *Queneau*»… Ja, ja… Discúlpeme, no puedo evitarlo.

Debe de ser deformación profesional. Raymond Queneau es un escritor francés que utilizó un artificio parecido al que acabamos de ver en el discurso circular para fabricar el libro de poemas más largo jamás escrito. De hecho, es imposible leerlo completo…

—Debió de llevarle tiempo…

—Bueno, es complicado, pero no tanto. Se trata de un nuevo ejercicio de ingenio. En realidad tiene diez páginas nada más, y en cada página un soneto, catorce versos — dio otro sorbo al café.

—No lo entiendo…

—Es sencillo. Queneau recortó cada poema en catorce tiras que contienen un solo verso, de manera que pueden combinarse unos con otros. Así tenemos que, en realidad, jugando con las tiras, existen cien mil millones de combinaciones posibles y, por tanto, cien mil millones de poemas; que es, por cierto, el título del libro…

—Increíble.

—Sin duda. Dedicando únicamente un minuto a ordenar y leer cada poema, tardaríamos casi doscientos años en leerlos todos. Y eso sin trabajar los fines de semana.

—¿Y lo tiene?

—¿El libro? No, lo siento. Hace años que no cae uno en mis manos. Es un objeto escaso, y por lo tanto muy codiciado por los coleccionistas. Sólo lo he tenido dos veces, y en ambas ocasiones tenía ya comprador. Puedo intentar buscárselo si le interesa, pero sin garantías… Y además está en francés.

—Bueno…

Era, evidentemente, una capitulación. Probé el café y estaba frío, efectivamente. Y un poco amargo.

—Ah, he encontrado otro juego para usted, casi se me olvida. Éste es muy antiguo

— me señaló un lugar en la estantería —; está ahí encima, mire a ver si puede alcanzarlo.

Recogí de uno de los estantes el papel que me indicaba. Una tira de papel largo, como los versos de Queneau, en la que se leía:

DOS MADRES Y DOS HIJAS

FUERON A MISA CON TRES

MANTILLAS, Y CADA UNA

LLEVABA LA SUYA PUESTA

—¿Y bien? —preguntó Matías con un cierto regocijo infantil.

—Ya le dije que no se me dan muy bien las adivinanzas.

—No es una adivinanza. Se trata de un simple problema numérico:

dos madres, dos hijas y tres mantillas. Sin embargo, dice el enunciado que cada una tiene la suya puesta.

Las palabras, ¿recuerda? Creemos a pies juntillas en su infalibilidad, y a veces las sorprendemos estafándonos.

Releí un par de veces el acertijo, o lo que fuera, pero la verdad es que siempre me ha costado mucho concentrarme en este tipo de cosas. Me parecen divertidas, curiosas, pero tengo un cerebro vago para los juegos. Dejé pasar un tiempo prudencial mientras degustaba el café.

—No caigo.

—No se deje engañar.

—Lo siento, no consigo entenderlo.

—Bien, el problema es que usted supone que hablamos de cuatro personas al decir dos madres y dos hijas. ¿Qué tal si sólo fueran tres?

—Se arreglaría el problema de las mantillas, desde luego…

—Bien, repasemos: una madre y su hija, ¿de acuerdo?; dos mantillas…

—Eso es sólo la mitad de lo que dice el enunciado.

—No, ahí es donde se equivoca, son dos tercios. Pongamos que con ellas fuera también la abuela; tres mantillas.

—¿La abuela? —dije sorprendido. La propuesta me había dejado completamente desconcertado.

—Dos madres y dos hijas, recuerde. No puedo creer que no se dé cuenta.

—Ya… la madre es madre, pero al tiempo es hija; dos madres y dos hijas.

—Le dije que tuviera cuidado.

Los dos reímos de buena gana. Y acabamos el café.

—Las palabras son tremendas.

—Sí, sí lo son.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Pareció que, de repente, se

hubieran agotado nuestros temas de conversación. El fin del trayecto. Recogió los vasos de café con cierta liturgia y desde la parte de atrás de la tienda comentó con gravedad.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que hablemos de OULIPO.

Es curioso pero a veces nos encontramos con personas que hablan como si escribieran. Puntúan, colocan los signos de exclamación, los interrogantes en el lugar correcto, y los puntos suspensivos. Matías lo había dicho así, con mayúsculas: OULIPO.

Y temí que comenzara a hablar de una sociedad secreta. De algún selecto club de iniciados al que la tienda serviría sólo como tapadera. Me paré un segundo a pensar que, tal vez, después de todo, Ana tuviera razón. Que, tras aquella apariencia entrañable, de verdad se escondiera un oscuro conspirador de palabras.

—¿Y qué es Oulipo? —pregunté, preparándome para lo peor.

—Un pequeño grupo de escritores que se reunía para jugar. Pero no sólo jugaban, eran creadores de juegos. A este grupo pertenecían nuestros viejos conocidos Perec y Queneau, y también Italo Calvino, entre algunos otros. Muchos de los juegos que le he mostrado les pertenecen.

—¿Creadores de juegos?

—Exacto, y quiero presentarle dos.

—Por un momento me había asustado — dije aliviado.

—¿Por qué?

—Por lo de Oulipo: reconocerá que suena a grupo de conspiradores, o algo así.

—¿Conspiradores? No, por favor, nada más lejos de la realidad. Conspiradores.

¿Qué le habrá hecho pensar algo así?

Se quedó un momento mirándome por encima de sus gafas de concha. Fue una mirada extraña, perturbadora. ¿Sospechaba algo? Ahora que lo pienso, siempre fue así.

Un movimiento constante en el filo de la navaja, un tira y afloja

persistente. Tan pronto parecía inocente como dejaba el aire sembrado de pequeñas sombras de sospecha.

—No se los he presentado antes porque quería que entendiera la esencia misma del juego, sus reglas singulares, sus inexistentes motivos más allá de las ganas de jugar… —

se quedó un segundo callado, y pareció atajarse a sí mismo —. Pero vamos con ellos.

Tienen unos nombres muy divertidos: «Súmale siete» y «La ensalada de palabras». ¿Le apetece que echemos una partidita?

—Naturalmente, pero antes tendrá que explicarme de qué van.

—Por supuesto. Comencemos con el «Súmale siete»; siéntese.

Me señaló la silla de la que, como siempre, tuve que retirar algunas cajas y papeles.

Así, sentado yo en la silla y él apoyado en el mostrador, comenzó a explicarme.

—Se trata de un sencillo ejercicio de traslación, un tanto laborioso, que consiste en sustituir cada sustantivo por el que ocupa el séptimo puesto en el diccionario a partir de su propia definición, ¿de acuerdo?

—Lo siento, pero me he perdido.

—Tal vez lo haya explicado con demasiado entusiasmo… demasiado rápido. Lo mejor será que hagamos directamente un «Súmale siete» y lo entenderá sin problemas.

Verá. Partimos como siempre de un texto cualquiera.

Sobre el mostrador buscó un papel en blanco (no fue fácil encontrarlo) y un lápiz con la mina afilada como un estilete.

—Dígame una frase.

—¿Una frase cualquiera?

—Sí, cualquiera servirá.

—No se me ocurre ninguna, así de repente… ¡Ah! ¿Qué tal si acudimos a los clásicos?: «En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme»…

—Perfecta, creo que será perfecta — la anotó en el papel —. Bien, pues comencemos con LUGAR. Hay que buscar en el diccionario el séptimo sustantivo. Y no vale hacer trampas, veamos…

Se puso las gafas sobre la punta misma de la nariz en un equilibrio inestable, y buscó la palabra en el diccionario moviendo páginas adelante y atrás.

lugar. m. 1. Espacio ocupado o que puede ser ocupado por un cuerpo. 2. Sitio o paraje. 3. Ciudad, villa o aldea.

4. Población pequeña. 5. Pasaje, texto; expresión o conjunto de expresiones de un autor, o de un libro escrito.

—Contemos ahora siete sustantivos a partir de LUGAR…, uno… el segundo no cuenta porque lugareño es un adjetivo, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete…

Su dedo fue moviéndose, mientras contaba, hasta que se quedó parado en una palabra que después leyó en voz alta.

lugre. m. Embarcación pequeña, con tres palos, velas a tercio y gavias volantes.

—Bueno, ya tenemos nuestra primera palabra; veamos ahora Mancha, y nombre.

Le llevó unos minutos completar la frase. Definitivamente, era un juego trabajoso.

Una vez hechas las sucesivas sustituciones de sustantivos, el resultado fue el siguiente: En un lugre de la Manchuela, de cuyo nominalismo no quiero acordarme, no ha mucho que vivía una hidra de las de laña en astricción, rocha flaca, adecuación antigua, y gálibo corredor.

—¿Y bien?

—Divertido, desde luego.

—Hay unas normas, naturalmente. Por ejemplo, si el sustantivo cambia de género se permite hacer los ajustes necesarios. Si al contar llegamos al final de una letra del diccionario, hay que pasar a la siguiente, y si acabamos la Z, hay que volver a empezar por la A.

»Y, finalmente, si el sustantivo no aparece en el diccionario, se contará a partir del lugar que debería ocupar.

—Muy interesante.

—Es laborioso, pero apasionante… Claro, puede hacerse también con verbos o con adverbios. Y se pueden sumar otras cifras, o bien restar.

—¿Y cómo acaba el juego?

—No sé quién dijo que si un chimpancé se sentara ante una máquina de escribir y se pusiera a teclear, más tarde o más temprano conseguiría escribir un libro. Supongo que ésta es una manera como cualquier otra de acercarse a la literatura del mono.

—La literatura del mono: una buena frase.

—Sí, la verdad es que me ha salido redonda.

—¿Y el otro juego?

—¿El de la ensalada? Es más sencillo. Consiste, simplemente, en que varias personas anotan en un papel una palabra. Después lo doblan sin que nadie lo vea, y lo depositan en una ensaladera, por ejemplo, de ahí su nombre. ¿Bien?

—Bien.

—Las palabras se extraen de la ensaladera en un orden determinado, y el objetivo es escribir un texto donde figuren las palabras seleccionadas en el mismo orden en que fueron extraídas.

—No parece muy complicado.

—Depende de las palabras. Imagine, por ejemplo, algo del estilo de: FAROL, MAYONESA y FUSIL… De todos modos, le iba a proponer intentarlo. Elija cinco palabras del diccionario, al azar.

Me lo tendió, lo abrí cinco veces y seleccioné las palabras de un vistazo. El resultado fue el siguiente:

COLGADURAS DIFUSO

JORDÁN QUINA VÍBORA

—Tal vez tenía razón —dije—, depende de las palabras. Éstas no son fáciles.

—Tómelo como unos deberes — dijo mientras anotaba las palabras en un papel —; usted se queda con una copia, y yo con otra. La próxima vez, veremos qué hemos conseguido.

—Perfecto.

Acepté el papel que me tendía como si fuera un guante. Un desafío. Y así quedó la cosa. Salí de la tienda dándoles vueltas a las palabras. Colgadura, difuso, Jordán, quina y víbora. Otro nuevo lío…



—Oiga… —me llamó y se acercó hasta mí acelerando el paso —, oiga… se deja su poema circular.

—Ah, gracias…

—Hasta otro día, y no se olvide de sus deberes…

—Descuide.

Regresó a la tienda y, a lo lejos, oí el sonido de la campanilla cuando cerró la puerta.

Observé mi poema. Es cierto que tenía un precio sin competencia…

Cuando volví a casa el contestador parpadeaba. Y, de repente, recordé: ¡la conspiración! En un segundo pasaron por mi mente, como fotogramas, los nombres del abad y del viejo de la tienda, el momento en que salió a relucir Murgiflar, y la mirada que me había dedicado el viejo, esa misma tarde, cuando hablamos de conspiradores…

Rebobiné la cinta con cierto recelo, preparándome para un mensaje de

voz fingida y cavernosa, de esos grabados con un pañuelo en el auricular. Pero al fin respiré aliviado.

Era Ana, insistiéndome en que la llamara nada más llegar para contarle las últimas novedades. Lo hice, y percibí en su voz una cierta desolación. Conociéndola, seguro que esperaba un contacto secreto. Algún indicio revelador y enigmático.

Justo como el que iba a producirse al final de la semana.

cinco

Estaba hojeando una especie de breviario. No con intención de comprarlo, sino por simple curiosidad. Un librito de tapas negras y cantos rojos, pequeño, que me había llamado la atención por el sugestivo título que mostraba estampado en oro en la portada: *Guía de pecadores*. Era el segundo volumen de una edición de Calleja impresa en 1899. El primer tomo no estaba. Tal vez fuera porque el pecador en cuestión hubiera aplazado su compra, o porque con el primer volumen hubiesen quedado suficientemente cumplidas sus aspiraciones. En el lomo tenía una pegatina engomada, de color azul y blanco, dentada como un sello y muy maltratada por el tiempo: *Biblioteca de la*

CALZADA

COLINDRES

22

Por lo demás, estaba bastante bien conservado, lo cual tal vez hablara de un dueño no demasiado piadoso. No obstante, en el interior había una estampa de una virgen recortada de un periódico, y un cuadernillo de un par de páginas con un título que contrastaba con el día lluvioso y adusto: «Rayos de sol». Leí sólo el principio: Nada hay más hermoso que los rayos de sol. Porque los tenemos no los apreciamos: pero si no hubiera sol en el mundo, cada rico daría un tesoro por un hacecito de rayos de sol para su casa, para su campo, para sus ojos, para sus niños, para sus flores…

Lloviendo como estaba, no pude por menos que mostrarme de acuerdo y eché en falta que algún Rothschild de las finanzas hiciera un trabajo de mecenazgo y comprara un par de hacecitos de sol para nosotros. Me encanta la ingenuidad suicida de estas cosas: el rico acudiendo en camello a la tienda de los rayos de sol, y encargando cuarto y mitad de tarde soleada…

Ana llevaba un impermeable de color azul chillón, y la capucha no le dejaba libres más que la cara y un par de mechones que escapaban de la mordaza del elástico.

Había ido a buscarla a la salida del banco. Habíamos comido en un bar, así como un poco de campaña, y luego nos habíamos acercado dando un paseo hasta la Feria del Libro de Ocasión, que se había inaugurado ese fin de semana. Enseguida empezó a llover, así que caminábamos en fila india, intentando protegernos de los goterones bajo

los frontales de las casetas, elevados sobre los mostradores como marquesinas. Me gustan las librerías de viejo, creo que ya lo he contado. Curiosear en las estanterías, como un ama de casa en las rebajas, y encontrar cosas impensables: partituras, placas de huecograbado, rollos de pianola, anuncios antiguos, manuscritos… Acababa de dar con una lámina impresa en papel rugoso, protegida por un celofán.

AVE MARIA, GRATIA

PLENA DOMINUS TECUM

VIRGO SERENA, PIA,

MUNDA ET INMACULATA

La vendedora era una chica joven, menuda, con el pelo muy corto, teñido de un color amarillo limón, y cuatro o cinco pendientes que le taladraban la oreja izquierda como si se tratara de un campo petrolífero. Se acercó sin que le preguntara.

—Las dos frases tienen exactamente las mismas letras — me explicó —, salvo dos.

Eliminando todas las letras iguales, al final quedan sólo una M y una N que son las iniciales de MATER NOSTRA. Es un juego.

Eran unos primos lejanos. Se lo mostré a Ana y juntos intentamos comprobar que, efectivamente, las letras en las dos frases eran las mismas, salvo la M y la N. Yo me perdí un par de veces y terminé por abandonar. Pero Ana no quiso darse por vencida y continuó contando las letras, una a una, hasta que finalmente consiguió cerciorarse: seis aes, una uve, tres es, tres emes (dos en la segunda frase), dos erres…

La chica del pelo amarillo metió la lámina en una bolsa de plástico, con el logotipo de la Feria, guardó el dinero que acababa de darle en una caja de hojalata y me devolvió el cambio por encima de una pila de libros. Entonces vi sus uñas, pintada cada una de un color, como un cuadro de Mondrian. Me pareció simpático, le sonreí, y seguimos paseando por las casetas, buscando entre montañas de libros y papeles.

—¿Hace mucho que no vas por la tienda?

—Desde —dudé— anteayer.

Habían pasado casi cinco días desde que echamos las octavillas en los buzones y no había ocurrido nada. Sólo un respingo injustificado cada vez que sonaba el teléfono, o cuando llegaba a casa y vivía la desazón de un hipotético mensaje en el contestador.

Pero comenzaba a relajarme. Ana, conociéndola, viviría la aflicción de la espera infructuosa. Probablemente desde el principio confiara en una respuesta inmediata; el

contacto delatándose con la torpeza de un principiante. Pero la trampa no había funcionado y la historia de los conspiradores se tambaleaba por momentos.

Yo, mientras tanto, me había dedicado intensamente a mi ensalada. Y es increíble la cantidad de vueltas que se puede dar a las palabras.

COLGADURAS DIFUSO

JORDÁN QUINA VÍBORA

De hecho, fui retrasando mi visita a la tienda, esperando dar con una composición más o menos aceptable. Mi fantasma era siempre el mismo: Matías con su ensalada perfectamente construida (he estado a punto de escribir aliñada). Acabé dándome cuenta de que era mucho más fácil hilar las palabras si existía una historia previa, algo que contar. Terminé descubriendo que las palabras no necesariamente tienen que ser ladrillos, sino que a veces pueden ser simple revoco, si se me permite la expresión. La cuestión, en suma, no era contar una historia con esas palabras, sino una historia donde esas palabras cupieran. A partir de ahí todo fue mucho más sencillo. Después de desechar tres o cuatro posibilidades, mi ensalada quedó como sigue: La mujer tendía la ropa en las COLGADURAS del terrado. Miró a lo lejos y, con la mano sobre la frente, haciendo sombra, se fijó en el DIFUSO horizonte de la ciudad. Subió JORDÁN, el chico del segundo izquierda, con un vaso de QUINA. Se lo ofreció y vio que lucía una calcomanía en el antebrazo derecho: una serpiente de color verdinegro, con las fauces abiertas y los amenazadores colmillos goteando veneno. Tal vez una VÍBORA.

No era para darme el Nobel de Literatura. Pero estaba bastante contento con el resultado. Me había parado ante una caseta que tenía filas y filas de libros colocados sin más criterio que el de que cupieran. Elegí uno que resaltaba entre el resto por su encuadernación en tela roja. Era finito y estaba impreso en un papel suave y delicado. El título: *Tratado de cosmogonía*. Me pregunté si alguien acabaría comprando ese libro en particular. Si alguien, aunque lo buscara, sería capaz de dar con él en aquella vasta escombrera de libros huérfanos de decenas de bibliotecas, separados definitivamente de sus camadas, sus compañeros de viaje… Los libros, estoy convencido, son a sus dueños como los perros. Acaban contaminándose de sus manías, sus hábitos. Hay quien dobla las esquinas de las páginas para señalar el lugar donde interrumpió la lectura, hay quien subraya las frases que a su juicio resultan esclarecedoras, hay quien llena los márgenes de acotaciones. Quien los firma, en las primeras páginas, y quien los registra llenándolos de números, claves, cifras… He visto libros marcados, señalados, desencuadernados, anotados, amputados, arrugados, doblados… Mártires de la fe, santidades de acceso directo. Los libros delatan a sus dueños, como lo hacen las estrías del cañón de una pistola en una bala disparada.

—El otro día me dio por pensar en cómo podrían estar robando las

palabras. Y no se me ocurría la manera. Al final acabé preguntándome cómo lo haría yo y, ¿sabes? Creo que tengo una idea.

Ana volvía a atacar, esta vez por sorpresa. En los últimos días no habíamos comentado prácticamente nada de la conspiración. Y era como si hubiera pretendido pillarme con la guardia baja.

—Ana, ¿pero todavía sigues con lo mismo?

—Lo haría utilizando ordenadores.

—¿Ordenadores? ¿Qué quieres decir?

—Virus informáticos. Imagínate un virus programado para sustituir unas palabras por otras. Supongo que para un experto no sería muy complicado de programar.

—No te entiendo.

Me mostraba escéptico, su historia me sonaba incierta y caprichosa.

—Al escribir una palabra el virus la eliminaría automáticamente del texto, y la cambiaría por otra. Piensa en una palabra cualquiera.

—Eh… no sé —esperé a que alguna se me viniera a la cabeza —: amilanar.

—Bien, pues el ordenador la sustituiría por, no sé: amedrentar… intimidar, eh — le costó un par de segundos encontrar la palabra que buscaba —, acobardar… O

cualquier otro sinónimo. Con el tiempo, amilanar acabaría desapareciendo.

—¿Y quién haría algo así?

—No lo sé, pero piensa en alguien que quisiera tener la propiedad, en exclusiva, de ciertas palabras. Bastaría con que programara los ordenadores para que no las escribieran.

Era una teoría interesante. No porque pensara que alguien pudiera estar robando palabras a través de los ordenadores, por supuesto, sino porque, como Ana había dicho, si alguien quisiera, podría hacerlo.

—Pero aun así no se pueden robar todas las palabras. Me refiero a que es imposible retirar una palabra de la circulación. Nadie puede robarme mi forma de hablar. Podría decir «amilanar» cuantas veces

quisiera. Podría escribirla en un cuaderno, enviarla por correo, vocearla en el patio, echarla en los buzones.

—Tienes razón, no pueden quitarte tus palabras, pero sí pueden robar toda la palabra impresa. Los periódicos, las editoriales, los ordenadores personales, todos podrían estar infectados. Las palabras dejarían de aparecer en los diarios, en las revistas, en los libros. Dejarían de escucharse por la radio, de emitirse por televisión.

Acabarían por desaparecer, sólo existirían en nuestra memoria. Los niños no las aprenderían, y con el tiempo acabaríamos por olvidarlas.

—Suena a ciencia ficción.

—Mira, date cuenta… —Ana había cogido un libro de un montón. Lo tenía abierto y me lo mostraba —,… es un libro de principios de siglo, *La mujer en el hogar*, uno de esos manuales de educación e higiene. Lee aquí — me indicó con el dedo un párrafo: había vuelto a morderse las uñas.

Después de las fatigas del día, viene la hora del reposo y la estética vuelve á recobrar todos sus derechos: la refacción se hace en medio del silencio de la noche y el tocado no debe ocasionar ninguna violencia al cuerpo.

»¿Ves?, no tengo ni idea de lo que significa “refacción”.

—Yo tampoco…

—Una palabra desaparecida…

—Claro, las palabras desaparecen por falta de uso, es lógico.

—Exactamente de eso es de lo que te estoy hablando.

Ana devolvió el libro a su lugar y continuamos andando. Hasta ese momento me había negado a creer en la teoría de la conspiración. Era ridículo, pero ¿y si fuera cierto?, ¿y si alguien estuviera sustrayendo palabras? Millares y millares de palabras desaparecidas, hurtadas sigilosamente y metidas en cajas, amontonadas en almacenes polvorientos. Imaginé un futuro imperfecto donde el lenguaje se hubiera degradado hasta reducirse únicamente a las palabras imprescindibles, ¿cuántas?, ¿trescientas?,

¿quinientas? El resto estaría en manos de los acaparadores.

■

Pero en ningún momento asocié la conspiración con Matías. Fue un ejercicio de inconsciencia, de ingenuidad, tal vez de simple ceguera. La tienda de palabras, lejos de alimentar mis sospechas, me servía para recuperar la confianza, la certeza de que nada estaba ocurriendo. De que todo eran meras conjeturas de Ana.

Los jueves sólo tengo una hora de clase, de nueve a diez, y el resto de la mañana libre. Así que salí de casa con mi ensalada de palabras en el bolsillo de la camisa, bajo el jersey de lana verde, el paraguas y la trenca marrón, dispuesto a hacer una nueva visita a la tienda. Y allí permaneció el rato que tardé en cruzar la plaza, sorteando las vallas de la acera en obras — justo un par de manzanas —, los charcos de la calle, los dos segundos que me entretuve mirando los escaparates de la tienda de lámparas y la de frutos secos — enormes bolsas de patatas, que dibujaban marcas oscuras de grasa en el papel —. Estuvo allí dos paradas de metro, después en clase, mientras los alumnos luchaban contra un sueño inmisericorde que los atraía hacia sí, seductoramente, como las sirenas de Ulises. Y después, deshaciendo el camino — el metro, los charcos, la floristería —, hasta el bar de fluorescentes blancos que huele a tortilla y calamares.

¡TLING!

—¡Ah, es usted! Comenzaba a echarle de menos.

Matías me miró sonriente por encima de sus gafas de concha.

—No he podido venir antes, he estado un poco liado…

—Lo cierto es que a mi tensión le ha venido bien su ausencia. Ya sabe: si no hay visitas, no hay café. Es broma, ¿cómo le va?

Estaba trabajando sobre el mostrador en una enorme lámina. Tenía a mano una barra de pegamento, unas tijeras de punta redondeada, y un montoncito de pes de diversos tamaños y colores.

—Discúlpeme un momento, termino enseguida. Quítese el abrigo si quiere…

—No se preocupe.

—Es un encargo un Poco Pesado, no se crea. Llevo Pegando Pes toda la mañana…

Ayudándose con unas pinzas, colocó en el texto una de las letras y cuando comprobó que había quedado pegada en el lugar correcto, dejó caer las gafas sobre su pecho, suspendidas del cordón trenzado, y puso las pinzas sobre el mostrador. Resopló un par de veces, como si pretendiera descargar tensión, y me enseñó la lámina con un mal disimulado orgullo profesional.

Primorosa Paulina:

Pienso Pedirte Próximamente;

Pero Preveo Pésimo Parecer

Paternal, Porque Para Pájaro

Poseo Poca Pluma, Pues

P adezco *P* ersistente Pobreza,

Porque Pertenezco Pléyade

Poetastros Pálidos, Pensativos,

Perezosos…

Prodúceme Pesar Participártelo;

Pero Peor *P* ecado *P* intarte

Panoramas Pintorescos Para

Perderlos Pronto. ¡Paraíso

Perdido… Por Pocas Pesetas!

Pide, Por Piedad, Paciencia

P ara ablo.

—Tengo un cliente que adora este tipo de juegos. Permítame que Pegue esta P y estará Preparado.

—Sí, claro.

Sosteniendo la letra con un pulso envidiable colocó la última P. Sus

manos se movían como entes autónomos, independientes. Parecían grandes arañas cuyas patas avanzaran amenazantes por la superficie del mostrador. Sopló y pasó el dorso de la mano con suavidad por la superficie satinada del papel, intentando limpiarlo de una suciedad invisible.

Pablo

—Ya está, ¿qué le parece?

—Realmente ingenioso…

—Podría haber dicho «precioso», o «perfecto», pero no creo que lo hubiera soportado… Ja, ja… Tengo una cosa para usted, voy a enseñársela antes de que me olvide…

Ardía en deseos de sacar mi ensalada de palabras, pero preferí que fuera él quien mencionara el tema. Retiró la lámina del mostrador, sujetándola con cuidado por los bordes, y la dejó apoyada en la estantería. Después se limpió las manos con un trapo y rebuscó en el cajón de la mesa. Volvió con un papel que me entregó, en el que se formulaba la siguiente pregunta escrita a máquina:

¿SIGNIFICA QUINTANA

QUE HUBO ALGUNA VEZ CUATRO

PREVIAS ANAS?

Le miré sonriendo.

—Es una pregunta retórica, naturalmente. Otra broma que encontré en las cajas. Hay veces que las palabras se conjuran para resultar graciosas. Lo llamo matrimonios mal avenidos: Lucía Gallardo es un nombre, pero también un reconocimiento de admiración. Observe lo que ocurre con Dolores Fuertes, por ejemplo, o Margarita del Campo… Mire esta otra frase, es del estilo del poema que vimos el otro día: AMARÍA A MARÍA

—Está bien.

—Por cierto —continuó—, no hemos hablado de nuestras ensaladas. No crea que me he olvidado. Espero que haya hecho sus deberes.

—Me ha costado, pero claro que tengo mi ensalada terminada…

Saqué el papel del bolsillo de mi camisa, bajo el jersey y la trenca, y se lo tendí.

Durante unos segundos lo leyó en silencio, ajustándose de nuevo las gafas de concha en la punta de la nariz. Y esperé su opinión, igual que se espera el visto bueno del profesor, mientras aspiraba el aire denso de la tienda. Y, sin previo aviso, estornudé.

—Salud.

—Gracias.

Esperaba no haberme constipado. La tarde anterior, la feria borrascosa había sido una provocación a la fauna microbiana — algo tipo «la manga riega, que aquí no llega» —, y confiaba en no tener que arrepentirme.

—Amigo —dijo Matías con un entusiasmo en el que no percibí sombra de ironía —, esto está muy bien. Una ensalada realmente notable.

—Descubrí que no es difícil cuando se parte de una historia…

—Ya veo. Aun así ha conseguido una narración muy bien ambientada.

Muy…

colorista… y está muy bien resuelto lo de la víbora. Me temo que yo me haya inclinado

por algo un poco más… — buscó la palabra — gamberro. Léalo mientras pongo la cafetera. Y quítese el abrigo. Retire lo que necesite de la silla, ya sabe.

Me quité la trenca, no sin algún jeribeque, mientras cogía con dos dedos — el brazo saliendo de la manga — el folio escrito a mano que me tendía, en el que las palabras de la ensalada aparecían subrayadas. La historia era la siguiente: *Un hombre viaja en autobús. Va agarrado con fuerza a las colgaduras de cuero que penden de la barra. Por la ventana asiste a un paisaje que la velocidad convierte en difuso. Justo al pasar por la calle Jordán el autobús se detiene en un semáforo. Y entonces repara en un hombre, en la calle, que sangra por la nariz. Se aprieta un pañuelo y tiene la cabeza echada hacia atrás. Resulta indudable que alguien le ha dado quina; tal vez su suegra, una autentica víbora.*

—Muy original, la verdad —dije elevando la voz, ya que se encontraba al fondo de la tienda —. Y muy divertido el final.

—Bah, una broma sin importancia. Son palabras que permiten ese tipo de juegos perversos: QUINA y VÍBORA, supongo que se habrá dado cuenta.

—Sí, claro, palabras con doble personalidad.

Se acercó de nuevo, mientras en la tienda comenzaba a adivinarse un lejano olor a café.

—Estará enseguida. Tenía razón antes, todo es mucho más fácil cuando se tiene una historia que contar. Basta con imaginar la situación e intentar que las palabras de la ensalada no rechinen demasiado. Quería enseñarle un libro…

Me tendió un ejemplar que parecía muy usado. Con la portada amarilla y negra y adornado con multitud de papelitos que sobresalían entre las páginas. El título era el siguiente:

EJERCICIOS DE ESTILO

—Raymond Queneau —leí.

—Efectivamente, y tiene que ver con lo que estamos hablando. Nuestro amigo Queneau parte en este libro de una historia aparentemente banal, como las nuestras, y juega a contarla de noventa y nueve maneras diferentes utilizando para ello otros tantos artificios lingüísticos. Permítame que le enseñe alguno — le entregué el libro y me lo devolvió abierto por una de las páginas marcadas —. La historia que cuenta es la de un joven que viaja en autobús, con un curioso sombrero adornado con un cordón trenzado,

y que discute con otro pasajero al que acusa de empujarle cada vez que el autobús frena.

—¿Y siempre cuenta la misma historia?

—Siempre la misma pero narrada de distinta manera: torpe, vulgar, desenvuelta, a modo de comedia, en verso, o planteada como un interrogatorio. Ya le digo que hay noventa y nueve diferentes. Vea ésta:

NEGATIVIDADES

No era ni un barco, ni un avión, sino un medio de transporte terrestre. No era por la mañana, ni por la tarde, sino a mediodía. No era ni un bebé, ni un anciano, sino un joven. No era ni una cinta, ni un bramante, sino un cordón trenzado. No era ni una procesión, ni una trifulca, sino un atropellamiento. No era ni un amable, ni un malvado, sino un colérico…

»¿Qué me dice?

—¡Queneau! —hice un gesto con las manos que pretendía decir «¿qué esperaba?».

—Tiene razón. Si le parece podemos convertirlo en adjetivo. Una frase *queneau*, una palabra *queneau*, un truco *queneau*… Nunca se me había ocurrido. Pues con nuestras historias podríamos plantearnos juegos parecidos… juegos *queneau*, para entendernos,

¿le apetece probar alguno?

—De acuerdo —sonreí.

La cafetera se hizo notar, con su habitual gorjeo, y Matías fue a apagar el infiernillo mientras seguía hablando.

—¿Qué le parece si comenzamos con una exclamativa? Su historia, por ejemplo, podría quedar así:

¡Ostras! ¡Una mujer! ¡En el terrado! ¡Está tendiendo la ropa! ¡Mira! ¡Se ha puesto a mirar como los indios! ¡Sube alguien! ¡Es Jordán y trae con él un vaso de quina! ¡Qué fuerte! ¡Tiene un tatuaje en el brazo! ¡Una víbora!

»Las posibilidades de juego con las palabras son ilimitadas. ¿Qué tal ahora con indecisiones?

Creo que fue en el terrado de la casa, pero no estoy seguro. Una mujer, por lo visto, pero tampoco las tengo todas conmigo. Parece ser que estaba tendiendo la ropa, y aquí es donde empiezo a no tenerlo claro. No sé si subió alguien, o estaba ya allí. Parece ser que le dio un vaso de quina, o alguna otra cosa de beber, creo. Y tenía algo en el brazo. Un dibujo. No sé si era un animal.

»O en plan telegráfico:

MUJER EN TERRADO. STOP. CUELGA ROPA. STOP. CIUDAD FONDO. STOP. SUBE VECINO. STOP. TRAE

VASO QUINA. STOP. TIENE CALCOMANÍA BRAZO. STOP. UNA VÍBORA. STOP

»¿Divertido?

—Apasionante.

—Es como un recortable, ¿ve? Podemos hacer que cambie de apariencia, sustituir un traje por otro, ponerle botas o zapatos, pero el motivo será el mismo. El lenguaje…

Resulta como el barro blando: disfrutamos dándole forma a nuestro antojo, torneándolo con las manos y convirtiéndolo en una vasija con asas, un elegante florero, un cántaro o un botijo. Pero hay que conocerlo, aprender a detectar sus impurezas, saber la temperatura de cocción que necesita el horno — se interrumpió —. Voy a poner el café, ¿le parece?

Mientras preparaba los vasos hubo un momento de silencio. Percibí, lejano, el tictac del reloj de pared, árido como el graznido de un cuervo. Seguía lloviendo. A través del cristal del escaparate observé la acera, por la que corría un reguero desbocado de agua.

En ese momento los paraguas abiertos, brillantes por el agua, me parecieron caparazones de animales mitológicos, mitad coraza impermeable, mitad piernas que chapoteaban en el agua, salpicando en las aceras con esa torpeza exquisita de los animales terrestres. Recordé, de memoria, los versos de un poeta, no sabría ahora decir quién:

Me he puesto a pescar esponjas frenéticamente,

esos seres milagrosos que pueden desalojar

hasta

la

última

gota

de

agua

y vivir secamente.

La voz armónica de Matías me sacó bruscamente de mis ensoñaciones, de mi ensimismamiento.

—Aquí tiene —me tendió un vaso mediado de café.

—Estaba pensando —mentí— en comenzar una colección de palabras; al fin y al cabo ya tengo bastante material.

—¿Y ha pensado en algún tipo de palabra en particular?

—No, la verdad es que no… ¿Con qué le parece que podría empezar?

—Depende de cuáles sean las que más le gusten — sopló un par de veces el café —.

Pero puedo sugerirle algunas palabras singulares, por ejemplo…

—¿Como las que hemos visto hasta ahora?

—No exactamente, me refería más bien a palabras raras. Que no tienen singular, por ejemplo; o que plantean problemas de género. ¿Le apetece ver alguna?

—Suena interesante.

—Están bien para empezar. Son fáciles de conseguir, y tienen precios muy asequibles. ¿No le he contado cómo comencé mi primera colección de palabras?

Matías se apoyó en el mostrador y esbozó una sonrisa luminosa. Me limité a esperar.

Evidentemente, no se trataba de una pregunta. Parecía más bien una invitación.

—En casa, desde mi primer cumpleaños, mi abuelo me regalaba siempre una palabra. Tenía otros regalos, claro: juguetes, ropa… Pero el abuelo siempre me construía una palabra. Las de los primeros años me las guardaron pegadas en un álbum. Pero a partir de los cuatro o cinco recuerdo perfectamente la liturgia de cada cumpleaños. El abuelo me entregaba siempre un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. En su interior había una palabra. Eran palabras infantiles, sonoras y divertidas: BULDERO, ABARME, PLÚMERAS, MUEMOS… En mi duodécimo cumpleaños me regaló PELAMBRÓ, que a mí, en aquel momento, me pareció una palabra exótica y llena de aventura; una palabra que traía consigo olor a salitre y a mar. Ninguna de ellas tenía definición. Me daba la palabra para que hiciera con ella lo que quisiera. Para que la utilizara cuando la necesitara.

»Al principio no entendía por qué a mis amigos, los compañeros del colegio, les sorprendía el regalo. Suponía, en mi infantil inocencia, que a todos los niños les regalaban también palabras. Pero con el tiempo me di cuenta de que se trataba de algo excepcional. Y disponer de palabras propias, únicas, me hacía sentir importante, porque me permitía nombrar cosas que a ellos les resultaba imposible.

Hizo una pausa, y dio un pequeño sorbo al café. La lluvia golpeaba con saña en los cristales, que quedaban cubiertos por una neblina opaca de goterones de agua.

—Era lo más divertido. Buscarles utilidad a esas palabras de mi abuelo, gamberras y llamativas. A veces encontraba enseguida el significado: «ponerse MUEMOS» era

abrazarse por la tarde, en casa, cuando había tormenta fuera y sonaban los truenos.

DESPLUSA, por ejemplo, era una cosa aburrida pero que era obligado hacer. Como esas visitas a las tías lejanas, con los zapatos negros, brillantes de betún, el flequillo peinado con colonia y la corbata. PLÚMERAS eran las aves de ciudad, las que comían el pan duro que llevábamos al parque: gorriones, palomas, y un par de tordos negros como teléfonos, con el pico naranja. Y, por tanto, el pan duro era el «pan de las PLÚMERAS».

»No recuerdo exactamente cuántos años cumplía cuando me trajo una palabra, BRAMULE, que no me gustó. Ya sabe cómo son los niños. Después la escuela, las convenciones, las normas, acaban por domesticarte. Pero en aquel momento la palabra no me gustó, y se lo dije. Y el abuelo, sin inmutarse, fue a la cocina, trajo unas tijeras, recortó cuidadosamente las letras y las puso en el suelo de mi habitación. “Bien”, dijo,

“intentemos buscar una que te guste”… Y, como los trileros de feria, empezó a mover las letras hacia delante y hacia atrás, creando ante mis ojos palabras y expresiones que nunca había oído. Me miraba, esperando un segundo mi aprobación y, de nuevo, cambiaba las letras de sitio: MELUBRA, BERAMUL, LAMUBER, LABRUME, RUBLEMA… Yo asistía silencioso a aquel fascinante juego de manos, a aquella ceremonia de creación y apocalipsis, a las interminables combinaciones de letras, a los sonidos que iban creándose y desapareciendo para siempre. Al cabo de un rato, un poco mareado, decidí quedarme con MULEBRA, y un par de meses después le encontré significado: definía a la perfección a mi vecina de arriba, una chica estirada y desagradable que había cumplido catorce años y me ignoraba.

»A los doce años, ya le he contado, el abuelo me regaló PELAMBRÓ. Era una palabra magnífica, una de las más bonitas que he tenido nunca. Decidí que fuera el estado de ánimo que precede a la salida de vacaciones, por ejemplo, o al paseo los sábados por la mañana, cuando te llevan al circo, o a montar en tren. Era la certeza de la felicidad inminente, ni siquiera empañada por la realidad. Hasta mis amigos se contagiaron del significado: uno estaba pelambró, lo pasaba pelambró…

»Fue la última palabra que me trajo, porque ese año murió el abuelo. Mi padre entonces se encargó de la tienda, y yo venía a verle trabajar. Él siguió regalándome palabras. Me daba las que no le quedaban del

todo bien, o las que tenían algún defecto, para que me entretuviera jugando con ellas: DÍTERA, EDRE, REBEDA… Así fue como empecé mi colección.

Se incorporó, se llevó el vaso a los labios, y echó la cabeza hacia atrás vaciando la taza de un solo trago. No me había atrevido a interrumpirle. Lo que acababa de contar había sonado demasiado íntimo, personal. Aún dejé pasar unos segundos en silencio, hasta que me sentí autorizado a hablar.

—Qué interesante.

Me arrepentí apenas lo había dicho. Había sido una estupidez. Como si a una declaración de amor hubiera respondido con un análisis sintáctico. Pero ya estaba hecho y parecía no tener remedio.

—Interesante y nostálgico — cambió de tema después de un momento en que quedó en silencio —. Había quedado en enseñarle algunas palabras curiosas.

Matías se dirigió a la estantería, y buscó unos segundos hasta que se decidió por un archivador de cartón que puso sobre el mostrador.

—¿Guardo los matrimonios? — asentí —. Intentemos mantener un cierto orden…

Es uno de mis problemas. Es como si las palabras consiguieran adueñarse de cada espacio, ocupar cada hueco, colarse por el mínimo resquicio.

Vació el mostrador lo suficiente para poder abrir el archivador que acababa de traer, y que contenía diversas carpetas de colores, llenas a rebosar de papeles.

—Veamos… Aquí están —leyó el contenido de la carpeta —. Éstas son las palabras que le decía, las que no tienen singular. Singulares palabras, podríamos decir. Vea si le gusta alguna, tiene de sobra dónde elegir.

Abrió una gruesa carpeta, repleta de palabras pegadas en papeles de distintos tamaños y colores.

MAITINES, COMICIOS, AFUERAS,

AMBAGES, CUCLILLAS

—No sé si se habrá dado cuenta alguna vez — continuó —, pero todos los días laborables de la semana se enuncian en plural: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes.

Mientras que los del fin de semana lo hacen en singular: sábado y domingo. Un amigo mío dice que ahí se encuentra la explicación de por qué los fines de semana se nos pasan siempre tan deprisa. Ja, ja — volví a estornudar. Sorbí los mocos intentando ocultar un ligero bochorno mientras buscaba afanosamente un pañuelo en el bolsillo de la trenca —. Creo que se está resfriando.

—Espero que no… Me duraría todo el invierno.

—Otras palabras que puede coleccionar son aquellas que contienen determinadas letras, por ejemplo palabras que sólo contengan aes: ALABANZA, MATRACA, CACHABA, CHATARRA… O íes; hay una muy interesante que tiene cinco íes,

¿adivina cuál es?

—No, lo siento —dije doblando cuidadosamente el pañuelo de papel.

—Es dificilísimo…

—Entonces con mayor motivo.

—¡DIFICILÍSIMO!, cinco íes.

—Caray… Siempre me pilla.

—Es un truco un poco simple, pero suele funcionar. Hay también palabras curiosas por sí mismas, por ejemplo CINCO, el único número que tiene igual número de letras que su significado, o MURCIÉLAGO, que contiene el total de las vocales: A, E, I, O y U.

¿Recuerda el juego de los primos lejanos? Creo que se lo mostré de pasada el primer día que vino a la tienda. Consiste en buscar combinaciones con las letras que contiene una palabra.

Le hablé de mi compra en la Feria del Libro de Ocasión, la tarde anterior. Sentí un gratuito sentimiento de traición, el mismo que me obliga a escamotear la bolsa cuando el panadero me sorprende comprando el pan en la tienda de ultramarinos. Pero pareció no importarle en absoluto. No conseguí recordar la frase completa, pero sí el principio.

Para mi sorpresa, Matías continuó desde donde yo la había dejado.

—… *dominus tecum. Virgo serena, pia, munda et inmaculata*… La conozco. Esconde unas iniciales una vez que se eliminan todas las letras iguales. Por simple curiosidad profesional, ¿cuánto pagó por ella?

Le dije un poco menos de lo que me había costado en realidad. No sé por qué. A veces lo hago con Ana, cuando alguna de las cosas que compro me parece que alcanza un precio disparatado. Siempre tengo la impresión de que pago de más. Y esta vez el gesto de Matías me lo confirmó. No fue nada explícito, una simple elevación de cejas, un tic momentáneo que corrigió enseguida, cuando en realidad ya le había delatado. Y

no pude dejar de sentir una vaga desazón.

—Bueno, le contaba que los primos lejanos es uno de mis juegos favoritos. Lleva tiempo pero acaba convirtiéndose en un auténtico vicio. Pues bien, un día me puse a

buscarle primos lejanos a MURCIÉLAGO, y fui apuntando posibles combinaciones.

Creo que las tengo por aquí — buscó en los cajones hasta que dio con tres o cuatro cuartillas, sujetas con un clip —. La mayoría no tienen mucho sentido: GIMA LUCERO, AMIGO LUCRÉ, COMULGA RÍE… Y también surgen, claro, palabras que no existen: CIELO MUGAR, ALGO MÚRICE, LÁRICE MUGO… Las anoto por si encuentro algo interesante. Pero le sorprendería la cantidad de frases con sentido que conseguí encontrar. Vea, ¿qué le parece?

En la última cuartilla había una sucesión de frases de dos palabras: AMIGO CRUEL

COMER IGUAL

CUAL EMIGRÓ

GEMÍ LOCURA

LUCIR OMEGA

—Pruebe con cualquiera de ellas: sólo contienen las letras de la palabra MURCIÉLAGO, ¿ve? La literatura del mono, ¿recuerda?

—Sí, el mono ante la máquina de escribir.

—Ahí tiene otra posibilidad. Coleccionar palabras y sus primos lejanos. Por ejemplo… Déjeme pensar una palabra divertida… Tal vez ABECEDARIO. Si le interesa se lo puedo preparar para el próximo día que venga.

—Puede ser una idea.

Di un último sorbo al café y dejé la taza sobre el mostrador. Eché una mirada al reloj y conseguí abortar un nuevo estornudo. Tal vez Matías tuviera razón y estaba empezando a resfriarme. Lo cierto es que comenzaba a sentirme embotado: garganta irritada, ojos al borde del llanto, oídos taponados…

—¿Quiere ver más palabras curiosas?

—Tal vez otro día, creo que voy a irme a tomar algo para el constipado, a ver si consigo atajarlo.



—¿No ha visto nada que le interese?

—Creo que, de momento, voy a quedarme con los primos lejanos de ABECEDARIO, sean cuales sean.

—¿Le ha gustado el juego, verdad?

—Sí, me ha parecido divertido.

—Pues no se preocupe, la semana que viene lo tendrá preparado.

Al otro lado del cristal del escaparate, la calle aparecía oscura como la boca del lobo.

Pero había escampado. Escampar me pareció de repente una palabra bonita. Hay otra también que me gusta mucho: amainar. Resulta amorosa y un tanto maternal. Y

cómoda, sobre todo, cuando es otoño y llueve.

—Bueno, voy a dejarle… Aprovechando que parece que ahora ha amainado…

—Cuídese su catarro…

—¿Se me nota?

—La voz un poco tomada, tal vez. Ya sabe, una aspirina, un vaso de leche caliente, y a sudar…

Recogí el papel con mi ensalada, el paraguas y mi trenca marrón y me enfrenté como un solo hombre a los elementos.

Después tendría que reconstruir minuciosamente lo que ocurrió esa tarde. Como en las películas; toda vez que el forense establece la hora del asesinato, los sospechosos van desvelando, minuto a minuto, sus coartadas. Recuerdo que, de vuelta de la tienda, pasé por la farmacia, alrededor de la una y media, un poco antes de que cerraran, y que

cargué con la reglamentaria provisión de sobres anticatarrales — *alivia los síntomas del resfriado* —, jarabes antitusígenos — *una cucharada y olvídese de la tos* —, e inhaladores mentolados — … *y respire hondo* —. Después preparé la comida — canelones de atún, media hora al horno a la máxima temperatura, y salchichas — y estuve un rato viendo el telediario. Me tomé el primer sobre disuelto en agua caliente antes de quedarme adormilado en el sofá, a eso de las tres y media. Ana me llamó alrededor de las cinco.

Me notó la voz blanda y nasal y me recomendó unos comprimidos efervescentes — *al primer estornudo* — que había probado Ángel, su compañero del banco, y que eran poco menos que milagrosos. Es sabido que todo el mundo tiene siempre un remedio infalible para el constipado. Hay auténticos profetas del paracetamol con clorhidrato que te recriminan el cambio de medicamento como si se tratara de una apostasía, un abandono del credo al que ellos se aferran como acto de fe.

Un poco más tarde, podían ser las seis menos cuarto, salí de casa a dar mi clase particular de los jueves con De Lucas. El portero me paró al salir del ascensor y me entretuvo un par de minutos contándome cómo los albañiles habían subido al tejado, con gran riesgo para su integridad física — me sonó a reproche —, y habían conseguido desatascar el canalón. Le di las gracias y, desde la puerta, me recomendó que observara la evolución de la gotera, y que se lo comentara.

Cuando por fin conseguí salir a la calle, la conspiración se había convertido en un sueño lejano. Los papeles en los buzones, la organización, mi vecino el contacto, todo aquel montaje me resultó ajeno y pueril. Un juego de niños.

A veces las cosas suceden así, como una premonición. Volví sobre las ocho, abrí el buzón y encontré otro papel doblado en su interior. Teníamos vigilada la puerta y el ladrón se había colado por la ventana.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del buzón.

—¿Del buzón? —repitió Ana cuando consiguió reponerse.

Me permití mirarla con estudiada suficiencia, como exigiendo de ella una explicación. Al fin y al cabo era la responsable de aquel papel marrón, doblado en dos, y con letras recortadas como en las películas de espías. Esta vez sin dirección ni remite, ni anotaciones a mano que prometieran ningún obsequio. Esto era lo único que se leía: AfaLAGAR

—Sí, del buzón.

—¿Qué significa?

—Eso deberías decirlo tú, pero, si me pides mi opinión, yo diría que significa que nos han pillado.

—Me refería a la palabra. ¡Por supuesto que nos han pillado!

Percibí un cierto punto de irritación en su voz. La infalible Ana había dejado un cabo suelto, y nos habían pillado.

—¿Y cómo lo habrán hecho? — pregunté —. Nadie nos vio echar las octavillas.

—No lo sé, tal vez te hayan descubierto entrando en la tienda y te hayan seguido hasta casa; te advertí que podía ocurrir, y no me hiciste caso. De todos modos —

continuó —, este papel demuestra que mis sospechas son fundadas: la tienda, la conspiración, la organización… Espero que sirva por lo menos para convencerte—

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé. Tengo que pensarlo. ¿Has mirado esta mañana el buzón?

—¿Esta mañana? Sí, creo que sí.

—¿Crees que sí o estás seguro?

—No sé, Ana, no me acuerdo—

No, no había abierto el buzón al salir de casa. Y a la vuelta tampoco. Fue entonces cuando me entregué a la reconstrucción minuciosa de los hechos: el colegio, la tienda, la farmacia, el portero…

—Es decir, que el papel puede llevar ahí desde ayer por la tarde. ¡Qué desastre!

—¿Y eso es importante?

—Podría serlo… Tal vez nos diera alguna pista saber cuándo lo han echado. Da igual.

Me sorprendí extrañamente tranquilo. Tras casi una semana de tensión, a la espera de un posible mensaje, la certeza del papel, lejos de inquietarme, me provocó un inexplicable sosiego, una sensación casi de alivio. Todo resultaba tan irreal que creo que en aquel momento no era del todo consciente de lo que estaba ocurriendo. O tal vez fueran los efectos narcóticos del sobre (el prospecto desaconsejaba la conducción y el manejo de maquinaria mientras se administrara el medicamento). Ana, sin embargo, se puso a caminar nerviosamente por el salón, se mordía las uñas y luchaba denodadamente con el pelo que se le venía a la cara, con la misma ferocidad fingida que empleaba Tarzán con los cocodrilos. En un momento dado se llevó las manos a las sienes y comenzó a masajeárselas con suavidad.

—Veamos, ¿qué es lo que tenemos?

—De entrada tenemos un problema.

—¿Piensas ayudarme, o vas a pasarte el resto de la tarde ahí sentado pensando respuestas ingeniosas? — alcé las manos en señal de tregua —. Bien, ¿qué tenemos? —

repitió casi para sí, y fue enumerando con los dedos —. Tenemos dos papeles marrones con letras recortadas que han aparecido en tu buzón; tenemos un posible contacto que vive en tu casa; y tene…

—Un posible contacto que nos ha descubierto, no se te olvide.

Me fulminó con la mirada.

—Y tres: tenemos la tienda de palabras — hizo una pausa —. ¿Quién puede ser el contacto?, ¿no sospechas de nadie?

—No lo sé… A lo mejor son «las arsénico». El otro día me las crucé en la escalera y percibí un cierto brillo de perversidad en sus ojos…

Había una ligera sorna en mi comentario. Se trataba de dos ancianas inofensivas, dos viejecitas encantadoras, hermanas, que vivían en casa a temporadas, justo en la puerta de enfrente. Me las cruzaba casi a diario en el descansillo cuando salían a comprar protegiéndose la permanente con una redecilla. Se pasaban el día tendiendo ropa y acomodando un enorme plástico sobre las cuerdas. En privado las llamábamos «las arsénico por compasión».

—No creo que por ahí consigamos nada — dijo Ana —. La clave está en la tienda.

—Vale, esta vez te has superado.

—¿Qué quieres decir?

—La tienda. Acabas de descubrir que en la tienda está la clave de todo esto. Es fantástico.

—No solamente está la clave, sino que la tienda ahora es nuestra única posibilidad.

Tienes que volver mañana mismo. Y llevarás contigo el papel que ha aparecido en el buzón.

—¿El papel?, ¿para qué?

—Hay que retomar la iniciativa. Si el viejo está metido de alguna manera en la historia tenemos que saberlo ya.

—Ah, no. A mí no me metas en tus líos…

—Lo siento pero ya no son mis líos, y este papel lo demuestra — lo blandió como un billete premiado de lotería —. Quienquiera que esté detrás de todo este embrollo sabe quiénes somos y lo que buscamos.

—Ana, por favor, ni siquiera nosotros sabemos lo que buscamos.

Desistí. Discutir con Ana es plantear una batalla perdida de antemano.

seis

Fue un sueño extraño. Soñé que las letras desaparecían. Al principio la A, de forma casi imperceptible. Como si fuera achacable a pequeñas erratas, descuidos de los editores y los tipógrafos. Desaparecía de los rótulos de los bares, las farmacias, las mercerías, de los carteles que anunciaban las ofertas de los grandes almacenes. Aquí y all´. Pero n die, en ese momento, parecía dar importanci al hecho. Se vivía como un extr ño fenómeno, una anécdota inform tiva que ocupaba los últimos minutos de los teledi rios y la contraport d de los periódicos. Al cabo de un s sem nas la gente empezó a d rse cuenta de cómo las es comenzab n a des p recer t mbién de los libros, de los diccion rios, de l s secciones de nuncios por p l bras de los di rios. Y lo que en principio comenzó siendo lgo simplemente incómodo, se convirtió en un problem c da vez más al rmante.

Se consultó los expertos, se discutió la situ ción en foros y deb tes. El Gobierno de la n ción, y el resto de las instituciones, públicas y priv d s — yunt mientos, corpor ciones locales, fund ciones — decret ron medid s de protección. Las letr s eran cuid dos mente vigil das, custodi d s por gu rd s jur dos, policí s, vigilantes. Pero un así siguieron des p reciendo. Todos los esfuerzos p ra p r r quel extraño cńcer que fect b a l s letr s result ron b ldíos. Cu ndo y no qued b un sol en el pl net empezó ocurrir lo mismo con el r sto de l s voc les. Y sí f eron d s p r ci ndo tod s l s l tr s.

lg d sp s l s v c l s, t d s, h bń d j d d x st r…

Al dejar de existir las letras, con el tiempo dejaron también de pronunciarse. Los niños dejaron de aprenderlas en los colegios, y los mayores acabaron olvidando que en algún momento habían existido. Así, hubo que cambiar los nombres de las cosas. Y

perro, por ejemplo, comenzó a decirse Qrtb y comida, Mnsbt. Todavía nadie había conseguido encontrar un buen nombre para lámpara — los expertos lingüistas consultados, filólogos, académicos, seguían trabajando intensamente en ello —, así que la gente, cuando quería comprar una o arreglarla se limitaba a señalarla con el dedo, mientras abría la boca desmesuradamente, y hacía salir el aire.

Cuando sonó el despertador amanecí empapado en un sudor frío y traslúcido. Fue un sueño perturbador. Y aun cuando estuve seguro de que sólo había sido eso, un sueño, no conseguí superar una cierta

inquietud inexplicable. Me puse el termómetro y comprobé que tenía fiebre; treinta y ocho con tres.

Llamé por teléfono al colegio, me tomé otro de aquellos sobres inútiles como placebos y me rendí a la tradicional dejación laxa de los procesos gripales. Fue una especie de duermevela, la tierra de nadie que separa la consciencia de esos estados que

se definen con letras griegas: alfa, beta, gamma… Desde la cama, oí, lejano, el teléfono un par de veces. Escuché el chasquido del contestador tras el cuarto timbrazo. Y todo aquello me pareció lo correcto, lo ajustado al inevitable engranaje del universo girando con la legendaria precisión de un reloj suizo.

Después soñé que escribía en una máquina antigua, negra y pequeña. Las teclas eran redondas, del diámetro preciso de las yemas de mis dedos. Cada vez que pulsaba una se iniciaba un complejo mecanismo de ejes, piñones, levas y ruedas dentadas que acababa impulsando un pequeño cabezal contra el rodillo — tclak —. Continué escribiendo un rato, con una parsimonia enervante, hasta que se levantó lo que en principio era una simple brisa que creció y creció hasta hacerse un rugido persistente. El folio en el que escribía se convirtió de pronto en una enorme sábana blanca que se hinchaba como la vela de un bergantín, y flameaba por encima de mi cabeza, casi en el techo de la habitación. Me levantaba para cerrar una ventana, y entonces la sábana se desventaba y caía al suelo, inerte. Buscaba en aquella enorme superficie blanca lo que había escrito, pero estaba limpia, como recién lavada. De hecho, todavía un poco húmeda al tacto. Entonces acercaba la nariz para respirar su olor, y olía como los libros a principio de curso: a papel nuevo, recién impreso. Y me preocupaba pensar que allí, sobre el suelo, nunca se secaría del todo.

A eso de las dos me despertó el timbre del teléfono, que fue como la luz al otro lado del túnel, una vuelta a la lucidez. Era Ana. Tenía la nariz y los oídos taponados, los ojos llorosos, y un conato de dolor de cabeza que amenazaba con manifestarse en todo su esplendor en cualquier momento, pero la fiebre me había bajado. Ana vino a casa después de salir del banco, con el espíritu altruista de una enfermera voluntaria. Para entonces ya estaba lavado, afeitado, vestido, perfumado y vivía la ficción de presentar un aspecto saludable.

Salvo un rato que salí a la calle el domingo, pasé el fin de semana encerrado en casa, con la certeza del superviviente, y los sobres

anticatarrales y aspirinas. Vi la televisión, leí los periódicos, dormí, vi más la televisión, jugué a las cartas, hablé, dormí, empecé a comer a las horas, dormí y, no sé exactamente cómo, Ana consiguió que volviéramos al asunto de la conspiración. Era sábado por la tarde, casi noche en realidad, y estábamos haciendo una merienda cena en el cuarto de estar, bajo la gotera cuyos bordes empezaban a amarillear. El proceso de una gotera, lo digo por experiencia, es similar al de un cardenal. Pasa por una serie de gamas cromáticas que van desde el gris oscuro al marrón arcilloso. Y sólo entonces es cuando vienen los pintores. Sobre la mesa, un plato

de sándwiches que Ana había comprado en la panadería, y los dos mensajes que habían aparecido en el buzón.

—A ver —decía Ana—, otra hipótesis. Hasta ahora hemos pensado que todo era un error, que alguien se había confundido de buzón, ¿de acuerdo? Pero ¿qué tal si los papeles estuvieran dirigidos a ti desde el principio?

—¿A mí?, ¿por qué?

Fue un balbuceo tan ostensible que pensé que lo estaba haciendo a propósito. Abrió la boca, pronunció algo ininteligible, trastabilló, hizo un gesto conmiserativo con las manos y continuó.

—No… No lo sé, se trata sólo de una idea.

—Temo tus ideas.

Tenía una voz nasal, gomosa, que me retumbaba dentro de la cabeza como un panal de avispas. Era como si la rana Gustavo me hubiera poseído.

—Bien, pero en ese caso, si los mensajes fueran dirigidos a ti, quiere decir que tendríamos que tener la llave para descifrarlos.

—No te entiendo.

—Me refiero —dijo Ana— a que tal vez las palabras contengan algún significado, algo que se nos esté escapando. Pensemos un momento: la primera palabra era MURGIFLAR — cogió el papel de la mesa e intentó estirarlo pasando el dedo por los dobleces con suavidad —, una palabra que no existe, inventada, pero también llamativa; tal vez se tratara de una especie de cebo para atraerte a la tienda.

—Pues, si era un cebo, desde luego funcionó.

—Y ahora tenemos AFALAGAR, que tampoco está en el diccionario. ¿No te parece extraño?

—Bueno —era una especie de abstención.

—Estoy segura de que ninguna ha sido elegida por casualidad, son demasiado…

rebuscadas.

—Puede que tengas razón.

—Ya, pero ¿cuál será la clave?

Volvió a colocar las palabras sobre la mesa. Y nos quedamos un momento callados.

—Espera, ¿por qué no intentamos el truco de los primos lejanos? —dije de repente con una decisión que me sorprendió.

—¿Eso de cambiar las letras de sitio?

—Exacto. La última vez que fui a la tienda Matías me explicó cómo se hace. Es fácil: se parte de una palabra y vemos qué otras palabras pueden sacarse combinando sus letras. Si esconden alguna clave, la encontraremos.

Saqué lápiz y papel. Escribí MURGIFLAR, y luego recorté las letras como había hecho el abuelo de Matías con BRAMULE. Y comenzamos a jugar sobre la mesa. Era la primera vez que lo hacíamos, y nos llevó tiempo. El resultado, tres o cuatro estornudos más tarde, fue bastante decepcionante. Cambiábamos las letras de sitio sin conseguir llegar a ninguna parte:

FRAGIL RUM

GRALFIMUR

MUGIR RALF

El problema, a mi juicio, es que es una palabra que no tiene suficientes vocales. Algo parecido ocurrió, después, con AFALAGAR: sólo aes, como las palabras que Matías había intentado venderme. De pronto todo parecía guardar una cierta relación: la tienda, las palabras, los mensajes… Aun así el resultado al principio pareció igualmente descorazonador:

ALAR GAFA

ALARGAR FA

GAFA RALA



LA RAFAGA

¡La ráfaga!, algo con sentido. Resultó divertido dar con ello pero inútil para nuestros propósitos. Sin embargo, fue Ana quien se dio cuenta, casi enseguida, aunque una vez que lo dijo pareció tan evidente que resultaba ridículo no haber caído desde el principio. Combinando las letras de AFALAGAR se conseguía también A LA FARGA.

Nos miramos los dos en silencio unos segundos, un tanto desconcertados: A. la Farga.

Era una de las iniciales y el apellido de José Antonio la Farga, uno de los empresarios más preeminentes del país. Propietario de empresas constructoras, complejos turísticos y hoteleros, presidente de varios consejos de administración, y dueño de una de las colecciones privadas de códices, manuscritos e incunables más importantes del país y, posiblemente, del mundo. En los últimos meses había cobrado cierta notoriedad en las revistas al atribuírsele un tórrido romance con Patricia Bárcena, una conocida modelo y presentadora de televisión asidua a fiestas, *glamour* y oropeles.

—¿Una casualidad? —pregunté.

—¿Otra? —se limitó a decir Ana. Desde luego, si necesitábamos un millonario sospechoso de ensartar palabras en álbumes para enseñárselas a sus amigos en la biblioteca, La Farga era el hombre ideal —. En cuanto puedas tienes que volver a la tienda y llevarle el papel a Matías. Si está implicado, se delatará.

José Antonio la Farga. Todo aquello era muy extraño. También podía ser un cúmulo de casualidades. Pero las coincidencias comenzaban a ser demasiado inquietantes.

Si no hubiera sido por la monótona persistencia del gris, consistente

como el cemento, probablemente habría bajado a desayunar a la calle para celebrar mi recién inaugurado bienestar. Me habría sentado en un café, a leer un rato el periódico, igual que un dandy de principios de siglo. Pero el gris se extendía por todas partes: toda una gama de grises oscuros y claros. En las aceras, grises; en las fachadas, grises. Grises las calles, grises las nubes, grises las conversaciones y los encuentros casuales. El gris cubría los autobuses y las señales de tráfico. Contagiaba de gris los abrigos, los babis de los niños camino del colegio, los rostros soñolientos de los que caminaban, como

zombis, hacia el metro. Los balcones, grises, y las ventanas de cristales empañados. Un gris plomizo que amenazaba lluvia. Eso era todo lo que se veía: un paisaje dibujado a lápiz. Un lunes gris, brumoso.

¡TLING!

Cuando, a última hora de la mañana, me acerqué a la tienda ocurrió algo para lo que no estaba preparado. Entré y no vi a Matías por ninguna parte. La tienda parecía estar vacía. Todo en su sitio, eso sí, o al menos todo parecía responder al desorden habitual.

Incluso la estufa estaba encendida, en un rincón. Pero definitivamente Matías no estaba.

—¡Hola!… —Nadie respondió—. ¿Hola?…

¿Había huido apresuradamente? Desde luego no había señales visibles de que nada extraño hubiera ocurrido. Apenas fue un segundo, pero tuve la tentación de aprovechar su ausencia para moverme entre las palabras sin cicerone. Curiosear a mi aire por las estanterías y buscar respuestas en aquellos anaqueles y montones de papel.

¡TLING!

Sólo estaba parado allí, en medio de la tienda, pero aun así sentí que había sido sorprendido. Y no pude evitar un respingo.

—Siento haberle asustado; estaba ahí enfrente, en la papelería, y le he visto entrar.

—Tenía la puerta abierta —balbucí a modo de disculpa.

—Cuando voy a la papelería nunca echo el cierre. Veo perfectamente la tienda desde allí, y así no tengo que andar a vueltas con las llaves — Matías se sacudió cuidadosamente los pies de serrín en una especie de bayeta que había puesto en la entrada, y se dirigió hasta la mesa, al

fondo de la tienda, donde dejó el pequeño paquete que traía. Se frotó las manos, una contra otra, con fruición, y me miró desde el otro lado del mostrador —. Hace frío, ¿eh?

—Sí, la verdad es que sí.

—Todavía no he terminado sus primos lejanos; no le esperaba tan pronto…

—No se preocupe, en realidad sólo pasaba por aquí…

—De todos modos, si quiere puede ver lo que he encontrado. Una buena palabra, ABECEDARIO, con muchas posibilidades. Me he topado con sorpresas inesperadas. Ha sido un juego verdaderamente prolífico.

Sacó de alguna parte una caja de cartón, y de su interior una serie de papeles a los que hizo hueco sobre el mostrador.

BEODA RECAÍ

ACEBO DE IRA

ABAD; OÍ, RECÉ

ABRACÉ, ODIÉ

—Parece increíble, ¿verdad? Sólo con las letras de la palabra ABECEDARIO.

Encontré también un diálogo que, a mí al menos, me resulta muy divertido. A ver si aparece… — buscó en la caja —. Aquí está:

—¡OÍD A REBECA!

—ACABÉ DE OÍR…

»Pero lo que más me gusta es lo siguiente, vea.

Me tendió una hoja de un papel especial, que no sé si se llama «papel tela». Era del mismo tipo que el que usa mi madre para escribir cartas. Hacía tiempo que no recordaba aquel cajón, el segundo del aparador, donde guarda las cosas de escribir, el

«recado» como se decía antiguamente: sobres engomados, papel tela y una cajita de cerillas con los sellos. En el cajón de arriba se guardan las medicinas, y en los dos de abajo los manteles y las servilletas.

Sobre el aparador, flanqueada por dos candelabros con velas rojas de plástico, estaba, supongo que seguirá estando, mi foto de comunión: flequillo a tazón, mirada de arrobo perdida supuestamente en un misal de nácar que sostengo en las manos, y un traje con hombreras y charreteras con una cruz de Calatrava en el pecho. No me acordaba, naturalmente, pero ese día debí de sentirme como un húsar de coraceros, como el príncipe de Cenicienta.

—¿Qué le parece? —preguntó Matías.

Volví al papel que tenía en la mano, donde había escritas cinco frases con letras mayúsculas, bastante historiadas. Lo cierto es que el resultado era ingenioso. Cinco líneas de primos lejanos que, después de nuestra baldía experiencia con AFALAGAR, valoré de un modo especial.

ABECE DARIO

ABECE RADIÓ

ABECE ARDIÓ

ABECE RAÍDO

ABECE ODIAR

—Fantástico, ¿verdad? Cinco letras y cinco significados.

—Sí, está muy bien.

—Es como una especie de proceso de desmembramiento. Las palabras se dinamitan primero para reconstruirlas después piedra a piedra: las letras se asemejan a piezas de un gigantesco puzle que encajan en distintas posiciones. Dependiendo de cómo las coloquemos saldrá una marina, un paisaje nevado, o un bodegón… Mire este texto, es una especie de cabriola lingüística. Partiendo de la palabra Gato, mezclando letras aquí y allá, aparecen nuevas palabras: toflegató, flechagató…

con la g, con la a, con la t, con la ó,

con la gá, con la tó,

con la Otag, con la Gog,

con la Togá, con la Gaté y con el Tog

así toflegató y así flechagató:

Oteagé, geateó, ategeá, atetó.

Un desletrado gato ya su meta alcanzó.

»Un gato desletrado, ¿entiende lo que le decía? Desletrar, es una buena manera de explicarlo.

—Una buena manera —repetí como un autómata.

—¿Recuerda el libro de Queneau que vimos el otro día?

—Sí, claro.

—Pues quería que reparara un momento en otra de las historias.

Precisamente acababa de fijarme en el libro. Lo había visto sobre la mesa, al fondo de la tienda. Estaba abierto y vuelto del revés. Matías fue por él y me lo entregó por la página señalada.

ANAGRAMAS

En el S, a una rhoa de tracofi un poti de tesnivéis ñaos, que etine un ragol lloecu y un brerosom nadoador con un drocon en lugar ed tinca, ñaerí con roto jrevoia que le casuaba de pujemarle triavulonamente. Habiendo irqueollado así, se ciprepita sobre una zalpa rilbe…

Dejé de leer y encogí los hombros en busca de ayuda.

—¿Es la historia del chico del autobús? — pregunté.

—Ajá —asintió con la cabeza.

—Pues incluso sabiendo lo que cuenta hay palabras que me cuesta mucho entender.

—¿Recuerda el día que hablamos de los lenguajes inventados?

—Sí…

—Pues aquí tiene otro nuevo. Esta vez el juego es un poco más perverso. No son exactamente palabras inventadas sino palabras desletradas. Se trata de desordenar las letras, alterarlas en su orden lógico, de modo que el mensaje quede de alguna manera latente, oculto. Sólo quien descubre la clave, quien logra interpretar las nuevas reglas del juego es capaz de entender el significado. En el texto de

Queneau lo único que hay que hacer es reordenar adecuadamente las sílabas:

En el S, a una hora de tráfico un tipo de unos veintiséis años, que tiene un largo cuello y un sombrero adornado con un cordón en lugar de una cinta…

»¿Lo ve? —dijo Matías—: NADOADOR oculta ADORNADO, y BREROSOM, SOMBRERO. Basta con buscar la primera sílaba, y combinar las siguientes delante y detrás. Eh… — buscó una palabra en el texto —: NU-BLA-DO, por ejemplo, se convertirá en BLA-NU-DO…

Me preocupó el cariz que estaba tomando la conversación. ¿Sabía Matías algo del mensaje en el buzón? ¿Intentaba darme pistas para resolver el segundo mensaje? ¿Cuál era su papel en toda esta historia? Visto ahora, con el privilegio de la distancia, pienso en lo lejos que estaba entonces de la verdad, en las vueltas que todavía daría aquel embrollo. Intenté ganar tiempo buscando otras palabras en el texto de Queneau.

—¿Y PUJEMARLE?

—Está construida de distinta manera, pero suena bien, ¿no? En este caso coloca la primera sílaba, EM, en el centro; la segunda, PU, a la izquierda, y las dos restantes, ARLE, a la derecha, cambiando la J de lugar. El trabajo de dinamitero permite decenas de posibilidades. Un poco más abajo, véalo, convierte PLAZA en ZAPLA y LIBRE en RILBE.

—No consigo entender TRIAVULONAMENTE…

—Déjeme ver. —Le entregué el libro —. Creo que la palabra original es VOLUNTARIAMENTE; esta vez parece haberla trastocado del todo.

—Es decir, que el juego consiste en esconder en lo posible el sentido.

—El juego consiste en jugar, simplemente. Se trata, como siempre, de un mero divertimento. Pervertir el significado, cambiar la realidad. ¿Volvemos a los clásicos?

Mire.

Del interior del libro sacó una cuartilla doblada, escrita a mano. Y la colocó sobre el mostrador con una media sonrisa intrigante.

NE UN GARLU ED AL CHAMAN ED YOCU BRENOM ON

ROQUIE MUCORADAR ON HA CHOMU POTIEM QUE VIAVI

UN DALHIGO ED SOL ED ZALAN NE ROTIASLLE, DARAGA

TIANGUA, CINRO COFLA Y GOGAL RRECODOR.

—Es *El Quijote*, naturalmente: «En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme»… ¿Sabía que Julio César enviaba los mensajes sustituyendo unas letras por otras? Cambiaba cada una por la que está tres lugares después en el alfabeto.

Así la A se convertía en D, la B en E, y la C en F… Algo bastante simple, pero posiblemente eficaz en aquel momento.

—Curioso…

—¿Nunca ha jugado al «Ti-pi»?

—No, creo que no.

—Es un juego infantil, una especie de lenguaje secreto que consiste en introducir detrás de cada sílaba una P, por ejemplo, o cualquier otra letra, seguida de la última vocal.

—Parece complicado.

—En absoluto. Por ejemplo BUENAS NOCHES en «Ti-pi» se convertiría en BUEPENAPAS NOPOCHEPES. Es una manera de impedir que quien no esté familiarizado con la clave entienda lo que decimos. Divertido, ¿no?, como usted dice…

—Desde luego.

—Pues aquí tiene otra posibilidad: coleccionar códigos — Matías se quedó un segundo callado —, palabras dinamitadas, desletradas…

Me refugié en la hoja de papel que todavía tenía en la mano. Había decidido dejar pasar el tiempo, esperando el momento en que, de una manera sutil, pudiera sacar el papel marrón. Pero debo reconocer que, al final, planteé el asunto con cierta brusquedad.

—Qué tal su constipado, hablando de todo un poco…

—Bien, gracias, ya estoy casi bien… He traído una cosa que me gustaría que viera.

Es… — dudé — un regalo que me han hecho…

Saqué el papel del bolsillo de la camisa, lo desdoblé y lo puse sobre un montón de papeles y cajas en el mostrador. Ana había insistido en que tomara nota mental de todas y cada una de sus reacciones; el más imperceptible gesto de inquietud, de asombro o

complicidad. Ocurrió que Matías se puso las gafas en el borde mismo de la nariz, y observó el papel con atención. Sólo después lo cogió con cierta liturgia.

AfaLAGAR

—Interesante palabra, y muy antigua. No le pregunto de dónde la ha sacado, porque no es procedente preguntar esas cosas.

—Es un regalo.

—Un regalo bastante original.

Si había traslucido la más mínima emoción, más allá del simple interés o curiosidad profesional, yo no había sido capaz de captarla. Así que improvisé:

—¿Qué significa?

Era improbable que respondiera que se trataba de una contraseña, de una clave o un mensaje secreto, pero aun así esperé su respuesta con cierta prevención.

—Es una forma verbal un tanto arcaica. Se utilizaba como HALAGAR y puede que tenga tres o cuatro siglos.

—¿Tres o cuatro siglos?

—No este papel, naturalmente. Hablo de la palabra. Es contemporánea, por ejemplo, de DEXEMPLAR… RAYZ… Espere, le voy a mostrar algo.

Se acercó a una de las estanterías y alcanzó una especie de álbum encuadernado en tela que quedaba por encima de su cabeza y que, al cogerlo, estuvo a punto de caer al suelo. Hice ademán de ayudarle pero no hubo necesidad. El libro acabó posado en sus brazos como un bebé o un gatito revoltoso.

—¿Ve?, por no coger la escalera. Así suceden las cosas. — Acarició el libro, con mimo —. Mire, aquí guardo las palabras caídas en desuso. Una especie de galería de fantasmas.

Lo depositó sobre el mostrador y lo giró hacia mí para que pudiera verlo. Al abrirlo me di cuenta de que las páginas, separadas con papel cebolla, eran de cartulina negra gruesa, y de que tenían pequeños compartimentos, fabricados también con tiras de

cartón, que aparecían llenos de palabras. En la cubierta había pegado un papel en el que se leía:

Palabras antiguas o en desuso

Fui pasando las hojas con cuidado. Allí estaban palabras extrañas, irreales, como açofar, enxuto, boyar, scelesto…

—Aquí las tiene —dijo Matías—. Como fósiles de dinosaurios; han dejado su huella impresa en libros y publicaciones antiguas, pero han acabado por extinguirse. Es una pena.

—¿Qué significa boyar?

—Curiosa, ¿verdad?; significaba FLOTAR, alrededor de 1800… También hay palabras que acaban evolucionando, transformándose para poder sobrevivir. Deje que le busque alguna.

Revolvió durante unos segundos en una de las cajas que había sobre la mesa y acabó depositando sobre el mostrador una palabra que a primera vista parecía bastante antigua. Sin embargo, su significado era indudablemente actual.

Azafata

—Preciosa, ¿eh? Y sólo utiliza aes. ¿Qué cree que significa?

—Auxiliar de vuelo o algo así, ¿no?; trabajan en los aviones. Bueno, y también en congresos y convenciones…

Matías escuchó la definición asintiendo con ligeros movimientos de cabeza.

—Exacto, eso es lo que significa en la actualidad. Pero antiguamente la azafata era la criada que se encargaba de los vestidos y alhajas de la reina. Cambió de significado adaptándose a los tiempos. Otras palabras, sin cambiar su significado, evolucionan, pierden letras o las transforman.

FREQÜENCIA

EXERCITARSE

QUALES

AYRE

INSTABLE

»Estas palabras tienen casi dos siglos. Como ve, con el tiempo la Q_ha sido sustituida por la C, la X por la J, la Y por la I. Son las tatarabuelas de palabras actuales que, a buen seguro, habrá reconocido: frecuencia, ejercitarse, cuales, aire, inestable…

—La verdad es que no tenía ni idea de que hubiera también en las palabras una evolución natural.

—Y a veces en distintas direcciones. ALTURA y ALTAR, por ejemplo, pertenecen a la misma familia. Como ACTOR y AUTORIDAD o PACTO y PAZ. Otras, aun compartiendo el mismo origen, se han alejado todavía más: PACIFICADOR y PACIFISTA, BOTICA y BODEGA… De CORTE no sólo se deriva CORTESANA, sino también CORTES, por ejemplo.

»Todas estas palabras conservan cierto parecido, cierta impronta familiar. Rasgos comunes como los lunares, la nariz aguileña, o las cejas picudas. PLANO y LLANO, pese a ser distintas, conservan el aire de familia… ¿qué le parece?

—Interesante.

—Las palabras, como seres vivos que son, tienen su propio ciclo vital: nacen, se extiende su uso, se popularizan, algunas se reproducen, caen en desuso y muchas, finalmente, desaparecen. Es ley de vida. Acaban en los anaqueles de las tiendas de palabras usadas para disfrute de los coleccionistas.

El silencio se adueñó de la tienda. Escuché el tictac del reloj, lejano e hipnótico.

Matías se había quedado callado, como tantas otras veces. Ahora sé que en aquella ocasión intentaba vencer un recelo justificado.

—Venga por aquí, quiero enseñarle algo.

Me hizo una señal con la mano para que pasara al otro lado del mostrador. Me di cuenta de que era mi sexta o séptima visita a la tienda, y de que nunca había sido invitado al otro lado de la frontera que marcaba el mostrador. A esa tierra ignota de los descubridores

que vislumbraba pero que era dominio exclusivo de Matías. Le seguí

hacia la trastienda sorteando montones de papeles, revistas, cajas de recortes… Fue divertido descubrir la tienda desde esa nueva perspectiva: el mostrador, la silla atestada de papeles, la calle, enmarcada en el escaparate como una pintura impresionista…

El suelo, de madera, crujía al caminar sobre él, igual que si protestara por la intromisión. Al fondo, en un recodo a la izquierda, oculta detrás de una columna y justo al lado de la pequeña mesa donde estaban el teléfono y el flexo, se abría en el suelo una trampilla de madera que Matías levantó, asegurándola a la pared con una fina y oxidada cadena atornillada al muro.

—Tenga cuidado al bajar.

Accionó un interruptor y bajó siete u ocho escalones hasta un sótano iluminado con tres bombillas desnudas. Le seguí, guiándome con la mano por la pared, y descubrí una estancia tan grande como la tienda, ocupada por enormes cajas de cartón, cuadros amontonados, estantes con botes llenos de letras, palabras… Y, a la izquierda, un enorme archivador de madera clara que prácticamente llegaba de pared a pared. Tenía decenas de cajones rectangulares, como los de las bibliotecas, con pequeños letreros donde se leían anotaciones respecto al contenido. El suelo era de terrazo y las paredes de yeso desnudo, carentes de adornos. Hacía frío, un frío húmedo y penetrante que se colaba hasta los huesos. Matías se había parado en medio de la habitación, como si fuera un guía esperando al grupo de turistas. Su voz allí abajo sonaba extraña, con una resonancia profunda y misteriosa.

—Todo esto está lleno de palabras… Es una especie de museo, una labor que comenzó mi abuelo, prosiguió mi padre y ahora continúo yo. En estos ficheros se conservan palabras de todo tipo. Palabras singulares y de uso común; palabras perdidas, desaparecidas, extrañas… Palabras que en su día no fueron más que una moda pasajera, y palabras sólidas como rocas que desafían el paso del tiempo. Aquí está la A. — Abrió uno de los cajones y extrajo cinco o seis pequeños sobres con palabras en su interior —. Escuche: ABABOL, ABALGAR, ABASTANZA, ABITAQUE… ¿Qué le parecen?

Me había quedado sin habla. La conspiración de Ana se materializaba de pronto ante mis ojos: el ladrón de palabras. Había llegado a su guarida y contemplaba sus tesoros, amontonados como en la cueva de Alí Babá.

—Y dentro de cada sobre guardo los significados, las distintas acepciones, y recortes de periódicos donde aparece la palabra, o fragmentos de texto. Allí al fondo, en aquellos

archivadores, conservo las palabras ordenadas por años; venga. Cuidado con la cabeza

— dijo, indicándome una de las bombillas.

Sobre nosotros, a una altura que se podía alcanzar con la mano, se veían las vigas de madera desnuda que sujetaban el entarimado del piso superior. Le seguí hasta el fondo de la estancia.

—Mire, aquí están guardadas las palabras más utilizadas a lo largo del siglo. Es como quien guarda sellos o monedas nuevas confiando en que el paso del tiempo las acabe convirtiendo en objetos valiosos. Éste es el fichero que va desde 1900 a 1910.

Del archivador sacó uno de los cajones, que se deslizó suavemente por las guías de madera.

PALABRAS MÁS USUALES

(1900-1910)

Acerqué la mano para tocar alguna de aquellas palabras, primorosamente recortadas y ordenadas.

Despotismo, proletario, industrialismo,

propiedad, capitalismo

Las leía en voz alta según las iba pasando. Allí estaban, centenares de palabras que habían quedado atrapadas en el tiempo, como insectos en gotas de resina. De vez en cuando me topaba con una que llamaba mi atención.

—Mire, fonógrafo.

—Y biplano —dijo Matías señalándola —. Las palabras sufren también el imperativo de las modas. Son el reflejo de su tiempo, de lo que se escribe y habla, de lo que se descubre o publica, de lo que se discute en los cafés y en las plazas; en suma, de lo que preocupa a la gente…

—Pero hay muchas que parecen modernas — señalé algunas —: **silicona**, sumergible, audífono…

Más que hablar, susurraba. Era ese tono de voz que denota recogimiento. Una voz apagada, proyectada con sordina, temerosa de sobreponerse a la singularidad, la fragilidad de lo que se contempla.

—Pues aunque parezcan lozanas tienen casi un siglo. Muchas de ellas tienen que ver, naturalmente, con inventos o descubrimientos de la época que siguen utilizándose en la actualidad. Pero otras no han tenido tanta suerte. — Me señaló una —. Mire ésta: agiotismo, ¿la ha oído alguna vez?

—No, la verdad es que no.

—Desapareció del uso cotidiano. Es posible que continúe figurando en algunos diccionarios pero prácticamente no se utiliza. Se ha convertido en una pieza de museo.

¿Le apetece ver el de los años veinte?

Abrió otro de aquellos cajoncitos. Y, ordenadas de la misma manera, estaban guardadas palabras como prebélica, huelga, soldado, ofensiva, ejército… pero también taladro, vitaminas, **tecnicolor**…

Contemplar aquellas palabras, tenerlas al alcance de la mano, me producía una profunda impresión. Era como si hubiera abierto el cajón secreto de la abuela. Aquél donde guardaba la caja de madera llena de tesoros inesperados: botones, broches, monedas, cajas antiguas… O, mejor, el álbum de fotos, el de las tapas rojas. Centenares de fotos de bordes aserrados, repletas de instantes rescatados del olvido. Nombres lejanos, lugares, apellidos, rostros que nos resultan remotamente familiares. Recuerdos huidizos que permanecen adormilados en nuestra memoria, como las excursiones de fin de curso, las vacaciones en el pueblo, o el patio de la fuente, donde dejamos nuestra infancia abandonada (negro sobre blanco), pespuntada de carreras sin fin, álbumes de cromos y pantalones cortos, de tergal, que enmarcaban cuatro dedos de rodilla, entre el dobladillo y el borde de los calcetines.

Durante un rato me paseé por la historia del presente siglo a través de las palabras, como en esos documentales de imágenes de archivo que ponen en televisión. Abrí el fichero de los años cuarenta. Allí estaban guerra, totalitarismo, confinamiento, invasión, *sirenas*, VICTORIA, y también **SANGRE**, valor y Resistencia. En los cincuenta encontré palabras como **pacificación**, ***reconstrucción***, PROTONES, nuclear, **fisión**, restaurar, vacaciones. En la década de los sesenta: píldora, masificación, *PLANIFICACIÓN*, pornografía, burocracia y beatlemanía… Y en la de los setenta, tercermundista, DEMOGRAFÍA, hambruna, drogadicto, electrónica, informática, pluralismo…

—El de los noventa —me interrumpió Matías — todavía no lo tengo terminado. De hecho casi todas las semanas guardo alguna palabra.

En el último cajón encontré palabras conocidas, recientes, acabadas a flor de cuño, como las monedas: sida, globalización, polución, integrismo, subsidio, cumbre, xenofobia, *eurodólar*, opinión, estrés…

—Es un trabajo de arqueología. Desenterramos las palabras de sus yacimientos (periódicos, libros, revistas) y nos cuentan cómo eran y qué pensaban los hombres y mujeres que las utilizaban: cómo se llamaban las máquinas que usaban, qué ropa vestían y lo que ocurría. ¿Le suenan *polisón, miriñaque, velocípedo*?

—Sí, me suenan, pero tengo dudas respecto a lo que significan.

—Y jamás las habrá utilizado. Son palabras que han desaparecido, porque aquello que nombran ha caído también en desuso.

—Piezas de museo.

—Exacto. Me alegro de que le gusten, porque es un trabajo bastante poco agradecido. Bueno — se palmeó los muslos —, pues ya conoce mi particular museo. El sanctasanctórum, podríamos decir. No sé si habrá leído un cuento de Umberto Eco que se titula «Memoria del silencio». — Negué con la cabeza esperando una confesión completa —. Cuenta la historia de unos monjes que guardan palabras… Al final todo acaba ardiendo, y las palabras se pierden irremisiblemente porque ellos han hecho voto de silencio. En cuanto acabé de leer el cuento fui corriendo a comprar un extintor, ja, ja… En fin, si no quiere ver nada más, podemos volver arriba. Aquí hace demasiado frío…

Subimos las escaleras y volvió a cerrar la trampilla, que cayó con un sonido hueco.

La visita al museo de las palabras me había dejado un tanto trastornado. No sabía qué hacer ni cómo comportarme. Todas las sospechas de Ana, sus suposiciones, sus recelos infantiles se habían vuelto, de pronto, verosímiles. Fue como si paseando por el bosque, hubiera descubierto la casa de los siete enanitos. Algo imprevisto, imprevisible.

—¿Le apetece que prepare un café?

—No, hoy no, gracias —dije mirando el reloj —. No creí que fuera tan tarde…

—Le había guardado algunas palabras singulares, de las que hablamos el jueves.

—Otro día las veré, no se preocupe.

■

Mientras hablaba me acercaba a la calle. Recogí mi paraguas y la gabardina y me encaminé hacia la puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Matías.

—No es nada. Tal vez haya cogido frío en el sótano. Volveré otro día.

—Como quiera; aquí me encontrará — abrí la puerta y me dispuse a salir —… o en la papelería, ya sabe.

Llegué hasta casa caminando con paso firme, bajo la lluvia. ¿Qué significaba todo aquello? Me pregunto por qué en aquel momento no me sentí sorprendido ni siquiera preocupado. En realidad era como si lo hubiera estado esperando, como si hubiera vivido siempre con la secreta certeza de que aquello acabaría ocurriendo, de que Matías terminaría por desenmascarar su juego más tarde o más temprano. Subí a casa y recibí la bocanada de calor que exhalaba la calefacción con la misma complacencia que un gato friolero. Sentado en el sillón, con los ojos cerrados, recordé el nombre del abad, y el de Matías, enfrentados sobre una clave acusadora.

ZAGRO

ORGAZ

GUARDIÁN DE PALABRAS LADRÓN DE PALABRAS

Pero ¿realmente existía alguna diferencia entre ellos? O más bien eran las dos caras de la misma moneda. Como los dioses de la Antigüedad: protectores y perversos al tiempo, la faz amable y el rostro destructor…

—¿Qué haces aquí? —se sorprendió Ana.

—Esperarte…

Debió de percibir algún indicio en mi rostro. Un signo delator. Había ido a buscarla al banco y acababa de salir por la puerta de los empleados.

—¿Has estado en la tienda, no?

—Es Matías.

—¡Cómo que es Matías!

—Me ha enseñado un sótano en la tienda lleno hasta arriba de palabras.

—¿Un sótano lleno de palabras?

—Le he dado el papel, con la palabra clave, y me ha bajado al sótano. Es él, Ana.

—Espera, cuéntamelo despacio.

Le expliqué todo. Lo del papel y las palabras desaparecidas, la visita al sótano y el archivador. Cuando llegamos a casa nos cruzamos en el portal con «las arsénico» y nos sonrieron cortésmente.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijimos Ana y yo casi al unísono bajando la voz.

Salieron a la calle sin mirarnos. Pero intuí en su actitud un tono de reserva, un cierto desdén. Subimos callados hasta casa. Y, nada más cerrar la puerta, Ana continuó hablando un poco atropelladamente.

—¿Y dices que las tiene guardadas en un archivador?

—Exacto, un archivador que contiene miles de palabras, todas las palabras.

Antiguas, desaparecidas, caídas en desuso… Ordenadas por décadas. El tío tiene guardadas las palabras de todo el siglo. Tenías razón.

—Tranquilízate.

—Me habló del cuento de Umberto Eco. La organización existe. Retiran palabras y las guardan. Tal vez se las vendan a millonarios que las conservan en álbumes, ensartadas como mariposas. Gente como La Farga. Poseer las palabras les permite

poseer el poder sobre las cosas, los objetos, los sentimientos. Si nos quedamos sin palabras acabaremos por no entendernos.

—Espera, no nos precipitemos.

—Anoche tuve un sueño. Las letras desaparecían y había que cambiar los nombres.

Si desaparecen las palabras, aquello que nombran dejará también de existir; ¿sabes lo que es un polisón, un velocípedo?

—No.

—¿Ves? No te dicen nada. Se han convertido en palabras vacías, sin significado.

Ana, ¿no te das cuenta? Todo cuadra. Es exactamente como tú lo contabas: los papeles en los buzones, los mensajes en clave.

—Escucha.

—La conspiración.

—Espera.

—Exactamente lo que tú contaste. Entonces no te creí, pero es como lo

contaste. Y

además da igual. Si no hay organización, si no hay conspiración ni millonarios excéntricos, el hecho es que Matías tiene un sótano entero lleno de palabras, como en el cuento de los monjes. ¿Qué pasará con las palabras si decide traspasar la tienda?, ¿o si se jubila?, ¿o si hay un incendio? ¿Sabes que después de leer el cuento de Umberto Eco compró un extintor? Nadie tiene derecho a acaparar palabras…

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ana.

siete

—¿Robar en la tienda? ¿Te has vuelto loco?

Habían pasado tres días desde mi última visita. Durante ese tiempo una idea me rondaba la cabeza de forma casi obsesiva: robar las palabras. Incluso había pergeñado un plan, tan sencillo en apariencia que dudaba que sirviera. Pero la actitud de Ana me sorprendió. Resultaba extraño que después de intentar convencerme desde el principio de la conspiración de las palabras se arrugara ahora que había que pasar a la acción. Sus reticencias, eso es lo que recuerdo con mayor intensidad de aquellos días. El resto es bastante confuso. No soy capaz de ordenar con claridad la cronología exacta de lo que sucedió, porque todo se precipitó de una manera un tanto atropellada y caótica.

Después de medir cuidadosamente cada paso, de planificar de forma concienzuda cada una de las decisiones que habría de tomar, al final nada salió como había planeado.

—Robar las palabras es la única manera de recuperarlas.

—Sabrás que es delito. Robar en las tiendas es delito.

—¿Y quién nos va a denunciar? ¿La Farga? ¿Matías? ¿Te imaginas que alguien llegue a una comisaría para denunciar un robo de palabras? ¿Quién iba a hacerle caso?

—Te escucho y no puedo creer que estés hablando en serio. ¿Y si te sorprenden dentro, te imaginas?

Ana tenía razón. Ni yo mismo me reconocía en aquella actitud de firme determinación. Pero estaba decidido. Me había convencido de

que era la única solución, liberar las palabras de su cautividad mortecina y sacarlas de nuevo a la luz, como los tesoros arqueológicos de la Antigüedad remota. Igual que Robin Hood, me tocaba ahora robar a los ricos, los acaparadores, los agiotistas (había buscado la palabra en el diccionario) para después hacer no se sabe muy bien qué con el botín. Ana también se dio cuenta de ese detalle.

—¿Y qué vas a hacer cuando tengas las palabras en tu poder?

—No lo sé, ya se nos ocurrirá algo. De momento lo importante es hacerse con ellas.

—Te propongo un trato —dijo, conciliadora —: sigamos primero la pista de La Farga, y luego veremos si robamos la tienda o no, ¿vale?

—Hablando de La Farga, también tengo una sorpresa para él. Mira.

Saqué un papel marrón, doblado en dos, con letras recortadas, como en las películas de espías, que decía:

ROnDaLLa

Ana cogió el papel en la mano y se quedó lívida. Todavía se tomó unos segundos antes de preguntar.

—¿Rondalla? —me miró con perplejidad —. ¿Ha aparecido otro papel en el buzón?

—No. Esta vez el mensaje lo remitimos nosotros. Estuve ayer dándole vueltas.

Buscaba algo definitivo, que no dejara lugar a dudas. Prueba a jugar con las letras.

—Te has vuelto loco —espació cada una de las sílabas de lo que acababa de decir, como una logopeda en ejercicio.

—Estoy cansado de que jueguen con nosotros. Creo que nos toca mover. Mira las letras, en serio.

Ana estuvo unos minutos combinando las letras mentalmente. Pero se rindió antes de dar con la solución. Me habría encantado que lo hiciera. Por primera vez estaba realmente orgulloso de uno de mis juegos.

—De verdad creo que deberíamos pensar despacio todo esto.

—Trae, déjame.

Buscaba premeditadamente la espectacularidad, la perplejidad del espectador ante el truco del ilusionista: el pañuelo desaparecido; el conejo en la chistera; la carta adivinada. Así que cogí unas tijeras, recorté cuidadosamente las letras y fui colocándolas sobre la mesa calculando una estudiada dosis de expectación: primero una A, luego una L, seguida de otra L, y otra A… Una rondalla desletrada que se convertía en lo siguiente:

aL LaDROn

—¿Al ladrón?

—Exacto. Así sabrá que le hemos descubierto, ¿qué te parece?

—¿Y piensas enviárselo a La Farga? — asentí —. Carlos, tenemos que hablar despacio de todo esto. Creo que se nos está yendo de las manos.

Ana estaba asustada. Me miraba con ojos de incredulidad, y su rostro mostraba una incómoda tensión que se forzaba en disimular.

—No hay nada que pensar, Ana — dije, con una frialdad que a mí mismo me pareció excesiva —. Enviaremos el mensaje a La Farga y robaremos en la tienda de palabras.

—Pues no cuentes conmigo —respondió con sequedad después de un momento de silencio.

—¿Cómo que no cuente contigo?, ¿no piensas ayudarme?

—No pienso dejar que te metas en este lío.

—¿En este lío? —dije con retintín —; y eso me lo dices precisamente tú. Una experta en líos…

Creo que Ana nunca pensó que fuera capaz de hacerlo, y en realidad yo tampoco. Y

fue precisamente su insistencia en hacerme desistir lo que me espoleó. No obstante, me di cuenta de que en cierto modo Ana tenía razón. Robar en la tienda era una locura y no tenía ningún derecho a involucrarla. Así que decidí seguir con aquello yo solo.

—Está bien —intenté cerrar la conversación —, tal vez sea cierto que me esté precipitando.

—Menos mal, empezaba a preocuparme.

—Olvidémoslo…

Me dejé caer en el sofá. Y pasaron unos segundos en que ambos permanecimos callados.

—¿En serio?

—En serio…

■

—¿No vas a robar la tienda?

—No… —dije con el tono de quien se ve obligado a abandonar una idea tentadora y absurda al tiempo.

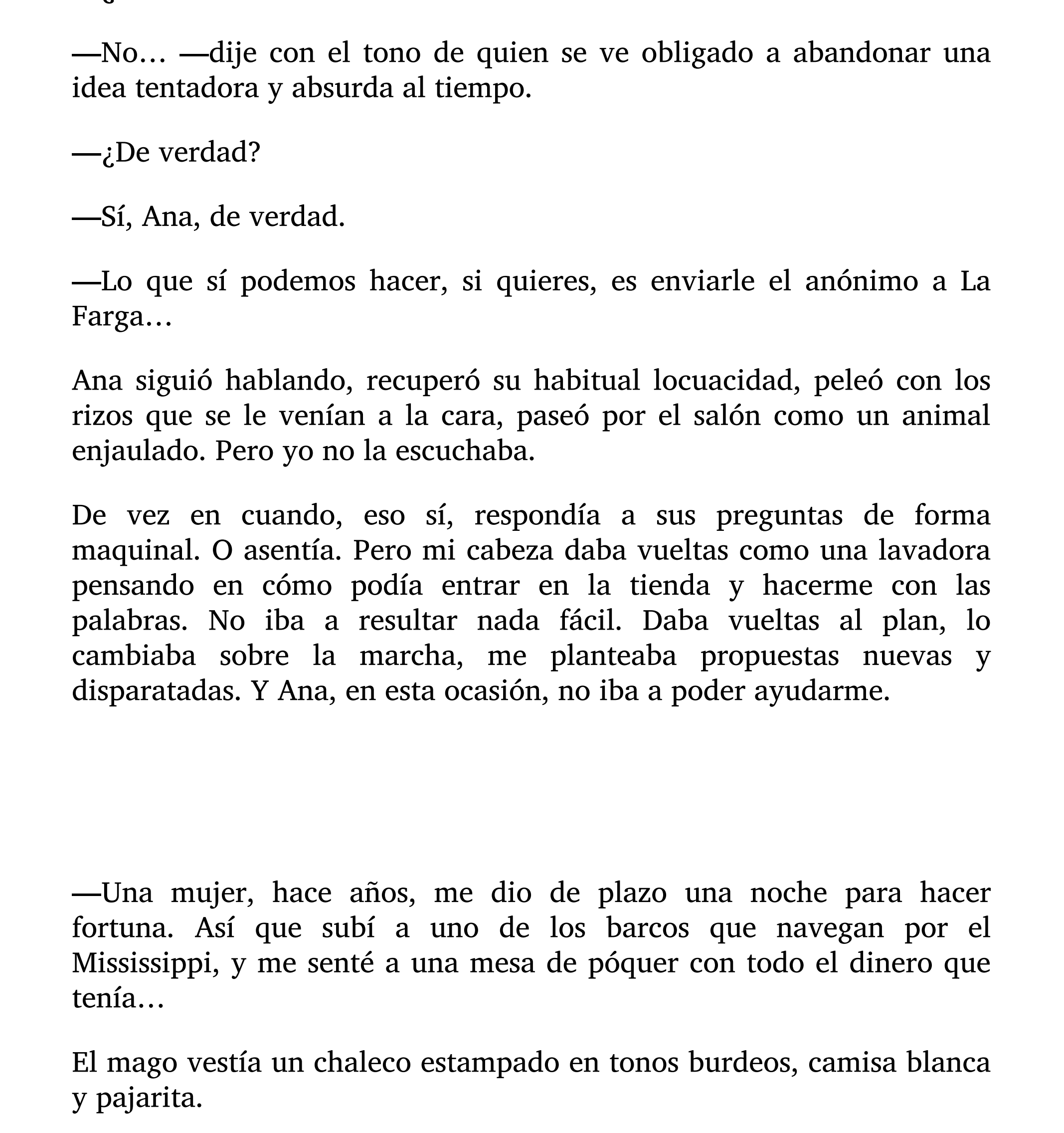
—¿De verdad?

—Sí, Ana, de verdad.

—Lo que sí podemos hacer, si quieres, es enviarle el anónimo a La Farga…

Ana siguió hablando, recuperó su habitual locuacidad, peleó con los rizos que se le venían a la cara, paseó por el salón como un animal enjaulado. Pero yo no la escuchaba.

De vez en cuando, eso sí, respondía a sus preguntas de forma maquinal. O asentía. Pero mi cabeza daba vueltas como una lavadora pensando en cómo podía entrar en la tienda y hacerme con las palabras. No iba a resultar nada fácil. Daba vueltas al plan, lo cambiaba sobre la marcha, me planteaba propuestas nuevas y disparatadas. Y Ana, en esta ocasión, no iba a poder ayudarme.



—Una mujer, hace años, me dio de plazo una noche para hacer fortuna. Así que subí a uno de los barcos que navegan por el Mississippi, y me senté a una mesa de póquer con todo el dinero que tenía…

El mago vestía un chaleco estampado en tonos burdeos, camisa blanca y pajarita.

Parecía uno de esos tahúres del lejano oeste que salen en las películas. Estaba sentado en medio del escenario, tras una mesa con un tapiz verde, y era manco. Mientras hablaba, manejaba el mazo de naipes con increíble habilidad con su mano izquierda.

Mezcló las cartas, cortó e hizo con ellas dos montones que dejó sobre la mesa. Cuando dio la vuelta a las dos cartas de arriba se vieron dos ases. Volvió a mezclar, cortó otra vez en dos montones, y enseñó las dos cartas de arriba que, de nuevo, eran dos ases.

Continuó hablando mientras juntaba las cartas en un solo mazo, y después ordenaba doce de ellas boca abajo, sobre la mesa, en forma de esfera de reloj.

—... Una vez tras otra aposté y perdí. El hombre que me dejó sin dinero me dijo que había preferido ganarme haciendo trampas para que así no me sintiera un fracasado toda la vida, como a él le ocurrió, y me convirtiera en un prisionero del río. En un tiempo fui jugador, pero ahora prefiero el halago del aplauso a jugar con ventaja.

Del bolsillo del chaleco sacó un cigarrillo, que encendió manejando con sorprendente destreza la caja de cerillas con su única mano.

—Imaginen que estas doce cartas representan las horas de un reloj. Esta carta —

puso la caja de cerillas encima de la que estaba más cerca de él — sería las doce, y por tanto ésta, las dos. — Volvió la carta que ocupaba el lugar de las dos, y la mostró a la cámara. Era un siete de corazones —. Ahora necesito que alguien del público elija una hora y destape la carta que ocupa ese lugar en la esfera de este reloj imaginario.

Me gustan los juegos de magia porque consiguen convertir en natural lo imposible.

Era un programa de televisión. Uno de esos espacios de variedades de sábado por la noche, un poco cutres, con grupos de moda cantando en play-back, presentadoras embutidas en trajes de lentejuelas de guardarropía, lanzadores de cuchillos y chicas ligeras de ropa contorsionándose al ritmo de canciones de los años setenta.

Alguien del público, una joven, se acercó a la mesa con estudiada resolución, eligió la carta de las siete y la dirigió a la cámara. Era el rey de diamantes. Después, siguiendo las instrucciones del mago, volvió a colocarla en su lugar y anotó en un papel la carta que había seleccionado.

En ese momento sonó el teléfono. Bajé el volumen de la televisión y respondí con desgana. Era un compañero del colegio que me preguntó si podría cambiarle una clase.

No fueron más que un par de minutos de conversación, lo suficiente para hacerme perder parte del truco. Mientras hablaba vi cómo el mago recogía las cartas de la mesa, las mezclaba y se guardaba el papel en el chaleco. Al volver a colocarlas sobre el tapete, haciendo de nuevo la esfera del reloj, sólo había once cartas, así que colocó la caja de cerillas en el lugar de las doce. En cuanto colgué me senté en el sofá y volví a subir el volumen.

—… Nos queda saber cuál era la carta seleccionada. — Sacó el papel del chaleco y lo desdobló con su única mano, mientras sostenía el cigarrillo en la comisura de los labios —. Las siete fue la hora elegida, y la carta, el rey de diamantes.

El mago volvió la carta de las siete, y era un siete de corazones. Después fue descubriendo las cartas, una a una, sorprendentemente ordenadas según la hora que

ocupaban. En la una apareció el as de corazones, en las dos el dos, en las tres, el tres… y así sucesivamente hasta la reina, que ocupaba el lugar de las once (aplausos). Pero el rey de diamantes no estaba. En su lugar, ya he dicho, se veía la caja de cerillas. La abrió y dentro, doblada, estaba la carta. El mago se puso en pie, y saludó con una reverencia, respondiendo a los aplausos del público.

Imaginaba algo así para el robo de la tienda. Un truco de magia. Algo limpio que consiguiera convertir la trampa en mero ilusionismo, el robo en simple encantamiento.

Me parecía que de ese modo me sería más sencillo el perdón, más venial el pecado.

Lo peor fue que lloviera de nuevo; tal vez sin la lluvia persistente no hubiera seguido adelante. La lluvia dibuja un escenario de irrealidad. Todo bajo la lluvia parece desdibujarse, como una acuarela, un paisaje impresionista en el que no somos más que trazos, pinceladas de colores apagados y romos. Aquel otoño transcurrió entero lloviendo, y parte del invierno también.

Me acerqué a la tienda, después de salir de clase, sorteando charcos en silencio, bajo las cornisas. Cerré el paraguas en la acera, y empujé la

puerta con el pie, pisando como el primer hombre en la luna la alfombra de serrín que había en la entrada.

¡TLING!

—Hola, ¿cómo está?

—Bien, gracias.

—Vaya tiempo, ¿eh? —hice un gesto de asentimiento mientras peleaba con el paraguas.

Me había preparado a conciencia para ese momento. Era preciso mantener la naturalidad. Alejar cualquier sombra de duda o sospecha. Conseguir que, a pesar de todo, la relación con Matías fuera, al menos en apariencia, tal cordial como siempre.

—¿Qué le pareció el otro día mi museo? No nos dio tiempo a comentarlo despacio.

—Interesante —le sostuve la mirada —; muy interesante.

—Me alegro de que le gustara. Antes de que se me olvide quiero enseñarle una cosa que tengo guardada para usted — el hombre se alejó hacia el fondo de la tienda —: la

encontré ayer y pienso que puede interesarle — se volvió quitándose las gafas —; y recuérdeme cuando se vaya que le dé sus primos lejanos, ya los tengo terminados.

—Fantástico —dije mientras me quitaba la gabardina y dejaba el paraguas en un rincón, apoyado sobre un platito de loza. Era el lugar que habíamos acordado.

Da un poco de vergüenza decirlo, pero todo aquello formaba ya parte del plan y, de momento, estaba funcionando. El objetivo consistía en encontrar la forma de bajar al sótano y hacerme con las palabras.

Estaba claro que tendría que hacerlo cuando Matías no estuviera en la tienda: eso me obligaba a hacerme con una copia de las llaves; pero me pareció imposible conseguirlas, un trabajo de profesionales. Después recordé que el día en que Matías recibió la llamada de teléfono le vi cerrar la puerta de la calle con un candado. Y había organizado un plan, sencillo pero eficaz: localizar el lugar donde lo dejaba y cambiarlo. Buscar un modelo exacto, del que pudiera conservar una llave, y sustituir uno por otro aprovechando cualquier

descuido. Sería el propio Matías quien colocase el nuevo candado en la puerta al cerrar por la tarde. Esa noche yo entraría en la tienda, con la llave, robaría las palabras y, al salir, pondría el candado antiguo en las hembrillas. A la mañana siguiente Matías abriría el candado, como siempre, y no habría una sola pista que me delatara. Podían incluso pasar semanas, meses tal vez, hasta que se diera cuenta del robo, si es que alguna vez notaba la falta de un par de centenares de palabras. Un plan limpio e infalible. Y, sobre todo, un plan que me sentía capaz de llevar a cabo.

Así que Matías, cuando volvió, me sorprendió rebuscando sobre el mostrador, apartando cajas de papeles y legajos. El registro había comenzado y, para disimular, abrí descuidadamente una carpeta. Encontré lo siguiente:

R Y B

I A

B J

U A

E S C A L E R A

—Ah —dijo Matías, que traía un folio en la mano —, ha dado usted con la escritura visual. Había dejado ahí la carpeta para que no se me olvidara mostrársela… ¿Qué le parece?

—Es curiosa —dije lo primero que se me vino a la cabeza —; muy… creativa — y pasé distraídamente la lámina para encontrarme con otra.

AVES QUE VUELAN

—Un trabajo, como ve, que se acerca a las bellas artes: las bellas letras. Los escritores visuales dibujan con ellas. Recrean paisajes, composiciones, imágenes.

—Nunca había visto nada parecido.

—Es una forma de entender la escritura en la que se aprovecha el significado visual de las propias letras o signos ortográficos. Unos juegos realmente vistosos. Vea las siguientes palabras:

PRE¿UNTA

DEVU E LTA

DESINFLADO

ODITREVNI

Me quedé observándolas en silencio, mientras Matías continuaba hablando.

—Éstas son mías. A veces me dedico a hacerlas, como pasatiempo. ¿Ve? Buscan conseguir la paradoja también, la sorpresa, el doble sentido.

—Son bonitas.

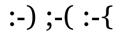
—Gracias. Mírelas tranquilamente porque tienen unos precios realmente asequibles.

Tal vez pueda enriquecer su colección de palabras con alguno de estos dibujos. Vea, aquí tiene más, son muy divertidos…

En la lámina que me ofreció había una sucesión de caras, rostros tristes o sonrientes, hábilmente elaborados con signos ortográficos. Sólo se veían con claridad si se giraba el papel hasta que aparecían verticales: los ojos, la nariz, la boca.

[redacted]

[redacted]



—Éste —señalé el último— parece un hombre con bigote.

—Sí, es verdad. Las letras, en sí mismas, aportan multitud de posibilidades de juego.

Es preciso, eso sí, mirarlas con otros ojos. Ojos posiblemente infantiles, de rotuladores y ceras de colores.

Puso una cartulina sobre la mesa. Esto era lo que se veía: A A **A** A A A

—Aes.

—Claro que son aes. Pero también puede ser una cordillera, con nieve. ¡Cumbres nevadas! Es sólo una cuestión de imaginación, ¿no es cierto? Un momento… — Matías se acercó a la mesa, y volvió con la caja de cartón que contenía las letras, pegadas en cartones, y se puso a revolver hasta que encontró las que buscaba —. Vea, con una C y una T cabeza abajo — mientras hablaba iba haciendo lo que decía — podemos dibujar una copa de vino:

»Y ahora, con una I tumbada, y una Y griega, a ver dónde hay una — buscó en la caja apartando letras hasta que la encontró —. Aquí… dibujamos una copa de champán:

»Y, finalmente, necesitamos una U mayúscula, y una C minúscula que, colocada como si fuera un asa, servirán para dibujar una taza…:

»Y, ya que tenemos la taza, tal vez haya llegado el momento de ir preparando el café. ¿Le apetece?

—¿Y esto? —le mostré otra de las láminas que había en la carpeta.

ENAMORA 2

—Otro juego. Una especie de jeroglífico sonoro que aprovecha el sonido del número dos para terminar la palabra. Si le gusta este tipo de cosas, tengo por ahí un poema que le encantará. — Se dirigió a la estantería, subió la pequeña escalera de madera de tres peldaños y sacó de una de las baldas un enorme cartapacio de cartón, mientras continuaba hablando —… Nunca recuerdo el nombre del autor, ahora lo miramos… —

Desató sobre el mostrador los dos cordones rojos, despeluchados, que aseguraban las tapas, extrajo un papel, le dio la vuelta, y se puso las gafas para leer el nombre —.

Eliodoro Puche:

EL RELOJ

(figura de las horas que caen)

c

o

m

o

l

a

p

l

o

m

a

d

a

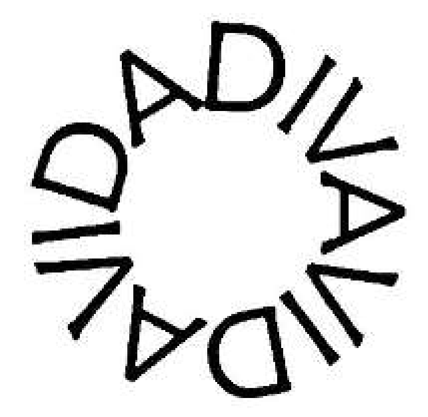
TIENE EL DEDO EN LA BOCA

Ocurría que, como siempre, me había dejado fascinar por las palabras. Había acudido a la tienda con la determinación de planear un robo, y acabé enamorándome perdidamente de los juegos que Matías me enseñaba.

—Está muy bien.

—Quería también que viera esto que le había buscado. No es exactamente escritura visual pero se le parece bastante.

Localizó sobre el mostrador el papel que había traído al principio. Tenía impreso un círculo dibujado con letras.



—¿Qué significa? —pregunté.

—Es un juego, lo llamo la rueda de palabras. Doce letras, ¿ve? Pero al estar colocadas en círculo pueden leerse en cualquier dirección… Las doce letras esconden otras tantas palabras y se trata de ver si es capaz de encontrarlas.

—¿Doce palabras?

—Sí —dijo alejándose hacia la trastienda —. Póngase cómodo. Mientras, voy a preparar el café. Antes, por cierto, le he preguntado y no me ha respondido, ¿le apetece?

—Sí, por favor.

Seguí a Matías con la mirada. El hecho de que la tienda estuviera llena a rebosar dificultaba la labor de búsqueda. Pero precisamente aquello fue lo que me dio la pista definitiva: el propio desorden. El candado tenía que estar en un claro del bosque, si se me permite la expresión. Un lugar en el que Matías pudiera encontrarlo sin dificultad, donde no desapareciera en el marasmo de recortes, letras y papeles. Y eso limitaba las posibilidades. No podía dejarlo sobre el mostrador, siempre atestado de papeles, ni en la silla, por ejemplo. La estantería tampoco era el mejor lugar y, además, el día de la llamada no le había visto acercarse a ella.

—¿Qué tal va? —preguntó desde el fondo de la tienda.

—Eh… bien, bien… —Eché un vistazo rápido a la rueda de palabras, y descubrí DÁDIVA, VIDA y ÁVIDA sin mayores dificultades. Decidí exagerar —. Llevo cuatro

— dije elevando la voz.

—Todavía le faltan otras ocho.

Era complicado tener que jugar, fingir y además fijarse en todo. Hacía el examen ocular del lugar de autos. Calculaba mentalmente la distancia exacta que separaba el mostrador de la trampilla, las dimensiones aproximadas de la estantería. ¿Se vería el haz de una linterna desde fuera? Entrar en la tienda sin luz era impensable, porque todo estaba lleno de obstáculos. Me imaginé en la tienda, por la noche. Aprovechaba un momento en que nadie pasaba por la calle, y en un segundo entreabría la puerta, sujetaba la campanilla para que no sonara, entraba y cerraba, de nuevo, a mi espalda, con cuidado. Me quedaba quieto un par de minutos hasta que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad. Me quitaba los zapatos, mojados, para evitar un rastro delator en el suelo. Y después empezaba a avanzar, adelantando las manos, guiado por la luz que entraba, como el pábilo de una vela, desde la calle, hasta topar con el mostrador. Me imaginé sorteando casi a oscuras los montones de libros, las carpetas, la silla, las estalagmitas de papel y las cajas desparramadas por el suelo. Tal vez tuviera incluso que ponerme a gatas, pegado a la estantería, e ir palpando un camino expedito hasta la trampilla.

Todo me parecía nuevo de pronto. O tal vez es que mi mirada fuera otra, más atenta, más (tuve que buscar la palabra) más escrutadora. Por fin había llegado a la trampilla, y tiraba con fuerza de la argolla. Al levantarla perdía el equilibrio, me golpeaba con la mesa en la espalda, y algo caía al suelo. Un sonido sordo, apagado. Me quedaba un momento en silencio, inmóvil como un cazador al acecho. Por la calle, mojada, al otro lado del cristal del escaparate, pasaba un coche, los faros proyectaban sombras chinescas en la pared, figuras fantasmagóricas que crecían y se desvanecían casi de inmediato. En el suelo, mis manos buscaban a tientas lo que había caído, hasta que se topaban con un libro, probablemente el de Queneau, lleno de papeles que sobresalían de las páginas, y lo colocaba, en equilibrio inestable, sobre la mesa.

Volvía a acercarme al hueco abierto en el suelo. Y comenzaba a bajar los escalones guiándome al tacto por la pared, fría como un cadáver. Ahora sí, podía encender la linterna. Y allí estaba, a mi izquierda, el archivador repleto de palabras. Abría algunos cajones e iba escogiendo. Al principio de forma selectiva, buscando las más antiguas y olvidadas: BERGAMOTA, CARPIR, DESPARTIR, ESPITALERO, FRÍSOLES. Después de manera más caprichosa; abría y cerraba cajones al azar y elegía aquellas que me resultaban curiosas, las que me

sorprendían por su sonido o su significado: HADROLLA, MAGANTO, TARBEA, VISOTE. Finalmente, cogiendo de aquí y de allá, de forma indiscriminada: DEÑARSE, FRENESÍA, CICIAL, BERIL… Llenaba de palabras una mochila, tal vez dos o trescientas. Después desandaba el camino. Me paraba un momento en la escalera, antes de cerrar la trampilla, para comprobar que todo estaba bien en el sótano y avanzaba hasta la puerta caminando como por un campo minado. Antes de decidirme a salir, miraba por el escaparate a uno y otro lado

de la calle desierta, húmeda y tenuemente iluminada de un ámbar diluido y acuoso. Ya afuera, cambiaba el candado y, sin mirar, me encaminaba calle arriba. Todo había ocurrido en el máximo silencio, pero al cerrar la puerta de la tienda, cada sonido, incluso el más imperceptible, cobraba una resonancia inimaginable: las gotas sobre el pavimento, un claxon lejano, mis pasos chapoteando levemente en la acera mojada, el camión de la basura, que doblaba la esquina un par de calles más arriba, las campanadas del reloj de la iglesia, en la plaza, que daban las tres. Miraba la hora, como me había prometido hacer, y me subía el cuello de la gabardina en medio de una calle solitaria y fantasmal.

Matías se afanaba con la cafetera, al lado de la mesa. Y fue como una revelación. Me di cuenta de que aquél, sin duda, era el lugar idóneo para guardar las llaves y el candado. Intenté mirar desde donde me encontraba, pero a esa distancia era incapaz de distinguir nada con claridad, salvo el teléfono y el flexo, encendido como siempre, que proyectaba un cono de luz amarillenta y pobre. En aquel preciso instante la posibilidad de que el candado estuviera en la mesa se convirtió en una certeza. Era el lugar apropiado: el único planeta colonizado en aquel universo del caos. Miré de nuevo la rueda de palabras intentando ganar tiempo.

—He encontrado tres más —dije—: DAD, DIVA, IVA.

—Bien, veo que le ha interesado el juego. Pero tenga cuidado — dijo Matías acercándose de nuevo al mostrador.

—¿Cuidado?, ¿por qué?

—Ahora mismo estará el café. — Se apoyó cómodamente y me invitó a sentarme señalando la silla con la mano —. No le he contado la historia de un cliente que tuve; ya murió. Me lo han recordado sus hallazgos de la rueda de palabras: DÁDIVA, DAD, DIVA… Este hombre

de quien le hablo, don Joaquín, era un militar retirado, un hombre con un porte impresionante, viudo, un tanto decimonónico en sus maneras, tremendamente educado, siempre impecable en el vestir, que caminaba con un bastón, y que se obsesionó de tal modo con las palabras que decidió dedicar cada día a una letra distinta del alfabeto, una especie de homenaje. Venía a menudo a la tienda. Y, como es natural, compraba sólo aquellas palabras que comenzaban con la letra que ese día le interesaba.

»Así, el día dedicado a la C, por ejemplo, sólo pronunciaba palabras que empezaran por esa letra, y cuando se le preguntaba por el tiempo, solamente decía “cubierto” si era invierno o “caluroso” si estábamos en verano. Al día siguiente, y respetando un riguroso orden alfabético, utilizaba únicamente palabras que comenzaban por D, y su respuesta favorita era “déjeme dudarlo”. Las letras, naturalmente, afectaban a su estado de ánimo. Eran días de entusiasmo, los dedicados a la E, mientras que los de la M se veía arrastrado a una profunda

M

e

l

a

n

c

o

l

í

a —Matías pareció decirlo así, de forma laxa, haciendo resbalar cada letra —. No era lo mismo el día de la F en que todo era fabuloso, que el día de la H en que, ocurriera lo que ocurriera, la respuesta era horrible.

»Lo peor fue cuando decidió confeccionar sus menús diarios, la comida, sólo con alimentos que comenzaran con la misma letra del día. Así, el día de la letra b desayunaba bizcocho, comía berenjenas con bacalao y, de postre, tomaba brevas, cuando estaban de temporada. Y el de la C, desayunaba café, y comía calabacín,

codornices y cerezas. Y parece que no le fue mal con esa dieta tan especial. Estuvo así no sé cuánto tiempo. Hasta que un día murió, el día de la M, lógicamente, y los oficios se celebraron dos días más tarde, en el de la O, un día en que todo debe hacerse de forma ordenada.

—Bonita historia.

—No es una historia, ya le he contado que era un cliente mío.

—Pues entonces deberé tener cuidado; no me veo hablando sólo con la V, diciendo

«vaya» o «venga», respuestas que únicamente manifiestan incredulidad.

En aquel momento sonó la cafetera al fondo de la tienda. Y Matías fue a apagar el infiernillo. Me preguntó, como siempre, por las cucharadas de azúcar. Le respondí que una y media. Y cuando volvió con los vasos de café en la mano, ambos nos felicitamos, al borde del brindis, por que fuera el día de la C, y pudiéramos degustarlo, a sorbos pequeños.

—Ah —no supe si había recordado algo o se había quemado con el café —, hablando de clientes, tengo otro que colecciona palabras muy especiales; tal vez le interesen. Busca palabras que juntas consigan completar el total del alfabeto con el menor número de letras posibles…

—No le entiendo.

—Sí, lo verá enseguida. Precisamente me ha dejado una frase para que haga una lámina con ella. La tengo ahí.

Se acercó a la mesa, y volvió con una cartulina de color hueso, en la que aparecía escrito lo siguiente:

DAVID CAÑA EXIGE

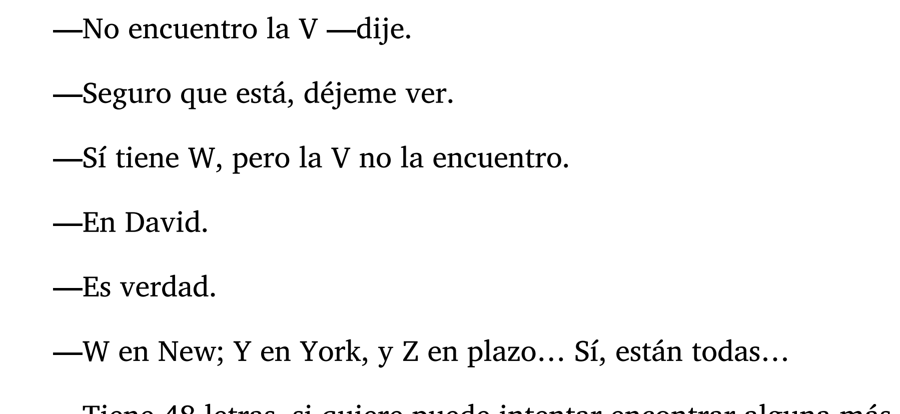
PLAZO FIJO. EMBARQUE

HOY TRUCHAS NEW YORK

—Compruébela si quiere, ¿ve? Debería tener todas las letras de la A a la Z.

Fui deletreando el alfabeto completo comprobando que, efectivamente, no faltaba ninguna letra. Lo hice en silencio, mientras

soplaba el café para enfriarlo. Estaba hirviendo.



—No encuentro la V —dije.

—Seguro que está, déjeme ver.

—Sí tiene W, pero la V no la encuentro.

—En David.

—Es verdad.

—W en New; Y en York, y Z en plazo… Sí, están todas…

—Tiene 48 letras, si quiere puede intentar encontrar alguna más corta.

—La verdad es que el mundo de las palabras resulta fascinante…

—Dígamelo a mí. —Dio un sorbo al café.

De nuevo había ocurrido lo que me temía. Me había dejado llevar por las palabras, y había olvidado el motivo que me había llevado a la tienda: localizar el lugar donde Matías guardaba el candado. Decidí a partir de aquel momento desoír las tentaciones, como San Antonio, y seguir con el plan. Entonces se me ocurrió levantarme. Lo hice con la taza en la mano, con cierta naturalidad, pretextando observar la estantería. Mi idea era llegar lo más cerca posible de la mesa sin levantar sospechas. El problema era franquear la barrera psicológica del mostrador, que dejaba un paso hasta la estantería de poco más de un metro. Una vez que pasara el estrecho, que estuviera al otro lado, todo sería probablemente más fácil.

—Por aquí debe de tener cosas realmente interesantes — dije acercándome a las baldas.

—Hay de todo.

Fui avanzando por la estantería observando carpetas y legajos, y seleccionando al azar algunos de ellos. Las palabras que cambian de significado al cambiar de género me permitieron acercarme casi hasta el borde mismo del mostrador, después de sortear la escalera de madera.

CIGARRA CIGARRO

TROMPA TROMPO

PUERTA PUERTO

Después, los cambios de sílabas me hicieron avanzar casi otro metro. Estaba mucho más cerca de la mesa, pero no lo suficiente todavía para ver con claridad lo que había encima.

GATO TOGA

PETO TOPE

LAMA MALA

Me enfrenté a la posibilidad de que Matías guardara el candado en un cajón.

Entonces sería casi imposible encontrarlo. Pero era poco probable. Las palabras fueron conduciéndome hasta la mesa. Un poco más allá elegí otra carpeta con un título sugestivo: SALTA LA LETRA

—Se trata —dijo Matías— de un juego que consiste en fabricar el número máximo de palabras cambiando, cada vez, una letra:

CARRO, CERRO,

CIRRO, CORRO, CURRO

»¿Ve? Todas las vocales. Probemos ahora con MASA. De MASA, MISA, de MISA, MESA y de MESA, MUSA. Ocurre lo mismo con RATA, por ejemplo: RETA, RITA, ROTA, RUTA. ¿Quiere jugar con CAMA?

—¿Con CAMA? —improvisé—: ¿cema, cima, coma, cuma?

—No, vale con cualquiera de las letras, tal vez me he explicado mal. Por ejemplo, de CAMA podemos pasar también a DAMA, RAMA o LAMA. Y después, de LAMA, LOMA y de LOMA, TOMA, o ROMA, por ejemplo.

—¿Cómo decía que se llamaba el juego?

—«Salta la letra»; suena a concurso de televisión, ¿verdad? Cuando juegan dos personas es aún más divertido. Se puede saltar de una palabra a otra por turnos, por

ejemplo, de CASA a RASA, de RASA a TASA, y de TASA a TAZA. El siguiente paso es hacer versos completos con palabras saltadas. Mire este poema: *Le*

puso

el

piso

en

que

posa

y ya sin coser se pasa.

Hondo

hastío,

no

es

la

casa

lo que quiso… es otra cosa.

»¿A que no adivina el autor?

—Seguro que no.

—Ja, ja… Unamuno, don Miguel.

Había terminado el café. Y Matías estaba a mi lado, de pie, sujetando la carpeta de las letras saltarinas. Fue un momento de inspiración. Miré un par de veces a mi alrededor para ver dónde podía posar la taza. Y fue él mismo quien me dio la solución.

Planeaba acercarme hasta la mesa, con cualquier pretexto, y Matías me resolvió el problema.

—Déjela ahí, encima de la mesa.

¡La mesa! Me acerqué con actitud resuelta y descuidada. La mesa no era demasiado grande. Había en ella un pequeño escritorio de madera, con bolígrafos, dos barras de pegamento y decenas de tarjetas de visita, notas y papeles. Vi también un listín telefónico, con tapas

negras, muy usado. El diccionario. Un bote de bolígrafos, debajo del flexo. Unas tijeras, un pequeño reloj despertador, y algo que me dejó sorprendido: tres o cuatro disquetes de ordenador en los que no pude leer la etiqueta. Aparté unos papeles, al lado del teléfono, y dejé la taza. Y, justo al lado, en un cenicero de cristal, estaba el candado, abierto al lado de un manojo de llaves. Era un candado normal, de latón o bronce, con la marca y el modelo grabados en una de las caras: URKO MARINE.

Estaba bastante usado, sucio y oscuro. Y pensé que eso sería un problema que debería resolver con el nuevo. Pero de momento sabía dónde estaba. Y era exactamente lo que había ido a buscar. Volví a la estantería, donde Matías sostenía abierta una carpeta.

—El otro día, cuando se fue, dejó aplazada una serie de palabras que tal vez le interese ver, ¿recuerda?

—¿Cuáles, disculpe?

—Palabras singulares. Aquellas que no tienen masculino o femenino

—Ah, sí.

—Mírelas.

TESTIGO

—Es verdad.

—Hay más: SOPRANO, MAMÍFERO… Y mire, sin masculino.

DENTISTA

»También aquí tiene un montón donde elegir: GUÍA, SOLISTA, SINVERGÜENZA, ARTISTA, PATRIOTA… Ninguna se puede formular en masculino sino por medio del artículo. Y luego hay unas muy divertidas que cambian de significado dependiendo de quién y cómo las use…

—¿Ah, sí?

—A ver dónde las tenía. —Buscó entre las carpetas que había cogido de la estantería —. Mire, aquí hay algunas: ¡FUEGO! No es lo mismo si quien lo dice es un bombero o un militar; VICTORIA nunca significará lo mismo para los vencedores que para los vencidos. De hecho, la palabra VICTORIA lleva siempre aparejada la DERROTA; ¿QUÉ TIENE

USTED? depende de si el que lo pregunta es un médico, o el empleado del banco que va a concedernos un crédito.

—Arenas movedizas.

—Exacto.

Le interrumpió el carillón del reloj. Era la una. Es curioso cómo nos habituamos a los sonidos, cómo acaban simplemente desapareciendo a fuerza de que nuestro subconsciente los ignore. Hacía días que no lo escuchaba, y fue como un agradable reencuentro.

—Voy a tener que dejarle, de nuevo se me ha hecho tarde… Me gustaría llevarme la frase circular.



—Todavía le faltaba encontrar cuatro o cinco palabras, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Ah, y sus primos lejanos, casi se me olvida. Mire cómo han quedado, ¿le gustan?

Me mostró una lámina enmarcada con las sucesivas transformaciones de ABECEDARIO.

ABECE DARIO

ABECE RADIÓ

ABECE ARDIÓ

ABECE RAÍDO

ABECE ODIAR

—Se la he enmarcado, así no tendrá más que llegar y colgarla.

—Gracias.

Metió la rueda de palabras y el pequeño cuadro en un sobre naranja de grandes dimensiones. Y salí a la calle. Seguía lloviendo, y tuve que guardarlo bajo la gabardina para que no se mojara. Así que llegó a casa con los bordes un poco arrugados.

El día anterior había comprado un viejo disco de los Doobie Brothers que estaba en oferta y había programado el equipo para que repitiera el corte dos, *Takin' it to the streets*, un tema que siempre ha conseguido ponerme de buen humor. Es una de esas canciones que te llevan al interior de un Cadillac descapotable, como el de *Thelma y Louise*, que levanta una nube de polvo en una solitaria carretera rodeada de cactus y

montañas rocosas. Ana pasó por casa después de su clase de francés, y estuvimos un rato charlando antes de ir al cine.

—Escucha, ayer, antes de acostarme, estuve echando un vistazo a unos periódicos antiguos que había por casa, ¿y a que no sabes qué he encontrado? — me preguntó.

—Ni idea.

—No te lo vas a creer.

Sentía hacia Ana un extraño sentimiento de traición. Hubo un momento en que estuve a punto de contárselo todo: el candado sobre la mesa, mi plan de sustituirlo por otro igual, el robo de las palabras… Pero me disuadió que de nuevo intentara convencerme. El problema de La Farga me parecía secundario. No importaba ya tanto cómo o quién sustraía las palabras, sino dónde estaban y cómo podían sacarse de allí. Y

esto último estaba resuelto. Aun así la escuché. También traía noticias inquietantes.

—¿Te suena de algo Basic-Led?

—Sí, claro, es una empresa de importación de componentes de ordenadores o algo así, ¿no?

—Exacto. ¿Recuerdas mi hipótesis de que podrían estar utilizando ordenadores para sustraer palabras? Bueno, pues mira esto.

Sacó del bolso un recorte de periódico. El titular, no lo recuerdo exactamente, hablaba de la firma de un acuerdo entre Basic-Led y una empresa alemana. La noticia estaba ilustrada con una fotografía en la que se veía a un grupo de sonrientes ejecutivos, y a dos hombres en primer plano dándose la mano. Uno de ellos era La Farga, presidente de Basic-Led, según se leía en el pie de foto. La verdad es que, a pesar

de su edad (rondaría posiblemente los sesenta), era un hombre con un aspecto imponente: alto, robusto, elegante, con el pelo echado hacia atrás disimulando una alopecia generosa.

—Vaya, vaya… Así que La Farga también está metido en asuntos de ordenadores…

Bueno, pues ya sabemos adónde enviarle el anónimo…

—Oye, ¿puedes cambiar la música? Va a terminar levantándome dolor de cabeza.

—Vale —dije con cierta desgana, y apagué el equipo.

—¿Te imaginas a La Farga recibiendo el papel? — puso una sonrisa maliciosa —, me encantaría poder verlo…

—Hablando de ordenadores, ¿sabes dónde he encontrado un paquete de disquetes?

—¿En la tienda?

—En la tienda.

—Pues parece que tenemos todas las piezas del puzle. Veamos: La Farga, a través de Basic-Led, retira palabras de la circulación por medio de virus informáticos alojados en ordenadores, ¿no? — volvía a ser la Ana de siempre. Caminaba por la habitación como una bola de billar sobre el tapete —. Las palabras le llegan a Matías en disquetes, las selecciona y las archiva. Puede que las almacene de forma sólo provisional. Tal vez exista un almacén más grande donde se guarden todas las palabras robadas…

—Pero Matías siempre saca una copia, para él, y la guarda en su archivo, junto a las otras…

—Exacto, ¿cómo era? —impostó ligeramente la voz —. Una labor que comenzó su abuelo, continuó su padre, y que ahora le toca a él perpetuar…

—Lo que no entiendo es cómo puede trabajar para un tipo como La Farga…

—Siempre hemos pensado en alguien que buscaba una rentabilidad en las palabras: dinero, poder, influencias. ¿Pero qué tal si sencillamente las amara? La Farga colecciona códices, incunables, cosas así. Tal vez

pretenda protegerlas, salvarlas del olvido, la desmemoria, la amnesia colectiva, ¿recuerdas el cuento? Tal vez por eso Matías se prestara a ayudarle.

—No sé, todo esto me parece una locura. Y, sobre todo, sigo sin ser capaz de localizar el puente entre la conspiración y nosotros, ¿qué ocurrió exactamente para que los papeles llegaran a mi buzón?

Nos quedamos mirándonos. Al cabo de unos segundos Ana se encogió de hombros.

ocho

Pensamos en el lenguaje como en un territorio extenso pero perfectamente delimitado, mensurable. Y no es verdad. Existen decenas de lenguajes; géneros, familias, especies y subespecies. No hablamos de la misma manera con nuestro jefe que con los amigos. En casa que en una fiesta de etiqueta. En la pescadería o en una junta extraordinaria de la comunidad de propietarios, pongo por caso. A diario abrimos el armario y elegimos el lenguaje apropiado como si fuera una americana o un par de calcetines. A mí se me asemeja a uno de aquellos mapas coloreados del colegio, de hule, llenos de nombres exóticos y accidentes geográficos: ríos, cordilleras, lagos y grandes sabanas que yo siempre imaginaba pobladas de cebras, jirafas, manadas de ñúes y porteadores negros que trabajaban para un irritante y estúpido cazador blanco de elefantes. El lenguaje es igual. Una sucesión de pequeños y grandes Estados soberanos, muchos de los cuales no visitaremos nunca, pero que sabemos que existen porque están en el mapa. Así encontramos, en el centro del continente, el País del Lenguaje Coloquial, que es el más extenso y el que cuenta con un mayor número de habitantes. Al este, tras una frontera vigilada por centinelas armados, casamatas y alambradas de espino, está el País del Lenguaje Oficial, donde los allí nacidos se saludan y despiden con frases altisonantes: *Muy señor mío*, y *Dios guarde a Vd. muchos años*.

En el otro extremo del mapa está el País de las Jergas, uno de los más visitados, donde dicen siroco, chupa, birra y colega. Y al norte, justo al extremo del continente, se encuentra el romántico País de los Hombres del Mar, donde todos los vientos tienen nombre, y todos los habitantes son poetas. Allí pronuncian palabras como arrufo y codaste, grátil y chumacera, abarloar y barlovento.

Cuento todo esto porque el sábado por la mañana, después de echar al buzón el sobre de La Farga (había buscado la dirección de Basic-Led en las páginas amarillas), fui a la ferretería a comprar el candado. El

País del Lenguaje de los Ferreteros está en una alejada isla, a decenas de millas náuticas del continente. Sus habitantes hablan de manera extraña y vigorosa. Dicen alcayata, tirafondos, hembrilla, pomo… Dicen cazaclavos, cizalla, calamón, cortafrío, fleje, pujavante, destral, tajadera, fratás, garlopa, gozne, chaveta… Dicen todo esto y más cosas con una naturalidad exenta de fingimiento.

En una ferretería siempre te mueves como en un país extranjero. Nunca se conocen los nombres sino las definiciones. Compré el candado del mismo tamaño, modelo y marca que el de la tienda. Un flamante candado de cuerpo de latón y arco cromado que lanzaba destellos como si estuviera fabricado con metales preciosos. Cerca de casa hay

una tienda de manualidades donde me vendieron una pátina especial para hacer envejecer metales. La apliqué cuidadosamente con un pincel en la brillante superficie del candado y después de dos manos parecía ya lo suficientemente viejo, apagado y untuoso como para pasar desapercibido.

Para acabar de camuflarlo le puse una pequeña pegatina que encontré en la calle, adherida al cierre metálico de la tienda de embutidos, y que lo tapaba casi por completo. Vi que casi todos los candados del barrio tenían una, y me pareció la manera más sencilla de que Matías no reparara en el cambio. Naturalmente, coloqué otra igual en el suyo.

CERRAJERÍA YAGÜE

Servicio urgente 24 h. 689 44 00 03

Apertura de puertas. Reparación e instalación

de cerraduras y todo tipo de puertas

Todo el proceso tuvo lugar en medio de una atmósfera de clandestinidad posiblemente exagerada y gratuita. Convenía que Ana no descubriera lo que estaba tramando, y me afanaba en borrar huellas y pistas con la eficiencia de un agente secreto.

Ahora sólo tenía que ir a la tienda y esperar el momento adecuado para poder hacer el cambio. Pan comido.

Nunca he creído en los horóscopos. Me resultan un tanto ingenuos, pueriles. Un recurso infantil contra el miedo. Sin embargo, hojeo casi todos los fines de semana los que vienen en el periódico. Es una manía que me ha acabado contagiando Marigel, la profesora de Lengua, quien se empeña en leernos nuestros horóscopos a diario, a la hora del café, en la sala de profesores. Me divierte el catálogo completo de lugares comunes: salud, dinero y amor. Me gustan, sobre todo, los de estrellitas, esos que

puntúan cada signo como si fuera una película, y muestran el más favorable y el peor de la semana. Pero me resultó sorprendente encontrarme el domingo con éste:

♈

ARIES

Algún problema puede afectarle más de lo necesario si se empeña en lo que no tiene remedio. No deje que controle sus actos, el exceso de fervor puede causarle obsesiones. Deberá conducir su energía con mano firme y obtendrá resultados muy positivos. Sus relaciones de pareja mejorarán en un clima de confidencias íntimas.

Estado de ánimo muy optimista, pero turbulento.

Se trataba de una casualidad, por supuesto, pero parecía escrito para mí. A lo largo de la semana pasé, efectivamente, por un estado de ánimo ajetreado, nebuloso. Sabía que tenía una cita ineludible en la tienda, pero cada día encontraba un nuevo pretexto para retrasarla. Coincidió que había recibido el encargo de preparar una especie de seminario en el colegio (un dinero extra que nunca viene mal), y las llamadas a los profesores, las reuniones y la planificación facilitaron la coartada perfecta para sentirme ocupado. Incluso Ana pareció haberse serenado, y durante toda la semana sólo me preguntó una vez si había vuelto por la tienda con el mismo desinterés con el que pudo preguntarme si me había cortado afeitándome. Era como si hubiéramos conseguido escalar hasta la cima de una montaña, y ahora, agotados, nos dedicáramos a contemplar el valle desde arriba, sin saber muy bien qué hacer ni hacia dónde dirigirnos. Pero cuanto más aplazaba la visita a la tienda, más conseguía obsesionarme con el robo, con su obligatoriedad inexcusable. Llegué incluso a ponerme un plazo: dos semanas, y comencé a llevar el candado siempre conmigo para que su presencia delatora fustigara mi indecisión. Día tras día

veía cómo el tiempo límite que me había fijado se agotaba, y me sentía atribulado. Dos o tres veces, a la vuelta de clase, hice propósito de acercarme a la tienda. Pero ni siquiera llegué a entrar. Me eché atrás con la diligencia de un suicida redimido.

Ya he comentado que todo resultó bastante caótico. Intentaba planificar cuidadosamente el momento, y al final los acontecimientos decidieron por mí. Y esta vez de una forma abrupta, fortuita.

El viernes, cuando volvía del colegio cargado con una carpeta repleta de papeles, una cartera y el paraguas, descubrí a lo lejos un camión de bomberos parado justo delante de la tienda. La calle estaba cortada por un coche patrulla de la policía, y un corro de curiosos se arremolinaba en la acera. También vi gente asomada a los balcones, rostros fantasmagóricos apenas visibles tras los cristales empañados. Apreté el paso inconscientemente y en el centro de aquel caos creí distinguir a Matías hablando con

otras personas. Estaba en la acera, frente a la puerta de la tienda y, nada más verme, hizo un ademán con la mano. Ni siquiera me dio tiempo a preguntarle. En cuanto estuve a su altura, torció el gesto y dijo: —Una cornisa —me señaló el alero del tejado en el que se apreciaba un bocado de bordes caprichosos. Un bombero golpeaba desde un balcón, con una pértiga, justo por debajo del desconchón de la cornisa —; por lo visto ha sido la lluvia.

En la acera, recuadrados por unas endebles cintas de plástico rayado que marcaban el lugar del delito, se veían algunos cascotes y trozos oscuros de revoco, tejas y cemento.

Se respiraba un cierto ambiente festivo; niños con el uniforme del colegio, vecinos vestidos apresuradamente, viandantes magnetizados por el aroma del riesgo… Del bar habían salido también algunos parroquianos con sus aperitivos (cervezas, platitos de patatas o de aceitunas) y observaban la escena con una curiosidad un tanto tediosa. Una señora con bata de boatiné y zapatillas, pálida como un papel de fumar, hablaba con el que parecía el jefe de la brigada, un cuarentón con bigote a lo Bismarck, de una envergadura similar a un armario ropero.

—El estruendo ha sido tal — continuó Matías — que parecía que se hubiera caído la casa entera. Incluso he llegado a pensar que un coche había chocado con el escaparate. Imagine que hubiera pasado alguien por debajo…

En ese momento, como respondiendo a una invocación, un par de cascotes se estampó contra el suelo con un sonido seco, y hubo un estremecimiento colectivo. Un policía uniformado, joven, atlético y lampiño, nos indicó con un gesto enérgico que nos echáramos para atrás.

—¿Le apetece un café? Aquí ya no hay nada que ver…

—¿Seguro que no le viene mal?

—Al contrario.

¡TLING!

—Podía haber ocurrido una desgracia… Estas casas antiguas cualquier día nos sepultan a todos debajo…

Había en su voz un tono de fatalidad mal disimulado. Debía de llevar un rato en la calle conjurando la desgracia, y el sabor intenso y agrio del desasosiego es algo que

cuesta quitarse de encima. Se queda pegado a la ropa, a la piel, flota en el ambiente como un perfume caro.

La tienda estaba fría, un tanto inhóspita. Tal vez fuera que, con el trajín, la puerta había permanecido abierta el tiempo suficiente para que se hubiera ventilado a conciencia. La estufa, sin embargo, estaba encendida y Matías, al sortearla, tiró algunos papeles del mostrador que me apresuré a recoger.

—Se habrá quedado frío, ¿le importa?

—¿Perdón?

—El café, que supongo que estará frío…

—Ah, no se preocupe.

—Es por no calentarlo otra vez. Acababa de hacerlo, pero con todo este follón seguro que ha terminado enfriándose.

Sobre el mostrador había, desparramados, una serie de papeles con palabras. Cogí uno de ellos, por curiosidad, mientras Matías seguía, al fondo de la tienda, preparando los vasos. Todas eran palabras recortadas de periódicos.

EJERCITAR

COMPLEMENTAR

OBLIGATORIEDAD

MOTIVACIONES

UTILIZACIÓN

Casi al momento volvió con el café, hizo un hueco sobre el mostrador y resopló un par de veces.

—No consigo quitarme el susto de encima… Y el frío se me ha quedado metido hasta los huesos.

—¿Pero no ha pasado nada, no?

—Había un vecino que entraba en ese momento en el portal. Algunos cascotes le han saltado a las piernas pero, afortunadamente, no ha pasado de ahí. Y la mujer que estaba en la calle hablando con el bombero, no sé si se habrá fijado…

—¿La de la bata?

—Herminia, vive en el tercero, es viuda. En su balcón han caído algunos trozos de cemento, y parece que se le ha roto algún cristal. Nada para lo que podía haber pasado

— se quedó un segundo callado —. Pero, en fin, vamos a dejarlo…

Di un sorbo al café y estaba frío. Me dejó en la boca un sabor amargo y desagradable.

—He estado viendo estas palabras, ¿qué son? — pregunté.

—¿Éstas? —cogió del mostrador dos o tres papeles descuidadamente —. Son palabras impostadas, las estaba recortando de los periódicos. El lenguaje oficial, las declaraciones de los políticos y los artículos de los periodistas están repletos de ellas.

—¿Palabras impostadas?

—Exacto, engordadas artificialmente para que el mensaje parezca más importante, determinante, decisivo… Por ejemplo, se emplea ejercitar por ejercer, cumplimentar por cumplir, utilización por uso, problemática por problema, emotividad por emoción, no sé, hay centenares. Significan lo mismo pero las primeras tienen más empaque, mayor grandilocuencia… — se quedó mirándolas apenas un

par de segundos, antes de ponerse las gafas en la punta misma de la nariz —. Existe una cierta obsesión por maquillar el lenguaje. Hay quien piensa que caracterizando las palabras conseguiremos hermosear también las ideas. Mire, alcánceme ese bote, si no le importa.

Me señaló un frasco de cristal en la estantería. Cuando lo cogí vi la etiqueta azul que tenía pegada: PALABRAS EMPOLVADAS. Se lo entregué y del interior sacó algunos pequeños papeles. Estaban arrugados y tuvo que estirarlos uno a uno sobre el mostrador.

CARENTES DE RECURSOS

DESEMPLEADOS

DESACELERACIÓN

FLEXIBILIZACIÓN

DESVIACIÓN PRESUPUESTARIA

—¿Ve? —dijo Matías—, las palabras incómodas son cuidadosamente evitadas: pobre, parado, crisis, despido… y en su lugar se buscan o se inventan términos empolvados, adecentados. Así son las cosas: no es lo mismo ser un ladrón que ser un cleptómano, aunque el resultado sea parecido, ni tener dolor de cabeza que tener jaqueca. Juegos de palabras, matices… En fin, le he buscado algunas cosas, ¿quiere verlas?

No supe interpretar con exactitud el significado de aquel abrupto cambio de página, pero recogió todas las palabras en el bote, y lo apartó a un lado del mostrador con cierto desdén.

—¿En serio no prefiere que vuelva otro día?

—No se preocupe, me vendrá bien olvidarme del asunto de la cornisa, si a usted no le causa molestia, claro…

—Qué va, acabo de salir de trabajar.

—Como quiera.

Matías se alejó hasta la estantería y, mientras, de una manera un tanto maquinal, metí la mano en la cartera para comprobar que el candado estaba allí. Lo había guardado en uno de los compartimentos laterales, junto con algunos bolígrafos y lápices, y el tacto frío del metal tuvo un

inmediato efecto mesmérico; me transmitió el aplomo necesario para continuar con aquella locura.

Me quité la gabardina, y aparté los papeles de la silla. Cuando volvió, Matías dejó sobre el mostrador una caja de cartón. Con un movimiento preciso, automático, consiguió encajar la tapa en la base de la caja, como hacen los dependientes en las zapaterías. Rebuscó un momento y del interior sacó un papel cuadriculado que parecía arrancado de un cuaderno escolar.

—Mire esto, a ver qué le parece:

Don Miguel de UnamUNO

Don Benito Pérez GalDÓS

Don Miguel de CervanTRES

Luca de Tena, Don TorCUATRO

Benavente, Don JaCINCO

Y Don Carlos Barral, SEIX…

—Es divertido —sonreí. La verdad es que me había hecho gracia la candidez, la ingenua simpleza del juego.

—Sabía que iba a gustarle. Lo encontré el otro día y lo guardé para usted. Es un juego infantil un tanto gamberro… A los niños siempre les ha encantado jugar con las palabras, hacer gimnasia con ellas, pervertirlas en su orden y su significado, encontrar coincidencias originales y dobles sentidos. Hablan y juegan, escriben y juegan, saltan a la comba y juegan:

Erre con erre, cigarro,

erre con erre, barril.

Rápido pasan los carros

por las líneas del ferrocarril…

»Hay decenas de canciones infantiles, trabalenguas, cantares de corro que tienen que ver con las palabras. Después nos volvemos prácticos, utilitaristas, dejamos de ser lúdicos con las palabras, y nos convertimos en previsibles: buenos días, buenas tardes, parece que va a llover… — mientras hablaba siguió buscando en el interior de la

caja, hasta que pareció encontrar algo —. Mire, otro juego. Me tendió una cuartilla escrita a máquina:

XVI.

aúlla aúlla

aúlla aúlla

aúlla

aúlla

Que aún se parece muy simpático.

Tristan Tzara

—Es un poema dadá, de Tristan Tzara.

—No lo entiendo.

—Tal vez sea ése su objetivo: sembrar dudas, plantear preguntas, provocar desconcierto. No sé. Hay un libro de Reinaldo Arenas donde encontré un juego parecido, vea.

Era otro papel, éste quebradizo y con manchas parduscas de humedad.

Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas. Hachas; hachas; hachas; hachas; hachas; hachas; hachas; hachas; hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas, hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

hachas

ha-chas-ha-chas-ha-chas-ha-chas-ha-chas-ha-chas

ha-chas-ha-chas-ha-chashachashachashachashachashachas…

Se lo devolví con una media sonrisa atravesada.

—Es sólo otro juego, no le busque más misterios. Y, desde luego, la demostración palmaria, la prueba irrefutable de que con una sola palabra es difícil completar un texto con sentido. Ja, ja. Es una broma. ¿No se ha preguntado nunca cuál es el número mínimo de palabras imprescindible para poder contar algo?

—No, la verdad es que no…

—Hace un par de años cayó en mis manos un libro en el que se comentaba el número de palabras que contenían algunos textos famosos. Por ejemplo, El Quijote está escrito con 378.486 palabras y Honoré de Balzac utilizó más de cuatro millones en los 97

volúmenes de su obra completa. Afirman los estudiosos que Shakespeare manejaba un léxico cercano a las 25.000 palabras; sin embargo, Racine, por ejemplo, consiguió escribir la totalidad de su obra dramática utilizando únicamente 2.000 palabras básicas…

—Tiene mérito.

—Un hombre económico, no cabe duda.

En la calle sonó un ruido metálico, y Matías dirigió su mirada al otro lado del cristal del escaparate descolgando las gafas del borde de su nariz. Yo también me volví. Los bomberos parecían estar recogiendo:

alcotanas, palas, grilletes… Después me ha sorprendido la frialdad con la que en aquel momento me lo planteé: si Matías salía a la calle aprovecharía para cambiar el candado. Era el último escollo; conseguir llegar hasta la mesa sin que Matías lo advirtiera, y el que saliera de la tienda era una posibilidad inesperada. Pero no se movió. Estuvo un momento callado, ausente, atento a lo que ocurría en el exterior, pero un segundo más tarde continuó hablando.

—Disculpe. Le decía que estuve pensando en el número de palabras mínimo para contar algo. Una vez encontré un cuento lo suficientemente corto, mire: «Los deseos dejan de cumplirse porque los mendigos han sacado las monedas de las fuentes».

»Quince palabras. No he conseguido encontrar nada más breve. Tal vez sea necesario un mínimo de quince palabras para contar una historia…

—Es una teoría interesante…

—Sin duda. Recuerdo también un soneto de José Hierro en el que juega con dos únicas palabras: TODO y NADA. Permítame un momento que lo busque…

Matías se acercó hasta la estantería y fue recorriendo con el dedo una fila de libros.

Finalmente eligió uno, finito, de color rojo, que volvió hojeando hasta que encontró lo que buscaba:

Después

de

todo,

todo

ha

sido

nada,

a pesar de que un día lo fue todo.

Después

de

nada,

o

después

de

todo,

supe que todo no era más que nada.

Grito ¡Todo!, y el eco dice ¡Nada!

Grito ¡Nada!, y el eco dice ¡Todo!

Ahora sé que la nada lo era todo,

y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.

(Era ilusión lo que creía todo

y que, en definitiva, era la nada).

Qué más da que la nada fuera nada

si más nada será, después de todo,

después de tanto todo para nada.

—Está muy bien…

—¿Ha visto? Esta vez el baile está ordenado en torno a dos palabras nada más, un auténtico ejercicio de estilo.

—Interesante.

Le devolví el libro y Matías lo colocó de nuevo en su lugar en la

estantería con cierta liturgia.

—Tengo más juegos para usted — se ajustó las gafas y buscó otra vez en la caja —.

Mire, este otro es de Cabrera Infante, no tiene nada que ver con lo que estamos hablando, pero es también sugestivo…

Volvía a ser el mago de la chistera. Cada vez que metía la mano en su interior deparaba una nueva sorpresa al auditorio. En el papel que me mostró se leía lo siguiente:

Y el dueño se achicó, si es que podía hacerlo todavía, y fue el hombre increíblemente encogido, pulgarcito o meñique, el genio de la botella al revés, y se fue haciendo más y más y más chico,

pequeño, pequeñito, chiquirritico

hasta que se desapareció por

un agujero de ratones al

fondo-fondo-fondo,

un hoyo que

empezaba

con

o

Cuando levanté la vista del papel le vi observándome por encima de sus gafas de concha con sus ojos grises, escrutadores. Era imposible, por supuesto, pero me sentí descubierto. No fueron más que unos segundos, pero pareció que sus ojos eran capaces de leerme por dentro. Sentí que cualquier cosa que pensara aparecería escrita en mi frente, luminosa como un anuncio de neón. Fueron, ya cuento, unos segundos. Pero intuí en su mirada una suerte de extraña precognición, de reproche gratuito, aunque, era obvio, justificado: él no lo sabía, pero iba a robarle sus palabras. Alzó los ojos en dirección a la puerta de la tienda un segundo antes de que sonara la campanilla.

¡TLING!

—Perdone que le moleste… ¿Está ocupado?

Era la mujer de la bata. Se había quedado allí, parada, con la puerta entreabierta por donde entraba un frío cortante. Parecía azorada, cohibida. Me llamó la atención que llevara un imperdible cerrándole el escote. Son esas pequeñas cosas en las que me fijo: la gente que guarda los azucarillos en el bolso cuando toma café en la barra de un bar; las personas que recortan los sellos de las cartas que, por accidente, no han sido estampillados; las madres que se llevan a casa folios usados de la oficina para que sus niños dibujen casas y dragones por la otra cara… No era muy alta, tenía el pelo blanco, moldeado de peluquería, una cara simpática, regordeta y levemente maquillada, y unas zapatillas con pompones que parecían pertenecer a un coleccionista. La bata no era en realidad de boatiné, sino de ese tejido suave al tacto, no sé cómo se llama, que con el uso se llena de pelotillas. Era de color azul celeste. Allí parada, a contraluz, parecía una aparición, un hada surrealista, daliniana…

—Buenos días —aunque evidentemente se refería a mí, se dirigió a Matías como si yo fuera transparente —; ¿puede atenderme un momento, don Matías?

—Sí, claro; pase, por favor…

—Prefiero que salga, ¿puede? Es que quería que viera una cosa del tejado…

—Claro —Matías salió de detrás del mostrador, y se dirigió a mí en tono confidencial —. Discúlpeme…

La mujer había salido de la tienda y esperaba en la acera. A través del cristal vi cómo se sujetaba el cuello de la bata con las manos, para burlar el frío. Cuando salió Matías les vi hablar. Herminia le indicó algo en el tejado y Matías miró hacia arriba, asintiendo con la cabeza. Y fui como el durmiente que responde a la orden del hipnotizador. Me removí en la silla hasta que conseguí acercar la cartera, que estaba en el suelo. Sin dejar de mirar hacia la calle busqué el candado palpando en el interior del compartimento, me incorporé con los mismos movimientos erráticos de un corzo recién nacido y, caminando de espaldas al mostrador, sin perder de vista la calle, me situé del otro lado, ese lugar propiedad exclusiva de Matías que me parecía estar violando como el altar de una iglesia. Lentamente me fui acercando hasta la mesa, avanzando de espaldas, con cuidado de no tropezar. Ahora era Matías quien hablaba, tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y se encogió de hombros un par de veces. Si entraba en ese momento me sorprendería sin excusa posible. Bastaba incluso con que volviera la cabeza, apenas cuatro dedos, y me vería. Tuve que

volverme para localizar el candado en la mesa.

Estaba en el mismo lugar en que lo había encontrado la primera vez: el cenicero de cristal ámbar. Lo cogí y, con el mimo con que se trata un Stradivarius, puse el mío en su lugar. Matías estaba ahora enfrente justo de la puerta, mientras que la mujer se había colocado de espaldas a mí. Ambos miraron otra vez al tejado, y yo regresé apresuradamente hasta la silla mientras deslizaba el candado en el bolsillo del pantalón.

Todo resultó mucho más sencillo de lo que había previsto, sorprendentemente fácil, simple como enhebrar una aguja. Me dio tiempo a sentarme, y aparenté estar curioseando algunas carpetas del mostrador. Parecieron despedirse, la mujer se alejó unos pasos y quedó casi centrada en mitad del escaparate, a la derecha de la puerta. Vi a Matías agarrar el pomo, pero continuaron hablando. No sé por qué lo hice, posiblemente para comprobar que había hecho el cambio de manera conecta, pero saqué el candado, apenas un par de centímetros, lo suficiente para echar una hojeada rápida. Y fue cuando me di cuenta.

—Mierda —mascullé entre dientes, como si masticara las palabras.

Matías había quitado la pegatina. En el candado se veían todavía algunos rastros blancos de papel, adheridos al latón. Miré hacia la puerta. Lo siguiente debió de ocurrir en poco más de diez o doce segundos, pero lo recuerdo como filmado a cámara lenta; cada paso, los más imperceptibles movimientos ralentizados igual que esas imágenes de los documentales en las que la leona se apresta a la caza. Esta vez me levanté como impulsado por un resorte. Llegué en dos zancadas hasta la mesa, recuperé el candado y arranqué la pegatina de un tirón. También quedaron trozos de papel adheridos caprichosamente al metal. Intenté raspar con la uña para que, en lo posible, se parecieran a los rastros del candado de Matías, pero en ese momento…

¡TLING!

Me volví sabiéndome irremisiblemente descubierto, definitivamente atrapado, pero Matías todavía estaba hablando con la mujer. Se estaban despidiendo.

—No se preocupe, doña Herminia…

Regresé a la carrera. Comprobé que tenía el candado en el bolsillo, y me senté otra vez como quien ocupa la última silla, al ritmo de la

música que acaba de detenerse. La voz de la mujer sonaba ahora lejana y dulce. Decía algo de nacer de nuevo.

—En fin, es mejor no pensarlo — dijo Matías empujando la puerta un poco más —; bueno, cuídese… — se volvió hacia mí mientras se dirigía al mostrador —. Perdone, está asustada y vive sola.

—No se preocupe.

Me pareció sorprendente que aquella quietud aparente de la tienda no delatara lo que acababa de ocurrir. El aire, la atmósfera, el sonido apenas inaudible de la estufa eléctrica parecían de alguna forma alterados. Pero Matías se dirigió con parsimonia al otro lado del mostrador. Volvió a ponerse las gafas, que pendían del cordón en su pecho, y se puso a buscar de nuevo en la caja de cartón.

—Tendremos tema de conversación para unos días; me refiero a la cornisa. En estas casas nunca pasa nada. Ah, mire — se interrumpió —, esto es muy interesante.

Me dio un papel donde se veía lo siguiente:

Una FURIA dijo

a un ratón al que

en casa se encontró: «Juntos iremos ante la LEY:

¡Yo acusaré! ¡ *Tú*

te defenderás!

¡Vamos! ¡No

aceptaré más

dilación! ¡Un

proceso hemos

de tener, pues,

en verdad, no

he tenido

esta mañana

otra cosa que
hacer!». Dijo
el ratón a la
energúmena.
«Tal pleito,
respetable
dama, sin
jurado ni
juez, no
serviría
más que
para des—
gañitarnos
inútilmen—
te». «Yo
seré el
juez, y
el jurado», re—
plicó,
taima—
da, la
vieja
furia.
«¡Seré yo

quien

diga

todo

cuanto diga y

YO

quien a

muer—

te te

con—

de—

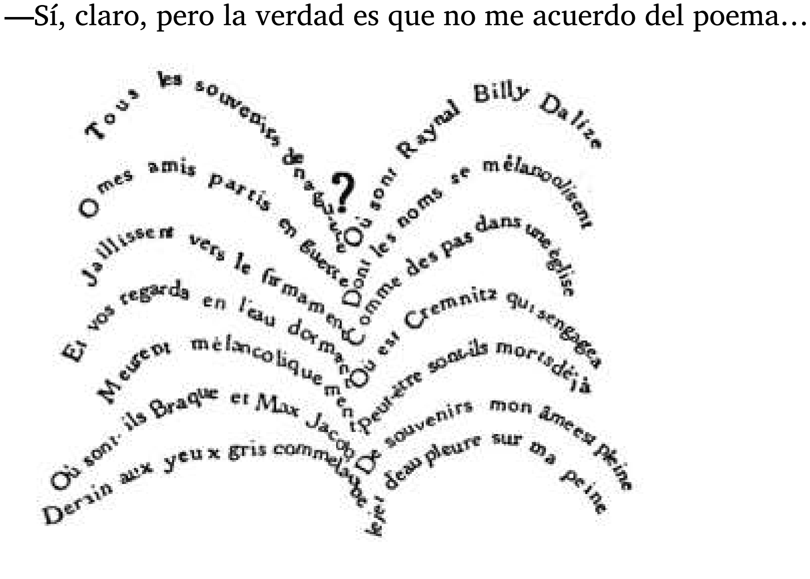
ne».

—Es un poema de rabo de ratón — dijo Matías.

—Sí, ya veo…

—Está sacado de *Alicia en el País de las Maravillas*. ¿Lo conoce?

—Sí, claro, pero la verdad es que no me acuerdo del poema…



—Mientras el ratón habla, Alicia no puede quitar los ojos de su cola, así que esto es lo que entiende…

—Divertido.

—Y mire este otro…

Me recuerdo ahora allí, sentado frente al mostrador con el papel amarillento que me había entregado Matías, y siento cierta nostalgia. Intento revivir el olor de la tienda, la densidad pesada del aire, pero no soy capaz. Matías seguía hablando, con su voz modulada y armónica. Y en ese momento fui consciente de que, tras el robo, me sería imposible volver. Estaba cerrando la última represa y todo aquel escenario quedaría irremisiblemente anegado: el mostrador, víctima de la gangrena de papel impreso dosificado en carpetas y cajas como un ejército o, mejor, una guerrilla; la mesa, al fondo, iluminada por el flexo de luz lechosa y triste; las estanterías, meros armazones que aprisionaban libros, legajos, montones informes de papel; los cuadros, colgados caprichosamente en las paredes como el mosaico de un ciego. En ese momento la tienda se había convertido en el país del exiliado, lejano e inalcanzable. Atisbaba cada rincón, a hurtadillas, y me despedía como el perro cansado de vivir.

El reloj seguía pespunteando los minutos con una indiferencia atávica. Y Matías hablaba. Contaba la historia de un niño que inventaba palabras. Palabras extrañas como animales exóticos, largas e impronunciables: quin-cua-tes-cen-di-lo-ma-ri-ca-le-ro, mantogableladroreta, gimilocuatriotabela, paranguaricutirimicuaro…

Las anotaba en un viejo cuaderno rayado, de tapas azules. Una en cada página, con caligrafía infantil apenas empezada a educar, y cada noche les pasaba revista, y las memorizaba. Y el niño creció. Y al cabo de los años, cuando ya había olvidado todas sus palabras, descubrió con sorpresa, en un mapa, que en un país lejano había una ciudad que se llamaba Paranguaricutirimicuaro; y se encaminó hacia allí.

Cuando por fin llegó, tras cruzar el mar y el océano, tras montar en autobuses atestados, en viejos coches de carrocería azul, después de bajar y subir montañas, se encontró en un lugar de casas bajas y calles populosas llenas de gente que iba a trabajar, niños que jugaban a la peonza y jóvenes montando en bicicleta. Había rótulos pendiendo de todas las fachadas: peluquería, mercería, comidas, farmacia… Había vendedores de frutas, puestos de tortas de maíz, tenderetes de ropa y zapatos. Y había árboles, enormes árboles centenarios de troncos sarmentosos e inabarcables. La plaza, de la que partía la calle principal, tenía una fuente, y un puente de piedra — en medio del

parque — que vadeaba un pequeño arroyo que en algún tiempo fuera cristalino. Y

se paró allí, en medio, viendo cómo todo a su alrededor se movía — los coches, la gente, las ramas de los árboles mecidas por un viento tibio —, y sintió que, de alguna manera, aquel lugar le pertenecía. Que él, no sabía bien cómo, lo había inventado.

—Y decidió regresar, recuperar aquellos viejos cuadernos de tapas azules, y buscar todos y cada uno de los lugares que había escrito con su caligrafía infantil apenas educada.

Matías se quedó un momento callado, como hacía siempre. Cogió sus gafas por una de las patillas, y jugueteó unos segundos con ellas esperando mi reacción.

—Una historia bonita…

—Lo es. Tal vez a nosotros nos ocurra lo mismo. Puede que todo lo que nos rodea, lo que pensamos, lo que soñamos, nuestros temores no sean más que palabras inventadas en un lejano país por un niño que juega a construirlas.

Se hizo de repente ese silencio manso, marmóreo, insolente, que quebró, como otras veces, el sonido del reloj. Era la una.

—No me haga mucho caso —dijo Matías retirando la palabra que había dejado sobre el mostrador.

PARANGUARICUTIRIMICUARO

Parecía que, al final, todo se conjuraba para que el telón pudiera caer, pesado de terciopelo y bordados de oro, sobre el proscenio.

—No se ha tomado el café —señaló el vaso lleno.

—No se preocupe.

—¿De verdad no quiere que se lo caliente?

—No, por favor. De todos modos voy a tener que irme…

—Sí, mejor continuamos otro día, ¿le parece?

—Claro…

—Voy a ver si cierro pronto y me voy para casa. La verdad es que el

accidente ha acabado afectándome. Ha sido mucho ajetreo, y ya estoy demasiado viejo para estas cosas.

Mientras hablaba encajó la tapa en la caja, y la devolvió con parsimonia a la estantería.

—Espere… —dije—. Creo que me voy a llevar la palabra del niño.

Se quedó un momento parado, me miró por encima de las gafas, y deshizo el camino andado.

—Hace una buena compra —abrió de nuevo la caja en el mostrador, y cogió de su interior un papel que metió cuidadosamente en un sobre—. Se lleva una palabra que es, al tiempo, un lugar lejano, lleno de niños, jóvenes y bicicletas, con un puente y árboles centenarios.

—Espero que no me cobre por todo eso.

—No se preocupe, ja, ja. Es lo que tienen las palabras. Uno compra una palabra, pero también todo lo que significa, lo que sugiere, lo que nos recuerda…

—Las cajas chinas.

—Y todo cabe en un sobre.



Me lo tendió sujetándolo entre los dedos índice y corazón, como el millonario que entrega al mozo del hotel un billete doblado de dos dólares. Y en cierto modo así era. El millonario y el mozo.

Caminaba hacia la plaza, camino de casa. Cargado con la carpeta repleta de papeles, la cartera y el paraguas. Con la muñeca, a través de la tela del pantalón, palpé un par de veces el candado para recuperar la certeza de que todo seguía en su sitio: el universo, el cosmos, el aire gélido que amenazaba nieve. Todo aquello tenía un componente de irreversibilidad, tranquilizador en cierto modo. Ya no podía decidir.

Tenía un truco infalible, de niño, para acallar los nervios. Cuando me acuciaba un problema auténticamente grave — un partido de fútbol

decisivo con los del colegio de los escolapios, un examen de Física o la visita del médico, dos veces al año, al dispensario del colegio (siempre he sido un poco aprensivo) —, me paraba en el portal al salir de casa, y pensaba: cuando vuelva me pararé aquí mismo, como ahora, con los brazos caídos y la mirada perdida en algún detalle nimio de la calle — la farola de la esquina, los cables del teléfono sujetos a la fachada —, e intentaré revivir esta desazón.

Pero todo habrá pasado, y será imposible. Se habrá difuminado en un recuerdo lejano y absurdo.

A veces, incluso, me dejaba una carta, una nota, un sobre cerrado… Una suerte de confesión a plazo fijo, de espoleta de efecto retardado. Otras veces sometía al destino a consulta. Me decía: «Si consigo llegar a la esquina antes de que dejen de sonar las campanas, todo irá bien». O: «Si me cruzo con cinco coches de color rojo, no pasará nada». A veces los juegos eran todavía más perversos: «Si el señor de la gabardina gris gira a la izquierda, me operarán de amígdalas, mientras que si sigue recto no pasará nada». Ahora sigo practicando estos trucos de vez en cuando.

Pensé que esa misma noche, cuando subiera otra vez la cuesta, camino de casa, todo habría pasado. Y reparé en el reloj del campanario, que marcaba la una y diez. Me prometí mirarlo de nuevo por la noche, cuando regresara con las palabras, y también con un candado, como ahora, en el bolsillo.

Todo parecía estar bajo control, pero nada acabó saliendo como yo esperaba.

■

nueve

Es noche cerrada y se respira un silencio delator. Llevo un buen rato sentado en el cuarto de estar de casa, frente a la mesa camilla en la que he vaciado el contenido de la mochila. Todo resulta demasiado irreal, abstracto como el lejano recuerdo de las vacaciones. Parecería que todo hubiera sido un sueño, y tal vez resultara tranquilizador que así fuera. Pero sobre la mesa hay una incómoda certeza: centenares de pequeños papeles en los que hay escritas palabras. Palabras extrañas y fascinantes. Elijo algunas, al azar, las sopeso en la mano como piedras semipreciosas, y las leo en voz baja, balbuciendo una letanía sin sentido, mientras me pregunto cómo he sido capaz de meterme en este lío.

Todo había funcionado según lo previsto, sin problemas ni sobresaltos. Fue como si existiera un guión escrito que yo me hubiera limitado sencillamente a representar, sin aplausos ni bises. O eso creía.

Dormí bien aquella noche, un sueño reparador del que me desperté casi a media mañana. Pero todavía quedaba un escollo: contárselo a Ana.

—¿De verdad me estás diciendo que has robado en la tienda? No me lo puedo creer…

Ya he contado que Ana tiene una cierta propensión al dramatismo. Allí parada, en medio del salón, como una heroína romántica: los ojos alzados, los brazos elevados al techo, parecía estar pidiendo perdón al pie de la hoguera o, mejor, esperando sobre su pecho la caída de un rayo cegador.

—¡No es posible! Sencillamente, no es posible…

Se masajeaba las sienes con las yemas de los dedos y se retiraba el pelo de la cara, muy teatral, mientras se movía por la habitación, vocinglera como una herida abierta.

Tres o cuatro veces pareció que había terminado, pero enseguida encontraba una nueva veta de reproches que pasaba a explotar con la

diligencia de un minero a destajo.

—Estás loco, Carlos, loco de atar… — me miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el pelo revuelto, y la respiración entrecortada —. ¿En serio quieres decir que te pusiste una media en la cabeza, cogiste el abrecartas y atracaste la tienda?

Hice ademán de responder, de contarle el plan, el cambio del candado, pero no dio resultado. Ni siquiera me dio tiempo a abrir la boca.

—¿Y si te dijera que he sido yo? — en un primer momento no entendí a qué se refería —. ¿Eh?, ¿y si te dijera que he sido yo siempre, que he sido yo todo?

Había en su voz un tono provocador que llegó a inquietarme. Me recordó a mis amigos, de pequeño, cuando jugábamos a echar lapos contra la pared a ver quién conseguía llegar más arriba. Lo que acababa de decir Ana había sido igual que un salivazo en la cara del que tardé unos segundos en reponerme.

—Exactamente, ¿qué quieres decir?

—Los papeles en los buzones, la teoría de la conspiración, La Farga… Todo lo he montado yo — dejó caer los brazos, y volvió la cara con displicencia —. Te has vuelto loco, robar en la tienda…

—¿Me estás contando que tú has organizado toda la historia?

—Exactamente. Y has terminado cagándola.

—No, espera, no intentes ahora escabullirte con el asunto del robo. Explícamelo despacio porque me estás dejando alucinado.

Después he pensado muchas veces en lo fácil que resultó todo. Lo lógico que aparentaba ser, lo adecuado a la situación: Ana, confesando con la serenidad impuesta de un marido infiel sorprendido con una mancha de carmín en la camisa. Sin balbuceos ni alharacas, con el aplomo de quien lleva aprendida la lección que le preguntan en el examen. Dio un profundo suspiro. Y se dejó caer en el sofá.

—¿No tendrás un cigarrillo, verdad?

—Ya sabes que no fumo, y te recuerdo que tú tampoco, desde el año pasado.

Hurgó unos segundos en su bolso, y sacó una barra de cacao que se pasó tres o cuatro veces por los labios.

—Descubrí la tienda hace un par de meses — su tono era parsimonioso, despreocupado. Echó la barra de cacao al bolso, y lo dejó sobre la mesa igual que un despojo —; un día que habíamos quedado llegué antes de tiempo, no estabas en casa y me di una vuelta por el barrio. Vi la tienda, me sorprendió que pudieran venderse palabras, y entré. Matías me mostró algunas frases capicúa, palabras inventadas, y un poema de Lewis Carroll del que después saqué la palabra «Murgiflar». Estuve a punto de contártelo, pero decidí que sería más divertido si te dejaba un anónimo en el buzón, algo que llamara tu atención.

—¿Que te pareció más divertido?; por favor.

Supongo que mi mirada debió de ser de recelo. Como si me resistiera a creer lo que estaba oyendo. Pero tenía la secreta convicción de que Ana estaba diciendo la verdad; en realidad la tuve desde el momento en que empezó a confesar.

—Le dije a Ángel que escribiera el mensaje para que no reconocieras la letra.

—¿Ángel el del banco también está metido en toda esta historia? ¡Qué fuerte!

—No está metido en nada, se limitó sólo a escribir el papel.

Ahora era yo quien caminaba por el salón de casa. Me movía a trompicones como un boxeador al borde del KO intentando zafarse del golpe de gracia.

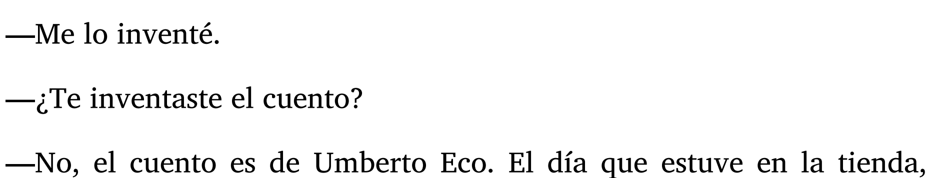
—Sólo pretendía ser un juego. Si hubieras ido a la tienda la primera vez y le hubieras entregado el papel a Matías, no habría ocurrido nada. Pero estabas tan entusiasmado, tan absorto, que el resto salió solo. Sobre la marcha me fui inventando la historia de los ladrones de palabras y, no sé, supongo que todo acabó enredándose.

—¿Y el cuento? —intentaba aferrarme a una historia que, por momentos, se caía como un castillo de naipes. Supongo que era un intento, estúpido, de justificar mi ingenua credulidad.

—¿El de Umberto Eco?

—El nombre del abad y el de Matías, Orgaz y Zagro, eso no puede ser

casualidad.



—Me lo inventé.

—¿Te inventaste el cuento?

—No, el cuento es de Umberto Eco. El día que estuve en la tienda, Matías me entregó una tarjeta con su nombre. Decidí inventarme el nombre del abad para dar mayor verosimilitud a la historia. Tú habías decidido quedarte con el libro, ¿recuerdas?

Pero confié en que no lo hubieras leído…

Fui hacia la estantería y busqué el libro de Eco. Estaba al lado del acuario, sobre un montón de papeles, facturas y cartas del banco que tenía para ordenar. Hojeé el cuento, pero no conseguí encontrar el nombre del abad.

—No busques el nombre, Carlos, no está — hizo una pausa y, después, continuó hablando con la mirada baja, perdida en algún lugar de la mesa —. He estado a punto de confesarte la verdad muchas veces. Pero llegó un momento en que la historia funcionaba casi de forma autónoma. Todo iba ocurriendo sobre la marcha, y me parecía inofensivo…

—¿Y el segundo anónimo?

—Aproveché que tenías tu clase particular para dejártelo en el buzón. Entonces fue cuando decidiste tomar la iniciativa. Me asusté e intenté pararte.

—¿Cómo que me paraste? Me dejaste enviar el mensaje a La Farga.

—La idea de La Farga la saqué del artículo que te enseñé — Ana se puso de pie, se acercó a la ventana, descorrió ligeramente el visillo, y dio otro profundo suspiro —; había leído que coleccionaba manuscritos, y cuando apareció publicado lo de la empresa de informática me di cuenta de que podría ser el sospechoso ideal…

Ojos de cocker, lo llamo. Nunca me he resistido a esa mirada de cachorro friolero, antesala de lo irremediable.

—Carlos, al principio era un juego, un simple juego. Y luego fueron las palabras, creo que yo también conseguí sentirme fascinada — hizo un mohín que pretendía ser conciliador —. Era como si hubiéramos descubierto un universo único, un cosmos desconocido lleno de lunas,

planetas, polvo estelar… Matías nos señalaba las palabras en el firmamento, una a una, y les daba nombres como si fueran estrellas.

Ana levantó la mirada y vi sus ojos cristalinos. Por un momento pensé que iba a echarse a llorar.

—Y éramos los dueños de todo aquello, tú y yo.

Se quedó callada un par de segundos, tal vez más. Después se apartó el pelo de la cara y continuó.

—Cuando dijiste que ibas a robar en la tienda intenté hacerte desistir, y creí que lo había conseguido. La verdad es que ni se me pasó por la cabeza que fueras capaz de hacerlo. Lo de La Farga no planteaba ningún problema. No creo siquiera que le haya llegado el mensaje, pero de todas maneras era un anónimo con una palabra inofensiva que, seguro, habrá acabado en alguna papelera.

—¿Pero por qué no me lo contaste?

—De verdad que intenté hacerlo. Cuando me preguntaste que cómo habían dado con tu dirección, estuve a punto de decírtelo todo. Pero no encontré la manera.

Necesitaba tiempo para ver cómo resolverlo. Oye, ¿vienes a la calle?, me estoy agobiando aquí dentro.

Ana se dirigió al perchero, en la entrada, y se puso su zamarra de piel forrada.

Estuvimos un rato esperando el ascensor, pero el indicador de «puerta abierta» estaba encendido, así que decidimos bajar andando. Lo hicimos en silencio. Cuando llegamos a la calle respiramos el aire claro y frío. Hacía una mañana bonita como un día de milagro, soleada y luminosa. Todo había sido demasiado imprevisto.

—Nunca pensé que fueras a robar la tienda…

—¿Y entonces, «las arsénico»? — dejé la pregunta en el aire.

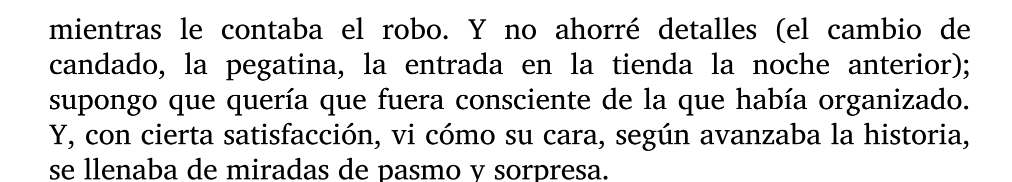
—Fuiste tú quien dijo que tal vez estuvieran implicadas, ¿recuerdas? Reconoce que también has ayudado bastante…

—¿A qué te refieres?

—A la historia. Era bastante inverosímil…

Ana torció el gesto apretando los labios en lo que era la sonrisa del niño que acaba de derramar en la alfombra el agua de las acuarelas. Era su manera de decir «lo siento».

Y entonces me rendí. Chasqueé los labios, y vi en la plaza un par de niños, forrados como astronautas, que corrían detrás de las palomas. Me subí el cuello de la gabardina y metí las manos en los bolsillos. Tenía razón Ana. Pensándolo fríamente, la historia de la conspiración había sido, desde el principio, bastante increíble. Seguimos andando



mientras le contaba el robo. Y no ahorré detalles (el cambio de candado, la pegatina, la entrada en la tienda la noche anterior); supongo que quería que fuera consciente de la que había organizado. Y, con cierta satisfacción, vi cómo su cara, según avanzaba la historia, se llenaba de miradas de pasmo y sorpresa.

—¿Y ahora qué hacemos con las palabras?

—No sé, pero no pienso volver a la tienda para devolverlas.

No era habitual, ni mucho menos, que le enviaran correspondencia a Basic-Led.

Aunque era presidente de la compañía desde su fundación, tenía su despacho casi en la otra punta de la ciudad. En la planta 22 de un moderno edificio de oficinas con inmensas cristaleras tintadas de color oscuro. Hacía un momento que su secretaria, Alicia, una cuarentona elegante y discreta, le había traído el café y un pequeño montón de cartas. El sobre le llamó la atención porque no figuraba el remitente. Iba dirigido a él, con un curioso paréntesis al lado de su nombre en el que se leía «personal». Comprobó que tenía el sello de seguridad, prueba de que había pasado por el escáner.

Buscó un resquicio en la solapa e introdujo el abrecartas de plata. Estaba afilado como un estilete, y rasgó el papel con un corte limpio. Dentro había un papel marrón doblado en dos con letras recortadas:

ROnDaLLa

Era un mensaje extraño. Pero no resultaba amenazador. Tal vez se

sabía lo suficientemente poderoso como para no sentir inquietud. Sostuvo el papel entre las manos con curiosidad, y después lo giró para ver si había algo más escrito en el dorso.

Volvió a mirar en el interior del sobre, pero ese papel marrón que acababa de sacar era el único contenido. Rondalla. Dejó el papel sobre la mesa y tamborileó suavemente con los dedos sobre el escritorio de cuero repujado. Parecía estar todo a buen recaudo, convenientemente cerrado y algo, sin previo aviso, un olor, una vieja postal, una voz, abre una grieta en la urna, y los recuerdos se desparraman. Como una llave que encajara perfectamente en la cerradura.

Se echó hacia atrás en el inmenso sillón basculante de cuero negro que le abrazaba como una amante cariñosa. Rondalla. Hacía tiempo que no la oía. Puso las manos ante sí, como si rezara, y apoyó los dedos en sus labios. Cerró los ojos. Aquélla era una palabra que le traía el olor peculiar de los pasillos del colegio. Un olor un tanto desagradable, a lejía, almidón, cera derretida… Debía de tener once o doce años, y cantaba en el coro. Había ensayo dos días a la semana, por la tarde, a la salida de clase.

Vestían pantalones de tergal azul, con raya y dobladillo, polo blanco, de manga larga, mocasines negros y, en invierno, jersey de pico, de lana, de color burdeos. Los ensayos eran en la rotonda del segundo piso. A esa edad quería ser músico: violinista, pianista, director de orquesta; pero a su padre nunca le pareció un trabajo digno. Años más tarde, no fue exactamente que le hubiera obligado — no era su estilo —, pero consiguió, digamos, persuadirle para que se hiciera ingeniero.

No era capaz de recordar las canciones, desde luego, pero sí el frío húmedo que hacía allí, en las escaleras, y que, a veces, les hacía asistir a los ensayos con abrigo y guantes. Se acordaba también de la extraña y umbría sonoridad de los pasillos vacíos inundados con sus voces infantiles. Tenía un compañero que tocaba la bandurria, o la guitarra, ¿Vilches?, no conseguía acordarse del nombre. Un chico rubio, espigado, de pelo rizado, que una vez se partió el brazo saltando el potro. ¿Qué habría sido de él?, se preguntó.

Eran un grupo de cuatro amigos que durante años fueron inseparables. ¿Cómo se llamaba ese otro, el que su padre tenía una tienda de embutidos?: Araque, y también estaba Reina, Enrique Reina. Tenían una palabra clave, ¿cómo era? Algo divertido que sonaba como *pelo*… *pelambre*, no. *Pelambró*. Eso era. El abuelo de uno de ellos, lo recordaba perfectamente, le regalaba palabras por su cumpleaños. Palabras exóticas a las que luego buscaban significados. Pelambró era

estar bien — sonrió —. Cantaban pelambró, jugaban pelambró, lo pasaban pelambró… Se apellidaba Orgaz, como el cuadro de El Greco; Orgaz, el niño al que le regalaban palabras… Se echó hacia delante y el sillón, al recuperar su posición normal, le impulsó suavemente contra el borde de la mesa. Acarició con la mano el papel marrón. Apreció su tacto basto y rugoso. Tenía un enorme anillo con sus iniciales en el dedo anular. Cogió la taza de café y dio un sorbo para comprobar la temperatura. No le gustaba demasiado caliente porque siempre fue incapaz de esperar a que se enfriara: no era un hombre paciente. Mantuvo el líquido un momento en la boca y, después, de un solo trago apuró el resto. Le interrumpió el sonido del dictáfono que estaba sobre la mesa.

—Don José Antonio…

—Sí, Alicia.

—Tiene una llamada por la línea 2… El señor Cabrerizo…

—Páseme, por favor… No, espere, dígale que me llame en — miró su reloj — diez minutos.

—¿Diez minutos?

—Sí, por favor.

A su espalda el ventanal enmarcaba un trozo de ciudad, ficticio como una postal retocada: el cielo gris que amenazaba tormenta, las chimeneas, las terrazas de los edificios surcadas de tuberías de metal brillante que parecían gusanos futuristas. Se puso de pie. Y perdió la mirada en ese laberinto de cristal y aluminio: Pelambró.

—Alicia, por favor… —estaba de pie ante la enorme mesa de madera, al lado del intercomunicador.

—Sí, señor La Farga…

—¿Puede buscar en la guía de teléfonos y ver cuántos Orgaz hay?

Fue un calor profundo que se me instaló en el pecho, una nube de

vapor desbocada que me surgió de la boca del estómago y que pareció quemarme la cara, las orejas, la punta de la nariz: Matías lo sabía. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta? Lo sabía y, sin embargo, me había dejado continuar con el robo. Me levanté de la cama con la boca seca y pastosa, y me senté en el sofá del salón. Tenía que pensar. No era una simple sospecha sino una imperdonable evidencia: había hecho el cambio del candado por la mañana y Matías cerraba la tienda a la hora de comer. Así que necesariamente había tenido que darse cuenta al volver por la tarde. El hecho de que por la noche yo hubiera conseguido entrar demostraba que había decidido dejarme continuar; ¿por qué? Sólo había un lugar donde encontraría las respuestas.

Tardé todavía un par de días en volver a la tienda. Pretendía serenarme, conseguir un cierto sosiego. Pero me convencí de que no sería posible la paz sin que antes consiguiera firmar el armisticio.

¡TLING!

Matías me recibió con una sonrisa cómplice. Era evidente que me esperaba. Antes de decir nada puse sobre el mostrador una bolsa con las palabras que me había llevado.

—Es una larga historia.

—Espero tener ocasión de escucharla.

Matías echó un vistazo superficial al contenido, como si no le suscitara el más mínimo interés, y apartó la bolsa a un extremo del mostrador. Suspiró.

—¿Tiene tiempo de tomar un café?

—Sí, claro…

Se alejó hacia la mesa con pasos medidos, firmes pero atentos, como si caminara por un campo minado:

—No conseguí comprender lo del candado hasta que volví el sábado por la mañana y vi que podía abrir con mi llave. Muy inteligente, la verdad…

—Pretendía serlo.

—Pero me dejó sin comer el viernes.

—Lo siento —me sentí un poco ridículo porque Matías estaba al fondo

de la tienda y tuve que elevar la voz.

Matías volvió con las manos en los bolsillos y una sonrisa compasiva que me hizo sentir acorralado.

—¿Cuándo se dio cuenta? —pregunté.

—El mismo viernes, un poco después de que se marchara. Debo confesarle que cuando hablaba con Herminia, en la calle, vi desde la puerta cómo se acercaba a la silla corriendo, y sentí curiosidad. Probablemente no me habría dado cuenta del cambio de

no ser porque me extrañó su comportamiento. Pero busqué con cuidado, y el candado no resistió una mirada minuciosa. Comprobé que mi llave no abría, y me encontré con que no podía cerrar la tienda, porque estaba claro que después no conseguiría entrar.

Era la hora de comer, así que salí un momento al bar y compré un bocadillo mientras pensaba qué hacer.

Hizo una pausa. Se colocó las gafas, y ordenó de forma maquinal algunos papeles que había sobre el mostrador.

—Mi idea inicial era esperar a las cinco a que abrieran las tiendas, y comprar un candado nuevo. Pero sentía curiosidad por saber cuál era su plan. Así que, cuando cerré, por la tarde, decidí dejar puesto su candado y esperar a ver qué pasaba.

—Ya…

—El sábado por la mañana, cuando volví, comprobé que la llave abría perfectamente. Lo que significaba que había vuelto a cambiarlo. Y entonces lo entendí todo. Me llevó un rato descubrir que faltaban palabras del museo. Hizo bien en cogerlas salteadas, de hecho no creo que hubiera reparado en el… — pareció rehuir la palabra

«robo» —, en que ya no estaban.

—Sólo quería rescatar las palabras, volver a sacarlas a la luz.

—¿Y cómo pensaba hacerlo?

—No lo sé. No me dio tiempo a pensarlo.

—Interesante.

La cafetera comenzó a borbotear, precedida por un olor intenso a café

que prácticamente inundó toda la tienda, como una nube invisible. Matías se alejó y, casi al momento, volvió con las tazas.

—¿Y su larga historia? —preguntó Matías.

Le conté lo de la visita de Ana, de quien consiguió acordarse en cuanto se la describí.

Le conté lo del papel en el buzón. El cuento de Umberto Eco, el nombre del abad y el suyo (no pudo evitar una sonrisa cuando lo oyó). Bebimos nuestros cafés mientras le explicaba la trama de la conspiración: el millonario excéntrico coleccionista de palabras, los ordenadores infectados de virus. Y debo confesar que, si bien al principio me sentí un poco avergonzado, la historia, al final, acabó cautivándonos a los dos. Me acercaba a

la parte más difícil, la del robo, cuando me interrumpió el timbre del teléfono. Volvió a sonarme tan extravagante como la primera vez. Matías se acercó a la mesa y descolgó.

—Dígame…

Siempre me han divertido las fórmulas que la gente utiliza para responder al teléfono. Es como una especie de firma; hay quien comienza con un simple «Hola», que significa que todo el mundo es bien recibido; hay quien responde con un escueto y aséptico «Sí», un tanto marcial; y quienes, como Matías, comienzan la conversación con un «Dígame» edulcorado. Medroso y tímido. Como si de algún modo confiaran inconscientemente en que alguien, en algún momento, les acabará sorprendiendo. Esa vez fue así, una sorpresa, y no sólo para él.

Mientras hablaba, recordé mi primera visita a la tienda. La sensación que me había provocado aquel abigarrado escenario, desconcertante como la sala de un museo.

Recordé mi primera impresión cuando vi a Matías subido a la escalera. Las primeras palabras capicúa. Allí seguía todavía el cuadro con la frase en portugués, y pensé que probablemente el marco habría vuelto a llenarse de polvo. Me alejé hacia el escaparate y miré la calle, al otro lado. De nuevo había en el cristal pequeñas motas de barro, salpicaduras que acabarían convirtiéndolo en un velo, una cortina misteriosa. Matías continuaba hablando, al fondo, y hasta mí llegaron algunos retazos de la conversación, como piezas de un puzle que, por discreción, me negué a intentar encajar. Cuando colgó se acercó hasta el mostrador, con una sonrisa incrédula en los labios.

—Qué curioso. Acabo de colgar a un viejo compañero de colegio, al que hace más de cuarenta años que no veo. Ha llamado para contarme que hace unos días recordó nuestros tiempos del coro, cuando utilizábamos la palabra «pelambró», ¿recuerda que le conté la historia? Probablemente ha oído hablar de él, José Antonio La Farga… No sé cómo habrá conseguido dar conmigo.

No pude disimular un gesto de estupor cuando oí el nombre. Por algún motivo, cuando Ana confesó todo, acabé por borrarlo de mi cabeza. Y fue una sorpresa que apareciera de nuevo, y precisamente en boca de Matías. No obstante, decidí desatender la tentación de comenzar con el rosario de sospechas. Y me sentí feliz de que todo aquello (la conspiración, las palabras desaparecidas, los contactos secretos) hubiera terminado. Le conté a Matías el robo en la tienda, pasando de puntillas por los pasajes más escabrosos. Le conté el plan de los candados, la pátina, la pegatina de la cerrajería, el momento en que Herminia y él salieron a la calle. Y la entrada en la tienda, el viernes por la noche. Preferí no referirme a La Farga, porque habría complicado el tema innecesariamente.

—Y eso es todo —dije abriendo las manos en un gesto amigable.

—Se ha divertido lo suyo.

—Sí, podría decirse que sí.

Cayó sobre la tienda ese silencio enigmático que nos embargaba a veces. Matías recogió los vasos, y se alejó con ellos tintineando en los platos, hasta la mesa. Miré el reloj de pared y vi que faltaba casi un cuarto de hora para que sonara. Comparé la hora con el mío y me sorprendió que coincidieran. Siempre había tenido la impresión de que en la tienda el tiempo pasaba de otra manera, a otro ritmo.

—Bueno, me va a disculpar, pero tengo que irme.

—Por supuesto…

Recogí mis cosas, en silencio, y me puse la gabardina. Y hubo un momento de cierto embarazo. No sabría explicar por qué, pero le tendí la mano; Matías me la estrechó, con una sonrisa franca, tal vez un momento más de lo que exige la mera cortesía.

—Espero volver a verle —dijo.

—Sí, claro.

No había acabado de abrir la puerta cuando se dirigió a mí desde detrás del mostrador.

—Tal vez tenga razón en lo de las palabras — me volví sin saber muy bien qué quería decir —; me refiero a que tal vez no sea bueno que estén guardadas en un archivador…

—Puede ser.

—Vuelva cuando quiera; recuerde que todavía tengo algunas cosas para usted.

Una semana más tarde, al abrir el buzón, encontré un papel doblado en su interior: marrón, un poco basto, doblado en dos, con unas letras recortadas que decían: GRÍMpOlA

Y un poco más abajo, escrito a mano, lo que parecía una definición: GALLARDETE MUY CORTO QUE SE USA GENERALMENTE EN LOS BARCOS PARA COMPROBAR LA DIRECCIÓN DE LA QUE VIENE EL VIENTO.

Por las ranuras de los buzones vi que había papeles en todos. No pude evitar una sonrisa. Comprendí que Matías había decidido regalar sus palabras.

APOSTILLAS A *LA TIENDA DE PALABRAS*

Sólo soy un creador de palabras; ¿qué importan las palabras?, ¿qué importo yo?

F. NIETZSCHE

uno

Las frases y palabras capicúa se llaman, en realidad, «palíndromos». También se las denomina «versos sotádicos» en honor de Sotades de Maronea, quien ya en el siglo III a.

C. escribió algunos poemas que se leían de igual forma de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Augusto Monterroso dedica un capítulo completo a este juego en su libro *Movimiento perpetuo* (Seix Barral, 1981). También aparecen algunos palíndromos en *La letra e* (Alfaguara, 1998), del mismo autor, y en el libro de Guillermo Cabrera Infante *Tres tristes tigres* (Seix Barral, 1998). La frase en portugués me la envió, desde Montreal, Debora Pinheiro, a quien también debo un artículo publicado en la revista brasileña *Istoé* donde se citan palíndromos de Caetano Veloso: «Irene ri» (Irene ríe), una canción compuesta en 1969, y de Chico Buarque: «Ate Reagan sibarita tira bisnaga ereta», que, esta vez, no sé cómo se traduce. Los versos «Don Diego no tiene don…» son de Rafael Alberti, y aparecen citados en *Elogio y refutación del ingenio* (Anagrama, 1992), de José Antonio Marina.

El poema «La mar» está sacado de *Oiradario* (en Monte Ávila Editores), un libro completo de palíndromos que me prestó Jacobo Siruela cuando comenzamos a hablar de este libro. La frase PERSEVERA, PER SEVERA, PER SE VERA es, como cuenta Matías, la divisa heráldica de Aurelio Ugidos, abuelo de mi amigo Gonzalo, y que realmente emigró a América. Gonzalo me envió también un palíndromo encantador en latín que, al final, no incluí en el libro: *in girum imus nocte et consumimur igni* («de noche vamos de ronda y nos consumimos de pasión»). Y me contó que hay un cuento de Julio Cortázar, «Satarsa», que incluye palíndromos, pero no he conseguido encontrarlo.

Existen varios sitios web en Internet dedicados en exclusiva a este tema. De uno de ellos recogí el palíndromo de Perec que se cita en el libro, y que es el más largo conocido.

dos

El cuento apócrifo «Memoria del silencio» decidimos Silvia Meucci y yo atribuírselo a Umberto Eco después de descartar a Ismail Kadaré (a quien, por cierto, también le pega mucho) como posible autor. En realidad está basado en una idea de Daniel Bilbao, a quien también debo el apellido de Matías, Orgaz, y el nombre del abad. Los gustos

musicales de Carlos, entre ellos la canción de Eric Clapton *Tears in Heaven*, son sugerencia de Miguel Burset. En su casa me pasé toda una tarde oyendo música, para ver qué canciones le podían gustar al protagonista del libro.

A la utilización de palabras con doble sentido en una misma frase — traje, traje; nada, nada — se le llama «dilogía». Y «polisemia» a la pluralidad de significados en una palabra: CURA, CASTA, GUÍA… El poema «Y mi voz que madura…» es un ejemplo de «aliteración», figura retórica que consiste en la repetición del mismo sonido en una o varias frases, y es de Xavier Villaurrutia. La figura que consiste en unir las sílabas de dos palabras contiguas, formando palabras de sentido distinto, se llama

«calambur». «El dulce lamentar de dos pastores» está sacado del libro de Monterroso *La letra e*, donde hay otro también bastante gracioso: EL HACEDOR MIRA UN AVE SIN ALAS TIMADA

ÉL HACE DORMIR A UNA VECINA LASTIMADA

La frase del labrador y el cerdo es un regalo de Teresa de la Serna. Y las pirámides de palabras son un juego que me explicaron Begoña Tormo y Marina Álamo. La idea de

«El perro bebe agua» la tomé de un juego que se llama «literatura definicional», que aparece descrito en el estudio introductorio de Antonio Fernández Ferrer al libro *Ejercicios de estilo* (Cátedra, 1989), de Raymond Queneau. La figura que consiste en expresar y explicar lo que hubiera podido decirse con menos palabras, o con una sola, se denomina «perífrasis».

El poema de Virgilio Piñera «Si muero en la carretera…» pertenece al libro *Una broma colosal* (Ediciones Unión, 1988), y el fragmento de Cyrano está sacado de la edición publicada en la colección Austral, de Espasa-Calpe, en 1991. Las «paradojas»

con las que acaba el capítulo corresponden al libro *Paradojas* (Labor, 1989), de Martin Gardner.

tres

El poema «El Galimatazo» es una traducción de Jaime de Ojeda del original

«Jabberwocky» de Lewis Carroll, contenido en *Alicia a través del espejo* (Alianza, 1980), y que el propio Ojeda nos presenta como un

«disparate poético, un poema del absurdo o sinsentido». Por cierto, que encontré otra versión libre, ésta de Mariá Manent, incluida en el libro *Lewis Carroll* (Kairós, 1970) de Henri Parisot, de la que no me resisto a incluir un fragmento:

Llegaba ya el hervín. Blendes, casquines

huldaban y jarcían en el gardo.

Calígonos estaban los cibines

y venía el verdal con paso tardo.

¡Hijo mío, cuidado! ¡El Dragobán!

¡Esas fauces y garras espantosas!

¡El pájaro Yubyub! ¡Oído! ¡Van

por el bosque las negras mariposas!

Alfonso Reyes, citado por José Antonio Marina en *Elogio y refutación del ingenio*, define estas invenciones lingüísticas, estas canciones infantiles disparatadas, con el nombre de «jitanjáforas». La siguiente, sacada del mismo libro, es de Rafael Alberti: *El diablo liebre,*

tiebre,

no tiebre,

sipilipitiebre,

y su comitiva,

chiva,

estiva,

sipilipitriva,

cala,

empala,

desala,

apuñala,

con su lavativa.

El idioma inventado de Cabrera Infante pertenece al libro *Tres tristes tigres*. Me he topado con alguno más, que no figura en este libro. El siguiente, por ejemplo, es de Julio Cortázar y está en *Rayuela* (Edhasa, 1980):

Apenas él le amalaba el noema, a ella se le apolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar las incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que evulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco las arnillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplimiento, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas fículas de cariaconcia.

Es de nuevo Cortázar, en *Último round* (Siglo XXI Editores, 1985), quien construye, con palabras inventadas, un texto que sorprendentemente conseguimos entender: Como no le melga nada que la contradigan, la señora Fifa se acerca a la Tota y ahí nomás le flamenca la cara de un rotundo mofo. Pero la Tota no es inane y de vuelta le arremulga tal acario en pleno tinolio que se lo ladea hasta el copo.

Y hay también un llamativo soneto de Gonzalo Torrente Ballester, incluido en *La saga/fuga de JB* (en Ediciones Destino), fabricado con palabras inventadas: *Velmá, nora tilvó, noscamor leca*

Fos madele se gáspel ganco cía

de prasla xelvetá regal betía

Mor ásluacan xirgós colpí delbeca

Banó

delcoprapá

ventamireca

Vintila mastrilmó liacón quosnía.

Faján madén isla malagu'stía

Ibérder espemer loarey ben neca.

Falja'stién bondunclós visonta pido,

Men, taste ulcor abán loscué goalcado,

Kírtula'sekeán morió talmén teán vido.

Usquem vo vel mnorám noscamor cado

Terçan velí, zamasterán geldido,

Moltó terán, banó vol ma goldado.

Las definiciones de «piedrestal» y «piedrescual» se las debo a mi hermano Pedro, que hace años inició un diccionario del absurdo que nunca terminó. Y el texto de Cortázar de las gallinas forma parte del capítulo titulado «Dos historias zoológicas y otra casi», que pertenece al libro *La vuelta al día en 80 mundos* (Siglo XXI Editores, 1980).

La alteración del orden lógico de las palabras de una oración recibe el nombre de

«hipérbaton». El poema «Ahora que los ladros perran…», de Agustín Aguilar, es un buen ejemplo. Y el siguiente, de Lope de Vega, también:

Inés, tus bellos, ya me matan, ojos,

Y al alma, roban pensamientos, mía,

Desde aquel triste, en que te vieron, día,

Con tan crueles, por tu causa, enojos.

El texto sin A, como bien explica Matías, está sacado al azar del libro *El secuestro* (Anagrama, 1997), de Georges Perec. Hay muchos más ejemplos de literatura

«incómoda». José Manuel Lucía me encontró un soneto de Quevedo que cuenta con la particularidad de que todas las palabras empiezan por la letra A. En el verso octavo ese

«aquien» que tal vez nos sorprenda encontrar no es una errata sino

que, en el Siglo de Oro, se escribía así:

Antes alegre andaba; agora apenas
alcanzo alivio, ardiendo aprisionado;
armas a Antardra aumento acobardado;
aire abrazo, agua aprieto, aplico arenas.

Al áspid adormido, a las amenas
ascuas acerco atrevimiento alado;
alabanzas acuerdo al aclamado
aspecto, aquien admira antigua Atenas.

Agora, amenazándome atrevido,
Amor aprieta aprisa arcos, aljaba;
aguardo al arrogante agradecido.

Apunta airado; al fin, amando, acaba
aqueste amante al árbol alto asido,
adonde alegre, ardiendo, antes amaba.

cuatro

La canción de las ovejas clónicas la recitó José Hierro, citando a alguien que no recuerdo, en un taller de creación literaria, en Santander, en el verano de 1998. El cuento del soldado alemán que aprende castellano sin la letra A está basado en la historia de

Franz Grillparzer (1791-1872), traductor y dramaturgo austríaco que, según me contó Michi Strausfeld, consiguió aprender castellano con un diccionario al que le faltaba precisamente esa letra. He encontrado también otra historia, la de Heinrich Schliemann (1822-1890), arqueólogo y aventurero alemán, que aprendió ruso encerrado en una buhardilla en Amsterdam ayudado únicamente por una gramática, un diccionario y una traducción de *Telémaco*. El fragmento («¿Me quieren decir por qué…?») que habla de los acentos pertenece a un monólogo en verso de Pablo Perellada titulado *El idioma castellano* (en Librería Española y Extranjera), y el poema completo con la letra A es de Óscar de la Borbolla, escritor mexicano citado por Eulalio Ferrer en *El lenguaje de la publicidad* (Fondo de Cultura Económica, 1994). Un libro esencial para los amantes de los juegos que a mí me presentó y me prestó durante más de un año Lola Fiayega, y del que saqué multitud de ideas.

El «acróstico» circular está sacado del libro *Verso e Imagen*, editado por la Comunidad de Madrid con motivo de una exposición organizada por La Calcografía Nacional en 1993. El cuadro del discurso vacío de contenido apareció en la revista *14/30*, bajo el título «Cómo hablar dos horas seguidas de políticas de juventud». Está firmado por Elena S'antantonja y no puedo aportar más datos porque guardé la página, pero se me olvidó fecharla. El juego de las madres y las mantillas es un regalo de Alicia Fernández. Y los juegos de Oulipo, el «Súmale siete» y la «Ensalada de palabras»

figuran en la introducción de Fernández Ferrer al libro *Ejercicios de estilo*. Los títulos originales de estos juegos son «S + 7» y «Logo-rallye».

cinco

La frase en latín que compra Carlos en la feria se la debo a Miguel Ángel Chacón, que la sacó de la revista *PCmanía*. En el original, *immaculata* está escrita con dos emes.

Pero la transcribió mal y después de hacer el apaño de las iniciales me gustó mucho más la idea. Hay que decir en su defensa que, una vez descubierto el error, insistió una vez tras otra en que arreglara el desaguisado. El texto construido con pes figura en el libro de Eulalio Ferrer *El lenguaje de la publicidad*. «Amaría a María» está sacado del título de una canción de Les Luthiers, *Si conociera a María, amaría a María*. Los versos de las esponjas pertenecen al libro *La vida entera* (UNEAC, 1969), de Virgilio Piñera.

Los juegos de los «primos lejanos» se llaman «anagramas». Y, durante siglos, fueron utilizados por filósofos, científicos y cabalistas — al parecer Pitágoras era un gran aficionado — para ocultar sus descubrimientos y hallazgos. El siguiente, citado por Monterroso en *La letra e*, lo publicó Galileo en 1610:

SMAISMRMILMEPOETALEVMIBVNENVGTTAVIRAS

Y que, correctamente ordenado, dice exactamente lo siguiente: *altissimvm planetam tergeminvm observavi* (he observado que el planeta más lejano es trino).

La mayor parte de los que salen en el libro — murciélago, abecedario, rondalla, afalagar — los realicé con ayuda de una página web, un generador de anagramas, cuya dirección me envió, desde Dayton, Charles Stoug y que, lamentablemente, perdí el día en que tuvieron que formatear el disco duro de mi ordenador.

seis

La idea del cuento de las letras desaparecidas se me ocurrió una tarde que mi gata, Nana, en un arranque inesperado de amor, vino hacia mí caminando sobre el teclado del ordenador. Dejó escrito algo parecido a «nnnmefnyebojfkv`po», y me pregunté si la teoría de la literatura del mono sería igualmente válida para gatos.

Los versos desletrados son, también, de Virgilio Piñera, y corresponden al poema

«Unflechapasandogato» — no anda muy lejos de lo que escribió Nana —, incluido en su libro *Una broma colosal*. No resisto la tentación de incluir aquí dos palabras más, entresacadas del mismo poema:

CUATROCALLEJEANDOPATOS

ENNOCHEFLECHAELFLECHAGATO

Las palabras antiguas y en desuso que Matías muestra a Carlos las saqué de un par de facsímiles editados por Espasa-Calpe: *Principios universales y reglas generales de la verdadera destreza del espadín* (Espasa, 1989) y *Arte de nadar compendiado* (Espasa, 1986).

Las palabras más utilizadas a lo largo del siglo aparecen, ordenadas por décadas, en el libro *El lenguaje de la publicidad*, de Eulalio Ferrer.

siete

El parlamento de los tahúres del Mississippi está extraído de un artículo de Ramón Mayrata publicado en el suplemento de *El País* «Babelia», en julio de 1993, donde se lo atribuye al mago René Lavand. El poema de Eliodoro Puche «El reloj» se publicó en el número 11 de la revista *ULTRA*, cuya edición facsímil editó Visor en 1993. La rueda de palabras está sacada del libro *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante. No he conseguido

encontrar la autoría de la frase DAVID CAÑA EXIGE PLAZO FIJO. EMBARQUE HOY

TRUCHAS NEW YORK. Apareció por casa en un papel, pero no recuerdo quién me lo entregó. Las frases visuales y juegos de letras que figuran en el capítulo son originales, pero el lector interesado podrá encontrar multitud de ellos en el libro de Cuca Canals *La hescritora* (Plaza y Janés, 1998). Hay otro libro en el que también se juega con los tipos y los tamaños de letras y que está publicado en esta misma colección: *No soy un libro*, de José María Merino (Siruela, 1993). El siguiente poema, de Bernardo Schiavetta, está incluido en su libro Fórmulas para Cratilo (Visor, 1990).

espejos en espejos reflejados

espejos en espejos reflejados

espejos

en

espejos

reflejados

espejos en espejos reflejados

espejos

en

espejos

reflejados

espejos en espejos reflejados

espejos

en

espejos

reflejados

espejos en espejos reflejados

espejos

en

espejos

reflejados

espejos en espejos reflejados

espejos en espejos reflejados

A última hora encontré otro poema, éste de Ernst Jandl, que me dejó completamente seducido. Aparece en el libro *Hasta hoy, estilo de las artes plásticas en el siglo XX* (Ediciones Serval, 1988) en un capítulo dedicado a la poética tipográfica: m

mm

mmm

mmmm

mmmmm

mmmmmm

mmmmmmm

mmmmmmmm

mmmmmmmmm

mmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmmmmmm

mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmoral

El juego «Saltar la letra» es una figura retórica llamada «paranomasia». El poema de Unamuno lo saqué de unas fotocopias con las que trabajan en un instituto de Madrid, pero no tengo más datos. He encontrado otro ejemplo de paranomasia en *El color del verano* (Tusquets, 1999), de Reinaldo Arenas, donde utiliza con profusión esta figura:

¿Sabrá Zebro que él sobra lo mismo si escribe Zobra o quema todas sus obras, volutas de falsos Sèvres? Jamás sabia, jamás sobria. Macabra culebra ebria sobre ubres de otros orfebres ante los que se descubre, la pobre, que toda es cobre. Voluble como una cebra, sus obras son sólo sobras que enhebra sobre otras hebras y sobre otros libros labra. ¡Y por extraño abracadabra por ese atraco ella cobra!

Las palabras «singulares» sin femenino, sin plural o singular pertenecen al libro de Ferrer, ya citado. Y las que encuentra Carlos en el museo, y que después roba, las busqué en el libro *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias,

que está en la biblioteca de mi barrio y, me suena, que es el primer diccionario de castellano del que se tiene noticia.

ocho

Las palabras «impostadas» están sacadas del libro de Álex Grijelmo *El estilo del periodista* (Taurus, 1997), y reciben el nombre de «archisilábicos» según la definición propuesta por Aurelio Arteta, profesor de Filosofía Política de la Universidad del País Vasco. Y las que Matías llama palabras maquilladas se denominan, en realidad,

«eufemismo».

El juego de Unam *uno* y Gal *dós* lo contó Guillermo Summers mientras probaba su micrófono en una de las grabaciones del programa «Al Habla», y me lo apropié de inmediato. El trabalenguas con la erre es una cancioncilla tradicional cubana, que me envió mi amiga Teresa Díaz desde San Antonio de los Baños. El texto de Tristan Tzara pertenece al libro *Los siete manifiestos Dadá* (Tusquets, 1979), y yo tampoco he conseguido entender su significado, si es que existe. El fragmento de Reinaldo Arenas está sacado del libro *Celestino antes del alba* (Ediciones Unión, 1967). El cuento de quince palabras, original de Vicente Ferrer Azcoiti, está sacado del libro *Quince líneas* (Tusquets/Círculo Cultural Faroni, 1996), una colección de relatos seleccionados por el Círculo Cultural Faroni, una especie de club (no sé si seguirá existiendo) que organizó durante tres ediciones el Premio Internacional de Relato Hiperbreve que, según las bases, no debía superar las quince líneas. Hay también otro libro de relatos ultracortos titulado *Ficción súbita* (Anagrama, 1989), en el que se incluyen narraciones de Updike, Carver, Wolff, Bradbury y muchos otros. Por cierto, la historia más breve que se conoce es un cuento de siete palabras de Augusto Monterroso: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí».

El soneto de José Hierro está incluido en su último libro, *Cuaderno de Nueva York* (Hiperión, 1998), y a mí, como a Carlos, también me parece magnífico. El fragmento de texto empequeñecido está sacado del libro *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante, y el poema de cola de ratón, de la edición de Alianza Editorial (1997) de *Alicia en el País de las Maravillas*. La historia de la palabra PARANGUARICUTIRIMICUARO merece una explicación. Es el título de un libro de José Antonio Plaza (Espasa-Calpe, 1998) que me facilitó mi amiga Julia Murga sosteniendo que se trataba de la palabra inventada más larga e impronunciable del mundo. En el epílogo del libro, Plaza cuenta que, efectivamente, se trata de una palabra que inventó cuando era pequeño, pero que muchos años más tarde

descubrió en un mapa, en México. Me he permitido novelar la historia, pero los méritos en cualquier caso son suyos.

Y, si esto fuera una película, ahora entraría la música, probablemente Otis Redding cantando *Mr. Pitiful*, y pasarían los créditos: Ana atusándose el pelo con coquetería y lanzando un beso con la mano; Matías, con sus ojos grises y escrutadores, sonriendo por debajo de sus gafas de concha; doña Herminia y «las arsénico» — batas, redecillas y zapatillas de pompones — componiendo el coro de voces blancas más surrealista del mundo. Si esto fuera el final de una película saldrían De Lucas improvisando unos torpes pasos de baile, con su aprobado en la mano; el bombero y el policía; los parroquianos del bar alzando sus vasos y los niños vestidos de astronauta empeñados en perseguir palomas. Entonces, ante la tienda, se vería parar un inmenso coche negro, con chófer, del que bajaría La Farga estirándose los puños de la camisa.

Y, mientras, Carlos saldría del ascensor y abriría la puerta de casa peleando con las llaves, la cartera y una carpeta de la que escaparían papeles, como el chorizo de un bocadillo.

agradecimientos

Este libro tiene muchas deudas. Durante meses, amigos, conocidos y compañeros de trabajo han recopilado para mí todo tipo de curiosidades lingüísticas confiando en que haría un buen uso de ellas. Espero que no se sientan defraudados con el resultado.

Leyeron los sucesivos manuscritos Miguel Ángel López Chacón, José Manuel Lucía y Gonzalo Ugidos. A ellos debo ideas brillantes (era lo esperado) y sugestivas sugerencias. Montse Fernández, Marigel Alonso y Clara Francia revisaron el original y evitaron que muchas de las tonterías que figuraban apareciesen en esta historia. Gracias también a Elena Blas, que imprimió primorosamente las distintas versiones del libro, a Enric Lloveras por su apoyo moral, y a Fernanda Barnuevo, que ha conseguido, con su foto, crear la ficción de que soy un tipo presentable.

Quiero agradecer especialmente a Daniel Bilbao su paciente trabajo de crítica (casi siempre constructiva), que consiguió sacarme de multitud de atolladeros. Las conversaciones que hemos mantenido, el tiempo que me ha dedicado, sus ideas, aportaciones y comentarios han mejorado sustancialmente este divertimento. También debo agradecer

a mis editoras Michi Strausfeld y Silvia Meucci su inapreciable paciencia, dedicación y confianza. Y a Elizabeth Atkins e Inma Lara el que siempre supieran lo que se traían entre manos.